



AÑO 9.º

NUM. 104.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

AGOSTO 1897

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

TERESA

NOVELA

(Continuación).

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO MANAGUENSE

VII

El sol, que no conseguía desaprisionarse de las nubes, estaba sofocante cierto mediodía del mes de Agosto.

En la cocina baja, una cortina de cañas, amarilla, manchada por el agua y el polvo, caía por delante de la ventana única; fuera, entre la pesada transparencia producida acá y acullá por algunas roturas, los árboles del jardín mostraban sus troncos inmóviles, como si fuesen árboles de zinc.

Teresita, de pie ante una larga tabla puesta encima de la mesa, con las mangas levantadas y un delantal blanco, con peto, había hecho una masa de harina y la redondeaba con las manos, dándola vueltas, casi acariciándola.

Cuando le pareció que estaba en su punto la masa, con ambos puños hizo enmedio de ella un agujero; echó en él una cucharada de agua, un par de huevos y un polvito de sal; tapó luego el boquete levantando la masa de la base, y siguió acariciando aquella frágil montaña que iba consolidándose entre sus manos.

Conforme la pasta iba adquiriendo dureza poco á poco, te-

nía Teresita que ir empleando más fuerza. Había comenzado lentamente, con los brazos flojos, un poco distraída; pero la resistencia la instigaba. Remangándose mejor, apretó los brazos con energía, acompañando cada presión con un movimiento de todo el cuerpo, con la boca apretada y la frente fruncida.

Todos los miembros de la muchacha se hinchaban con la tensión; las venas de los brazos y del cuello aparecían oscuras en la superficie de la piel; el pecho subía y bajaba, luchando con el corsé; las caderas, con sus curvas juveniles, impelían la saya corta de rayadillo blanco y azul. Una robustez floreciente y jovial corría por toda su persona; su sangre se enardecía agradablemente con el movimiento; todos los nervios, todos los músculos se estremecían de gozo; y ella los estimulaba, exagerando la presión de las manos, abandonándose al bienestar físico de aquella especie de gimnástica.

Se detuvo un momento, para quitarse de los brazos algunos pedacitos de masa; teniendo altas las manos, al observar que en aquella postura desaparecían las venas, desvaneciéndose en lo blanco de sus prietas carnes.

Un rayo de sol, que desde un agujero de la cortina caía á plomo sobre los cabellos de la joven, formaba en derredor de la cabeza un fondo luminoso, donde resaltaban algunos mechoncitos que caían por detrás sobre el cuello hasta por dentro de la curva de los hombros, y ciertos ricillos pequeños que iban á su capricho entre el ojo y la oreja, cubiertos por un ligero polvo de harina.

Y volvió á ponerse á trabajar, extendiendo y alisando la pasta, que iba poniéndose translúcida y adquiría un tono cálido en la primera gradación del amarillo; después, con una caña gruesa, que descolgó Teresita de un clavo, dió comienzo á la difícil operación de estirla despacio, con precauciones, para no romperla, cuidando de que toda la masa tuviese igual espesor al extenderla en superficie.

Cuando quedó casi tan delgada y compacta como una hoja

de papel, la joven, levantando la caña con un movimiento habilidoso, echó la pasta encima de la mesa, haciéndola crugir, desarrollándola, con la satisfacción que inspira una labor bien hecha.

En este instante apareció la jueza en la puerta de la cocina.

—¿Estás sola?

Teresita amaba á aquella mujer locuaz, que tenía conocimiento práctico del mundo y que parecía comprender tan bien las aspiraciones de una muchacha. Salióla al encuentro, sonriéndose.

—Sí, sola estoy..... Mamá está arriba, tiene, tiene jaqueca. Combinación: la Ida ha salido con papá..... ¡Sabe Dios cuánto le vuelve loco!

—¡Oh! No es cosa mayor. Tu padre tiene suma predilección por esa niña; soporta todos sus caprichos..... y no es poco decir en verdad. Pero continúa, ¿sabes? No gastes cumplidos.

—No, vea usted, ya he terminado; ahora la dejo que se seque un poco antes de cortarla.

Hizo ademán de arreglarse como para recibir visita, pero la jueza se sentó á escape en un escabel de paja, diciendo:

—Quedémonos aquí.

Callaron un momento, mientras Teresita se lavaba las manos y los brazos en una vasija de cobre; y luego fué también á sentarse junto á la jueza, bajándose despacio las mangas y haciéndose aire con el delantal.

—¡Qué calor! ¿No es verdad?

Teresita hizo señas «que sí», con la cabeza.

No temblaba una hoja, no se movía una cinta ni una paja, por las grietas de la cortina no entraba ni un soplo de aire. Lo sofocante del mes de Agosto gravitaba como plomo fundido, con un calor opresivo que quitaba el aliento. Zumbaban en la cocina algunas moscas, incansables, casi feroces, y ambas mujeres las espantaban con un movimiento automático de la mano, acometidas las dos por una especie de languidez en

aquel recinto cerrado, donde se exhalaba el olor húmedo y pesado de la masa.

Bruscamente preguntó Teresa, guiñando el ojo:

—¿Con que es verdad?

La otra comprendió al vuelo.

—¡Y tan verdad! Esta mañana fué á hacer la petición oficial; lo he sabido por el Escribano, que es íntimo amigo de Luzzi.

Una leve sombra cruzó por los ojos de Teresita.

—¡Lo que es el dinero, eh! Porque nadie me hará creer que Luzzi se case con ella por su linda cara; cuando, sin tener que buscar muy lejos, una cara un poco más simpática.....

Teresita interrumpió á escape, mascullando las palabras:

—Decíase que se iba á casar con ella el gobernador.

—¡Sí..... el gobernador! ¡Buen tuno está! Mientras tenga las sábanas de los demás, no querrá gastar las suyas.

Y sin fijarse en el majadero atrevimiento de una frase semejante, dicha á una muchacha, la jueza volvió á su idea:

—Dime la verdad, aquí entre nosotras..... ¿Nunca se te ha ocurrido que Luzzi pudiese venir por ti á pasear la calle de San Francisco?

Muy turbada Teresita, empezó á alisarse las arrugas del delantal, murmurando:

—Ciertamente que él nunca me lo ha dado á comprender, ni yo me hubiera atrevido á imaginarlo. ¿Quién quiere usted que piense jamás en mí?

—¡Toma! ¿Por qué no se puede pensar en tí? ¿No eres una joven como las demás? Y, cumplimientos aparte, á todas las Portalupi te las tragas de un bocado.

—Pero, soy pobre.

—¡Ah!..... eso.....

La jueza se mordió los labios, mientras golpeaba nerviosa con el pie el embaldosado, mirando distraída como si buscase alguna cosa en su cerebro.

Y Teresita, entre tanto, pensaba en que desde que habían

enviado á Carlitos á Parma, á estudiar en el Liceo, y todos los meses había que pagar la pensión de él, se hablaba mucho de economía en su casa: ya no tenían criada, y llevaba ella tres meses esperando un par de botitas nuevas.

De pronto, preguntó la jueza:

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—Aún eres joven. Pero, escucha: ¿conoces al profesor Luminelli, el que explica las clases cuarta y quinta? Uno que es de Ostiano..... que lleva anteojos..... ¿No?..... Es uno que se contonea así, al andar, meneando los brazos.

—¡Ah!

—¿Recuerdas ahora?

—¿Uno que tiene una niña de la misma edad que Ida?

—Justo y cabal. Tiene una niña, pero no tiene mujer, y anda buscándola.

Detúvose, mirando á Teresita entre ceja y ceja. Y añadió, arrastrando las palabras, sin dejar de mirarla:

—Busca una buena chica, sana, sin pretensiones, sin lujo...

Paróse otra vez, en espera de que su joven amiguita dijese algo; pero al verla muda, con la respiración un poco anhelante y como con ganas de echarse á llorar:

—¿No le aceptarías?—Dijo de sopetón, para ir más deprisa.—Responde.

—Pero, ¡si no le conozco!.....

—Eso no es ninguna razón.

—Me dobla los años.

—Es verdad, pero.....

—Es viudo.

—¡Bah! en cuanto á eso, querida mía, los hombres son siempre más ó menos viudos.

Teresita quiso replicar:

—¡Tiene una niña!

Pero temió decir una cosa mala, una cosa que la hiciese parecer falta de corazón, cuando no era así.

—Por último, ¿no te gusta?

—Pues bien: no.

—Haz lo que quieras, pero es un buen partido: un hombre formal, sin vicios, trabajador, con la casa bien puesta. Yo lo he visto: ricos muebles de nogal, y la cama con dosel.

—Y además, —saltó al punto Teresita:— ese señor no ha manifestado ni miasmas de intención de casarse conmigo.

—Haremos que la tenga. Pasa todas las tardes en el café con mi marido y también ha estado algunas veces en nuestra casa..... Es fácil ponerse de acuerdo. Con tal que tu padre se decida á señalarte una pequeña asignación.....

Teresita escuchaba estupefacta, con un deseo de llorar que le anudaba la garganta, y una ira inexplicable contra sí misma.

—Comprendo —dijo tranquila la jueza, con un fondo de indulgencia guasona — esperas al príncipe Camaralzamán, aquel de *Las mil y una noches*; lo sueñas, y te figuras que los maridos se cortan por ese patrón.

—No es.....

—Déjame hablar. Benditas muchachas, todas sois así: nunca queréis aprovecharos de la experiencia de quienes saben más que vosotras. Por más que os digamos: «no busquéis belleza en el marido, no busquéis aire sentimental, no busquéis elegancia, no busquéis poesía..... son tonteras, cohetes, fuegos fatuos.» ¡Que si quieres! ¡Hasta que no dais de narices!.....

—Pero, mamá se casó con papá —interrumpió Teresita con la vivacidad de quien cree haber hallado una razón irrefutable — porque estaba enamorada de él.

La boca, discretamente maliciosilla, de la jueza se arqueó con tal sonrisa de compasión irónica, que no se necesitaba pensar en más explicaciones. Sin embargo, quiso añadir:

—Pregunta á tu madre si ha quedado contenta. Ha devorado más..... ¡Basta! me harías decir un despropósito.

—¿Y usted? — se arriesgó Teresita á preguntar con timidez.

—¿Yo? También he tenido mis desilusiones, ¡ah! Pero, cuando ví que pasaban los años, me casé con 'el Juez, que era entonces secretario del juzgado, que podía darme muy pocas ilusiones..... y que, en cambio, me dió un hijo cada año.

El lenguaje un poco brutal de la jueza hacía estremecer á menudo á la joven. Pensaba entonces en todos aquellos hijos nacidos sin amor, mientras en su cerebro existía fija la idea de que los hijos son una prenda de amor.

—Vamos, tontina, ¿en qué piensas? ¿Quieres el compendio de la sabiduría en pocas palabras? Un Luminelli que se casa, siempre es superior á un Luzzi que no se casa..... ó que se casa con otra.

Teresita se ruborizó por aquella nueva alusión al Secretario del subgobierno. No se daba cuenta de que alguna vez había pensado en el elegante pisaverde y de haberle seguido con tenaces ojos cuando pasaba por la acera, alta la cabeza, vestido con traje claro. Pero lo extraño era que, después de la noticia de su matrimonio con la segunda de las Portalupi, esta señorita le parecía doble antipática que antes.

—¿Con que nada de Luminelli?—prosiguió la jueza, al ver que la muchacha se obstinaba en callar.—Es lástima; con mucho gusto hubiera yo arreglado este negocio; eso sin contar con que es un hombre influyente en materia de estudios, tiene muchas relaciones y podría ayudar también á tu hermano.....

Humedeciéronsele los ojos á Teresita; por más que hiciese ya no se podía reprimir. Rompió á llorar, con un desconsuelo y un abandono tales, que enternecieron á la jueza, la cual, abrazándola maternalmente, se puso á consolarla:

—Vaya, vaya, no hablemos más de eso; eres tan joven..... ya saldrá algo mejor..... esperémoslo. ¡Oh, Dios, ved aquí esta bella muchacha, falta de amor! Y en cambio, ¡tantos hombres!.....

Apretó el puño, amenazando en el aire á una invisible legión de hombres, y les llamó egoístas, brutales, codiciosos, calculadores.

—Mira, si supieses..... Si pudiera sólo decirte que no valen nada..... En fin, día llegará en que todo lo comprendas y dirás entonces: «Juanita tenía razón.»

Se levantó, dándose una palmadita en los sitios donde se le había ahuecado el vestido, un poco nerviosa.

—¿Se marcha usted?

—Sí. Es la hora en que mis rapacillos vuelven de la escuela. Si no me encuentran en casa, harán alguna diablura; ya sabes que tengo un sistema expeditivo para hacerles estar quietos..... Ese mismo quisiera para la Ida, que, dicho sea ahora que papá y mamá no nos oyen, es un verdadero diablillo en carne y hueso. Ayer golpeó á mi Estrella como si fuese un tambor, pero si llego á pillarla..... ¡Es tan pequeñita! Cuando llegue á ser grande.....

—En verdad, no sé que tiene esa niña en el pellejo — dijo Teresa;—créalo usted, mamá se desespera con ella..... pero mi pobre mamá no tiene salud; á mí me toca hacerla entrar en caja lo mejor que puedo, y no lo consigo; papá la protege siempre.

—Sí, sí; ya tienes buena cruz. ¿Y las gemelas, eh? Aquellas pécoras..... Despluman la gallina sin hacerla gritar, ambas de acuerdo; que lo que dice una eso mismo dice la otra: son dos cuerpos y un alma.

Habíanse dirigido al pasillo; se detuvieron otro momento, antes de abrir la puerta.

—Haces de mamá antes de tiempo. Querida Teresita, tan cierto como hay Dios, te amo tanto cual si fueses hermana mía. ¡Ojalá se te asemejasen mi Julia y Estrella, y Beatriz y Honorina; sería yo entonces una madre feliz.

Ambas se enternecieron, cogidas de la mano, dándose vaivenes una á otra, sin conseguir separarse.

La jueza, que tenía la cara vuelta hacia el jardín, exclamó:

—¡Qué hermoso cedro! Nunca he logrado tener uno tan alto y frondoso; siempre me lo comen los bichos, esos bichos

que nacen de la misma planta, que tienen igual color que ella y llevan en la espalda ciertas arrugas azuladas que parecen bordados de seda de gusanillo..... ¡Te digo que es un horror!

—¿Quiere usted un esqueje?

—Con mucho gusto.

—Al momento voy.

Dirigiéronse atrás, hacia las macetas de cedro, parándose á mirarlo, frotando sus largas hojas, ásperas y bien olientes.

La muchacha fué á coger una tijera.

—Pienso si los bichos me lo comerán también—exclamó la jueza lánguidamente.

—¡Oh! ¿Por qué ha de ser así? Yo veré de dárselo limpio.

Miráronse y se sonrieron. Una plácida simpatía de mujer las impulsaba una hacia otra. Mientras Teresa, inclinada sobre el arbusto, cortaba ramitas de él, la jueza le ponía más altas las trenzas sobre la nuca:

—Así estás mejor.

—Nunca tengo tiempo para peinarme bien.

—¡Pobre muchacha!

Al cedro se agregaron dos hermosos geranios de color rojo encendido y un clavel del mismo matiz.

—¿Sabes lo que significa en el idioma de las flores el clavel encarnado?—preguntó la jueza, juntando con delicadeza los tallos, con la cabeza un poco inclinada á un lado y guiñando un ojo:—*Amor vivo y puro*. Gracioso, si existiese, ¿no es verdad?

Teresita no hizo alto al pronto en la ironía; pero poco á poco la fué comprendiendo al ir otra vez hacia la puerta, y apoderóse de ella un sentimiento melancólico.

—Hasta la vista.

—Hasta la noche.

La puerta estaba cerrada. A punto de ir á salir por ella, la jueza se detuvo:

—¿Hay noticias de Carlitos?

—Buenas. Debe de llegar dentro de unos días.

—Pues, adiós; no sé marcharme de aquí. Saluda á tu mamá.

—Oiga usted.

Esta vez era Teresita quien la llamaba. Quería preguntarle cuándo iba á efectuarse el matrimonio de la Portalupi; pero acometida por una repentina vergüenza, tartamudeó y quedóse confusa.

La jueza, como si le hubiera leído el pensamiento, dijo:

—Pronto habrá dulces de la boda en la otra parte de la calle; y ¡quién sabe! quizá también los haya en esta parte.....

Teresita meneó la cabeza, riéndose para mostrarse fuerte.

—¡Oh! Si dice usted que los hombres no valen un comino, que son egoístas, brutales, codiciosos, calculadores.....

Fuera ya, con un pie en las losas de la calle, la amiga giró en redondo:

—Y estoy pronta á repetirlo. Pero ¿qué quieres? Pasa en eso como en las cebollas. ¿Hay nada más vulgar, que irrita donde toca, hace llorar con solo manejarla, es tan doble que nunca se consigue contar sus capas, tan común que en todas partes se encuentra, y tan ingrata al paladar que no la come ningún animal? Pues, no obstante, dicen que sin cebolla es imposible hacer ningún guiso sabroso. ¡Adiós!

Y escapó resueltamente.

IX

Las dos ventanas del cuarto de Carlitos estaban abiertas de par en par, y por las amplias aberturas entraba una luz alegre, descaradilla, que se metía por todos los rincones, desde el empedrado al desván. Las paredes, casi desnudas y blancas, reflejaban los rayos del sol con la crudeza de una espléndida mañana.

El jovenzuelo había llegado la noche antes, alto, fornido, con asomos de bigotes en el labio superior, con un sombrerito verduzco, apabullado y puesto sobre el ojo izquierdo; y un conjunto tan cambiado, tan diverso del Carlitos habitual, que toda la familia quedó impresionada al verle.

Había salido hecho un zafio, encogido, con su traje de mala hechura; no sabía peinarse, llevaba mal cuidadas las manos; aún era el chiquillo, el granujilla que juega en medio de la calle.

Diez meses bastaron para transformarle, quizá con exceso, porque el señor Caccia no dejó de arrugar las cejas al verle; y á esta señal infalible de borrasca había seguido una verdadera tempestad de palabras acres y de denuestos, cuando el estudiante no tuvo más remedio sino confesar que en dos exámenes no había salido bien.

Pero entonces, en la alegría de su cuarto abierto, en el desorden del baul deshecho, de tantos objetos antiguos vueltos á encontrar, de tantos otros nuevos, para los cuales era preciso encontrar un sitio donde ponerlos, Carlitos no recordaba ya la reprensión furibunda de su padre.

Reíase, apoyado de espaldas en la pared, fumando medio cigarro, mientras Teresita sacaba la ropa blanca del baul.

La plena luz alumbraba á entrambos, hermano y hermana, haciendo resaltar la leve semejanza que tenían en lo oval de la cara, en el color del pelo, en la estatura: jóvenes y sanos los dos, pero diferentes ya en la expresión de la vida interior.

Los ojos de Teresita, melancólicos y dulces, buscaban la vivaz mirada de su hermano, descendiendo luego con ingenua curiosidad á lo largo de las mejillas, por aquellos bigotitos, por la línea del cuello, fuerte y musculoso. Se acercó á él, tocándole con el revés de la mano el carrillo, junto á la oreja, donde apuntaba un bozo moreno, y dijo, riéndose:

—¡Qué redondo!

Después permaneció junto á él, aspirando el humo del cigarro que le salía por los labios, en un estado beatífico; hasta

que, arrebatada por un vértigo de ternura, le besó de repente en un ángulo de la boca.

Rechazóla él dulcemente, con más dulzura que otras veces, dándole una palmadita en la mejilla.

Y luego le preguntó á quemarropa:

—¿Tienes novio?

La muchacha se puso roja, encendida, protestando, diciendo «¡no, no!» dos ó tres veces seguidas.

—Ya se ve.

Carlitos no dijo nada más; fué á la ventana, echando á lo alto las nubecillas de humo y siguiéndolas con los ojos, ya abiertos, ya entornados, como quien busca recuerdos varios y agradables.

Teresita iba sacando las camisas del baul, admirando su blancura azulada y su reluciente almidonado.

—Yo no sé estirarlas así.

—Sin embargo, están demasiado.

—Pero aquí falta un botón, y los cuellos están deshilachados. ¿Quién te cuida la ropa blanca?

—La patrona de mi casa.

—¡Ah, las muñequeras de lana roja que yo te hice! Aún están nuevas. ¿No te las has puesto?

—De seguro que no.

Y replicó Teresita, mortificada.

—El año pasado las llevabas puestas.

—¡Oh! el año pasado, el año pasado.....

—¡Te hacía sufrir tanto el frío en las manos!

—No me hace daño ya.

—Y los calcetines de gusanillo..... también intactos.....

—Prueba tú á ponerte calcetines de esos, todos llenos de nudos, gordos como bramante; prueba á ponértelos, dentro de un par de zapatos estrechos.....

—¡Ah! ¿Se llevan estrechos los zapatos?.....

—A la vista está: ¡gastaré zapatones, como Caramella!

La muchacha se quedó callada y prosiguió sacando ropas

del baul, extendiéndolas en la cama y en las sillas, para hacer que se les quitasen las arrugas feas.

—¡Qué pañuelo tan elegante! Y con la marca de *Carlos* bordada á mano..... Esto no te lo he hecho yo.

—Es un regalo de la patrona de casa. Bonito, ¿no es verdad?

—¡Oh! preciosísimo.....

Estaba á punto de añadir alguna otra cosa, pero se contuvo; cogió una silla y fué á sentarse junto á su hermana, mirando el baul abierto.

—Anda despacio, no me arrugues las corbatas.

Al coger un chaleco, se escapó del bolsillo un retratito; una fotografía de mujer.

—¿Qué es esto?

Carlitos la cogió vivamente de las manos de su hermana.

—No es nada.....

Después, cayendo en cuenta de que aquel «nada» era un absurdo, dijo:

—Es la novia de Orlandi.

—¿Conoces tú á Orlandi?

—¿Cómo no? Estando en Parma y haciendo vida de estudiante, es imposible no conocerle.

—Pero Orlandi es de la Universidad.

—¿Qué importa? Es el decano de los estudiantes, el jefe de la juventud parmesana; sin él no se organiza ninguna diversión.

Hubo un breve silencio.

—Déjame ver ese retrato—suplicó Teresita en voz baja.

—¡Curiosa!

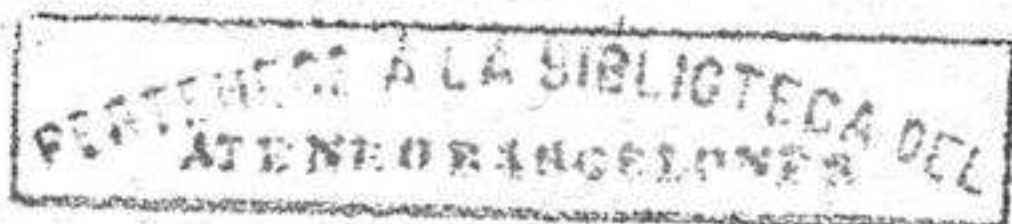
—Vaya, déjame verlo.

Carlitos lo miraba, teniéndolo cogido entre las palmas de ambas manos, juntas y ahuecadas en forma de nicho.

La joven, arrodillada en el suelo delante del baul, volvía la cabeza, levantándola hacia su hermano, y sentía leves latidos en el cuello. Volvió á suplicar.

—Déjame verlo.

E. M.—Agosto 1897.



—¡Todas sois iguales! Míralo.

Se lo puso delante, con intención de hacerlo desaparecer en seguida; pero Teresita, poniéndose en pie de un salto, lo agarró con tal presteza que fué suyo. Y lo miró despacio, con atención reconcentrada, casi con ansia.

Era una hermosa mujer, de una belleza inmensamente procaz. La postura teatral y rebuscada ponía de relieve en una sola vez, cual una descarga de metralla, el ojo asesino, la sonrisa sensual, y el brazo y la redondez de los hombros acentuada por el cuerpo ceñido de su traje.

Parecióle á Teresita que aquella mujer estaba desnuda; sintió vergüenza por ello, y junto con la vergüenza una sensación confusa de rabia, que le hizo tirar casi con despecho la fotografía sobre las rodillas de su hermano. Cayó al suelo; recogióla él, limpiándola con la manga, y volvió á mirarla.

—¡Qué guapa!

—Es antipática.

—¡Qué ha de ser!..... Todo lo contrario. Parece como si tuvieras envidia.

—¿Yo?.....

No fué capaz de responder nada más. Sentíase envilecida, disgustada de que Carlitos pudiera sospechar que envidiase á una mujer más bonita que ella; disgustada del disgusto que sentía y con la repentina percepción de un aislamiento, como de una barrera que se interpusiese entre ella y el mundo; una especie de cuarentena sanitaria, en virtud de la cual los ecos de la vida llegasen á ella con retraso, podados, deshojados, incompletos.

Metió las manos en el baul, febrilmente, con la esperanza de encontrar otras revelaciones, con una curiosidad con la cual se mezclaba un ligero dolor.

Encontró un pedacito de raso rojo, en medio del cual estaba pegado un perrito de papel de plata. No se atrevió á preguntar qué era. Carlitos fué quien le dijo:

—¿Sabes qué es?

—No.

—Es una figura de cotillón.

—¿Una figura de cotillón?

—¿No comprendes?

—No.

Carlitos movió la cabeza con aire compasivo.

—El cotillón es un baile. Toman parte en él tantos muchachos como muchachas; se distribuyen chucherías como ésta, y de otras cien figuras; luego cada caballero baila con la señora á quien corresponde el don recibido. Por ejemplo: yo tuve este perrito y fuí en busca de una señora que tenía la perrita. ¿Comprendes ahora?

Teresita hizo seña de que sí; y miraba sin pestañear el retalillo rojo, sentada en el borde del baul, casi á los pies de su hermano.

—¿Has bailado en Parma?

—Todo el Carnaval.

—¡Oh! cuéntame.....

Arrimóse á él, cogiéndole una mano y quedándose con ganas de darle un beso.

—¿Qué quieres que te cuente?.....

Se balanceaba en la silla adelante y atrás, sin advertir el contacto de la muchacha, mirándola distraído. El medio cigarro ya no tiraba; lo arrojó lejos de sí.

Teresita se inclinó hacia la colilla, atraída por aquel perfume excitante, é hizo ademán de llevárselo á la boca bromeando.

—¡Puf!

Ruborizóse toda y lo rechazó con la punta del pie. Luego se inclinó otra vez hacia su hermano, con la cara puesta encima de las rodillas de él, con un rayo de humilde ternura en el fondo de las pupilas.

—¿Dónde has bailado?

—En todas partes. En el teatro, en el casino, en casas particulares.....

—¿Y había muchachas?

—¡Claro está!

—¿Bonitas?

—Bonitas y feas.

Teresita suspiró.

—En la última reunión del casino ví á las de Portalupi.

—¿Sí? ¿Cómo iban vestidas?

—¡Figúrate si voy á recordarlo! Ni siquiera las miré.

—¿Por qué?

—Porque no me gustan. Además, en medio de tantas otras, tenían propiamente el aspecto de los gaiteros de la montaña: zafias, mal vestidas..... no sé cómo, pero es lo cierto que mal.

—Sin embargo, ¡van siempre tan elegantes!

—¡Hazme el favor! ¿Cómo quieres juzgar tú de la elegancia?

Teresita bajó la cabeza y Carlitos añadió sonriéndose:

—No es por llevarte la contraria, ¿sabes? Pero, es preciso salir de esta población, y sobre todo de esta casa, para saber cómo visten las señoras elegantes. Tú ves á mamá, la jueza, la alcaldesa, la hermana del doctor Tavecchia, el ama de gobierno de Su Ilustrísima, el domingo, cuando se ponen el traje de gro; y en medio de todas ellas, las de Portalupi te parecen un esplendor.

En el fondo, Teresita no estaba disgustada de aquella declaración. Pasando por alto lo de su poca competencia en materia de elegancia, deteníase con placer en la observación de Carlitos acerca de que las Portalupi eran cursis y nada bonitas. Años atrás, cuando niña religiosa tenía que hacer examen de conciencia, ese júbilo la hubiera remordido como un pecado gordo; pero por entonces no creyó hacer mal.

Carlitos añadió:

—¡Si hubieses visto á la marquesita de Varisi!.....

—¿Cómo? ¿No están los Varisi en Cremona?

—Sí; pero la marquesita estuvo en Parma este Carnaval, en casa de una pariente suya. ¡Una figurita de sílfide vaporoso-

sa, aérea; una gracia de sirena, una distinción de gran señora! Vestía siempre de tul blanco y llevaba una flor en el pecho, de diferentes colores, ya blanca como el vestido, ya sonrosada, ora de un rojo intenso, ora del azul más pálido: una vez se la puso negra, de terciopelo..... y se dijo que era señal de luto por una persona querida para ella.

Teresita escuchaba, sin alentar, con la boca medio cerrada y anhelante el pecho.

—¿Y dices que es tan hermosa?

—¡Un ángel!

—¿Rubia ó morena?

—Trigueña, pelo castaño.

—¿Era la más guapa de todas?

—¿De todas?..... No lo sé. La mujer del abogado Neri es quien la disputaba discretamente la palma, en riqueza y en adoradores.

Teresita titubeó un momento, insegura; por fin se determinó á balbucear:

—¡Pero si esa señora es casada!

—Bien, ¿y qué?

—Nada, nada.

La joven bajó la cabeza, confundida, deslumbrada por un vértigo de nuevas ideas. Al cabo de un instante de silencio, preguntó:

—¿Y es verdad que las señoras van á los bailes despechugadas?

—Y tan cierto.

Volvió á vacilar, pero la curiosidad pudo más:

—¿Hasta dónde?

—Hasta donde les da la gana.

Teresita se mordió los labios, con el rostro oculto contra las rodillas de su hermano, mientras por el cuello y la nuca le subían llamaradas de rubor.

—Y tú, ¿no has bailado nunca?

—Jamás.

Volvió á reinar silencio. Carlitos continuaba meciendo la silla, con el pensamiento lejos de allí, absorto en su bienaventurado egoísmo de hombre.

Parecíale á la muchacha que había surgido una barrera entre ella y su hermano. Tenía éste un año menos, pero se le aparecía como mucho mayor, y le infundía una impresión de encogimiento que ahogaba su ternura de hermana. Había esperado con ansia su regreso al seno de la familia, por una confusa necesidad de cariño, de expansión: porque no tenía amigas, porque sus hermanas eran demasiado pequeñas y su madre demasiado tristonaa; porque se sentía sola en aquella casa, sola en el mundo, sola con su inútil juventud.

Pero el hermano, el amigo invocado, no la comprendía. Las vidas de ambos se desarrollaban en opuestas direcciones: tenían diferente concepto de la existencia, necesidades é ideas diferentes. Y además, Teresita, sin darse cuenta de ello, lo que apetecía era su intimidad como hombre. La frialdad de Carlitos la hería en una fibra que, no por ser inadvertida, era menos poderosa. Sufría junto á aquel joven robusto y feliz, aquel joven satisfecho, á quien los privilegios de su sexo le abrían todas las puertas. No meditaba esto la jovenzuela, pero tenía la intuición de una profunda injusticia, mientras que el instinto de la mujer la arrastraba ciegamente hacia su señor y dueño.

Una vocecita llamó repetidas veces á Teresita, desde fuera de la puerta.

Púsose en pie de un salto, salióse y volvió á entrar en el aposento llevando en brazos á una niña de cuatro años, su hermana Ida, que prometía ya ser la belleza de la familia.

Y colmábala de abrazos y besos, con un ardor que, reprimido hasta entonces, estallaba en pequeños gritos estridentes; extraño contraste con la tristeza de los ojos, en el fondo de los cuales había como un velo de lágrimas.

La pequeña se había escapado de la cama, en camisa, con los cabellos sueltos, en rizos, sobre los desnudos hombritos,

huyendo sin miedo ninguno al vozarrón del Sr. Caccia que la llamaba.

Y ahora se estaba quieta en los brazos de su hermana, agarrada á su cuello, mirando en derredor de la estancia los objetos esparcidos.

Sean cuales fueren los pensamientos de Teresita, no tenía tiempo de escucharlos: tenía que responder á todas las preguntas de la chiquilla, subyugada por aquellas gracias infantiles, conmovida por la fragilidad de la bella criaturita, para quien era una segunda madre.

Y luego, á los diecinueve años, las penas echan raíces, pero no dan sombra aún. Púsose á cantar en medio del sol, acunando en sus brazos el ligero peso, con un diluvio de palabras dulces, de epítetos amorosos, de caricias y de besos; cantaba en medio del sol, que por las amplias ventanas entraba luminoso y cálido.

X

Auu cuando en el cariño de su hermano no encontrase Teresita una verdadera satisfacción, antes bien le aconteciera muchas veces dolerse de la ruda indiferencia masculina, saboreaba en aquellas relaciones un placer acre, donde buscaba pasto la curiosidad y también la naciente é irresistible necesidad de amar.

Subía á menudo al aposento de él, tocaba sus libros, hojear algunos de ellos á escondidas, por las páginas donde se hacía referencia á relaciones entre hombre y mujer, abría los cajones de la cómoda y alisaba las corbatas, poniéndolas en buen orden.

También miraba los vestidos, contando cuántos bolsillos tenían, pareciéndole siempre que tenían demasiados. ¿Qué guardaba en aquellos bolsillos?

Agradábale, sobre todo, ponerse junto á su hermano cuando fumaba, observando de qué manera redondeaba la boca para sostener el cigarro, cómo hacía salir por entre los labios aquellas nubecitas blancas, aquellos circulitos azules; poníase frente á él, tosiendo un poco, pero proponiéndose resistir los vahos calientes y muy olorosos que Carlitos le echaba en el rostro. Inclinandose con ciertos movimientos repentinos, jugueteaba con la cadena de acero de su reloj, haciendo saltar el muelle del medallón vacío, y preguntándole:

—¿Por qué no pones aquí algo?

Tenía, por su parte, un secreto deseo: el de poseer un medallón, donde guardar pelo ó un retrato.

Algunas veces le preguntaba acerca de sus amigos, quiénes y cuántos eran, cómo se llamaban. Supo así que tenía dos íntimos amigos, ambos estudiantes del Liceo: uno pequeño, feo, marcado de viruelas, tañedor de guitarra, llamado Edmundo; el otro, alto, fuerte, con el cabello rizado y bigote rubio como el oro, que respondía al nombre de Frasquito.

Eso la dió rabia. Hubiera querido que el nombre de Edmundo perteneciese al joven guapo, con bigote de color de oro.

¿También Orlandi era amigo suyo? Sí, también Orlandi; pero un poco menos, por la diferencia de edades. Orlandi tenía veintiséis ó veintisiete años, acaso más. Estaba matriculado en Derecho, pero nunca iba á clase; á Orlandi podía buscársele en cualquiera parte, menos en la Universidad.

—¿Es entonces un joven malo?—preguntaba Teresita.

—Mal estudiante sí, pero no mal joven. Tiene agudo ingenio, muchísimo corazón; pero le gusta divertirse. ¡Es natural!

Teresita recibía con avidez todas estas noticias, que en el fondo podían interesarle muy poco; poblaba su virgen fantasía con las imágenes de todos aquellos desconocidos; poco á poco parecíale conocerlos y que eran verdaderamente amigos suyos.

Cosiendo bajo la ventana del saloncillo, casi á obscuras, figurábase las reuniones de los alegres jóvenes, cuánta risa y

algazara debían de traer; y ante ella, en el negro y cerrado palacio Varisi, parecíale ahora ver pasar entre una aureola luminosa á la bella marquesita, vestida de blanco y con una flor de terciopelo negro puesta en el pecho.

En medio de esas como alucinaciones, un grito de Ida, un lamento de su madre, la despertaban bruscamente, y pasaba sin transición á oír largas jeremiadas económicas, dichas por la señora Soave con su voz resignada. No había ya sábanas en el guardarropa, las gemelas tenían necesidad de vestido nuevo; no podía diferirse el estañado de las vasijas de cobre. ¡Y Carlitos costaba tanto!..... Sin embargo, ¿qué le hemos de hacer? Era el único varón, había que educarle bien, y con la educación venía todo lo demás.

Teresita tenía en la médula de los huesos estos discursos, formaban parte de su alimento cotidiano, los respiraba con el aire.

Luego, cuando el señor Caccia tronaba contra el lujo de las mujeres, predicándoles modestia, humildad, actividad silenciosa dentro del hogar doméstico, obediencia al sexo fuerte, reconocimiento espontáneo de los propios deberes frente á los derechos del hombre, entonces la muchacha se sentía tan pequeña, como envilecida casi, que le quedaba para todo el día una sensación de desaliento; y más adentro de ella penetraba la voz apagada de su madre, y mejor comprendía el mirar de sus grandes ojos melancólicos y sin brillo.

Teresita profesaba á su madre una gran ternura, un verdadero culto; y su madre la recompensaba con un cariño triste, lleno de sobreentendidos dolorosos. Nunca se habían hecho confidencias, ni tenían carácter para ello; también quizá faltase ocasión para empezar. Pero cuando en las horas de descanso, durante el sueño ó la ausencia de Ida, las dos mujeres se sentaban junto á la eterna ventana, su silencio tenía voz.

Después del regreso de Carlitos corría por la casa un hábito de vida nueva; pero corría sin difundirse y sin hacer partícipes á los demás de la propia vida. Cuándo era una canción

que se oía cantar á voz en grito, allá arriba, en el espacioso cuarto soleado; cuándo eran las rápidas pisadas y el comprimido reír de dos ó tres amigos que iban en busca del colegial, los cuales, al pasar por el salón abierto, saludaban de prisa y corriendo á las señoras, apurados y tímidos.

La caña de Indias de Carlitos, el cigarro de Carlitos, las trabillas blancas que Carlitos llevaba (imitando á los elegantes de Parma), veíanse en todas partes. Además, Carlitos iba de caza: su escopeta, derecha en un rincón de la cocina, era motivo de continuos terrores para la señora Soave; así como las casacas descosidas, los pantalones llenos de barro y los pañuelos partidos en dos pedazos, daban qué pensar y quehacer á Teresita.

Insensiblemente, aquel jovenzuelo de dieciocho años, el único varón, la esperanza futura, absorbía á toda la familia.

Cuando se retiraba en su cuarto á estudiar, había un silencio general; hasta Ida tenía que refrenarse, porque los dos exámenes que en el mes de Octubre estaba obligado Carlitos á sufrir por segunda vez, eran la cuestión más importante por entonces que se agitaba en casa del recaudador.

Este último, hombre de poco valer y presuntuoso, que escondía su propia nulidad bajo un aire orgulloso y áspero, sujeto á las rancias costumbres aristocráticas, tiranuelo vulgar, había establecido ya con su precedente el dominio absoluto del sexo fuerte.

Carlitos encontraba preparado el terreno, sin ninguna resistencia, sin combate ninguno; se acomodaba en él como en una cama.

Además, era un buen hijo. Muchas veces al entrar en el saloncillo donde cosían su madre y su hermana, sepultas bajo una montaña de trapos viejos, saltaba al cuello de las dos, y cogiendo á Teresita por el talle la sacaba por el pórtico, tarareando un vals.

Y Teresita, toda encendida y despeluznada, relumbrándole los ojos, con un hormigueo en todo el cuerpo, gritaba:

—¡Basta, basta!

Un día le dijo:

—Hermanita, hoy iré á comer melones.

—¿Hoy? ¿Cuándo?

—Después de comer.

—¿Dónde?

—A casa de la señora Letizia, la tía de Orlandi, que tiene un magnífico melonar no lejos de aquí, en el camino de la fuente. ¿Quieres venir tú también?

—¡Oh!..... ¡Si no conozco á la señora Letizia!

—Sí que la conoces: la ves en la iglesia los domingos, en el tercer banco de la derecha, distraída todo el tiempo que dura la misa en observar si su sobrino está en la iglesia. Ella te conoce á ti; me ha dicho que pareces buena muchacha, y que si quería llevarte alguna vez á verla.

—No, no—volvió á decir Teresita—yo no la conozco.

Hacia las seis de la tarde, mientras Carlitos se encasquetaba el sombrero en la cabeza, llamaron á la puerta de la calle; y la señora Letizia, con un velito negro en la cabeza y una mantilla en el brazo, se detuvo en el quicio.

Saliéndola al encuentro la señora Soave, la invitó á que entrara; pero, como era la primera vez que se hablaban y sentían cierta cortedad, permanecieron ambas en la puerta.

La señora Letizia dijo que al pasar por delante de la puerta se había detenido para pedir el permiso de llevarse también á Teresita.

La muchacha estaba oyendo, apurada, indecisa entre dos pareceres. La señora Letizia añadió:

—Me hará compañía por el camino.

La mamá quería que Teresita fuese á mudarse de vestido.

—¡Qué es eso! Vamos al campo, no nos verá nadie.

Cogió la mano á la muchacha y se la puso dulcemente debajo del brazo.

Las gemelas miraban, en un rincón, con envidia. Teresita

se fijó en ellas y tuvo vivo disgusto. Quería quedarse, pero ¿cómo?

Las gemelas, grandecitas ya (tenían doce años), alimentaban un sentimiento de envidia por aquella hermana á quien todos querían mucho y que, en calidad de hermana mayor, gozaba de algún pequeño privilegio.

Intentó hacerse perdonar el involuntario pasatiempo, abrazándolas tiernamente; pero una de ellas la rechazó y la otra volvió la cara.

Con el corazón oprimido, se fué Teresita con la señora Leticia; pero no bien llegaron á salir fuera de la puerta cuando Ida, llegando á la carrera desde el fondo del jardín, se agarró al vestido de ella, escandalizando á gritos.

Volvió pie atrás, excusándose con la señora, recobrando resignada su papel de *Cenicienta*, viendo ya en la boca de las gemelas una maligna sonrisa de complacencia.

—¡Cuántos caprichos!—dijo Carlitos, y cogiendo á la niña por los hombros, la hizo ir dando vueltas para atrás y después cerró la puerta.

En el fondo, Teresita iba sin entusiasmo á dar aquel paseo; hubiera preferido quedarse en casa y no ver el enfado de las gemelas, ni oír los chillidos de Ida.

Pero así que hubo salido de poblado, ante el hermoso camino que se perdía de vista, bajo el cielo rojizo por el fuego de la puesta del sol, en la calma de la llanura silenciosa, fué presa de aquel dulce bienestar que la invadía siempre en los raros momentos en los cuales, según expresión suya, se hacía la señora. En las últimas casas de la ciudad, se presentó Orlandi, y, acompañado por Carlitos, precedía á las dos mujeres. Era la vez primera que Teresita se encontraba con Orlandi, la primera vez que le veía á su sabor.

Alto y bien formado, su aire tenía la desenvoltura graciosa y altiva de una persona perfectamente equilibrada: todos sus movimientos respondían con armonía admirable á la justa proporción de las formas. La cara, de una palidez bronceada,

de suma regularidad de líneas, se destacaba de la barba negra, corta y rizada; tenía una frente alta, de poeta, atravesada por una vena que se hinchaba fácilmente en el ímpetu de la alegría ó de la ira. La boca cortaba el negro intenso de la barba con un medio arco de color sanguíneo, á menudo entreabierto, y todo el rostro se iluminaba con la alegría de aquella risa, donde el atolondramiento, la bondad y el escepticismo alternaban con una movilidad extraña de expresión. Los ojos eran muy hermosos, rasgados, atrevidos, y con su mirada voluble y cambiante reflejaban las mismas gradaciones inseguras de la sonrisa; gradaciones que daban á aquella fisonomía una fascinación natural, casi irresistible, lo único que podía explicar las ardientes simpatías que Orlandi inspiraba lo mismo á las mujeres que á los hombres.

Era gran perorador; no decía cosas extraordinarias, pero revestía siempre su pensamiento de una forma vivaz, espontánea, que podía no persuadir, pero que arrebatava. Pronosticábanle sus amigos una brillante carrera como abogado.

Mientras iban andando, la señora Letizia habló de su sobrino: era su asunto favorito. Por otra parte, la buena señora no tenía muchos donde escoger.

Así que hubieron andado adelante una buena tirada, presentóse á la izquierda, en la planicie de una modesta plazuela, el Santuario de la Fuente.

—¿Entramos un momento?—dijo la señora Letizia.

—Se hará tarde—gritó su sobrino, sin volverse.

La señora Letizia y Teresita entraron, dejando fuera á los dos jóvenes.

La señora enseñó á la muchacha las labores hechas por ella para dicha iglesia: un frontal de altar, de mallas de encaje bordadas, representando las principales escenas de la Pasión; un velario de espumilla de seda, amarillento ya, que había sido de su traje de boda; y luego toallas comunes y paramentos para las columnas, puestos á bastante altura del suelo, á causa de los perros.

—Visitemos á la Virgen.

La imagen, con su fuente milagrosa, estaba en un camarín debajo del altar mayor. Bajábase allí por una escalera que conducía directamente á la capilla circular: graciosa capilla, simpática, pintada de colores claros, con un pozo enmedio y dos ventanas, por las cuales penetraba el olor á albahaca del huerto del cura, mezclándose con el olorcillo desvanecido de las flores secas que amarilleaban en el altar.

Teresa, que casi nunca salía de casa y que en materia de templos no se apartaba del de San Francisco, por ser el más próximo, miraba en derredor suyo con placer, respirando el frescor aromoso y observando las pinturas. Sólo una vez había estado en el Santuario de la Fuente; y ahora le producía una nueva impresión, como de recogimiento, de dulce misterio, de éxtasis contemplativo.

Empinándose sobre la punta de los pies, miraba fuera, desde una ventana, las frondosas matas de albahaca. Enmedio de ellas vió aparecer de pronto la cabeza de Orlandi.

—Vengo á ver si mi tía ha terminado de orar por mí..... porque estoy seguro de que por mí reza.

Teresita, sonriéndose para disimular su confusión, mostrósele arrodillada al borde del pozo.

El joven había trepado por el exterior de la reja de la ventana, asomando adentro la cabeza; pero, en vez de mirar á su tía, fijó los ojos en los de la joven. Antes no se habían mirado, en el camino, cuando tenían todo el vagar preciso para ello. Encontráronse allí sus ojos, en aquel extraño avvicinamiento, separados por una reja y casi solos. Teresita, en la penumbra tranquila y pura de la capilla, como una santa virgen destacada de la pared; Orlando, atrevido, en actitud agresiva, con su hermoso rostro bañado en luz por la púrpura del sol poniente.

La muchacha apartó los ojos, pero de mala gana, luchando contra una fascinación prepotente, sintiendo subirle del pecho á la garganta una apretura, como un dolor de herida.

La señora Letizia se levantó, después de haber besado de-

votamente el brocal que ceñía el pozo bendito; no había visto á su sobrino, el cual habíase marchado ya. Teresita la siguió luego pensativa; y cuando en el atrio encontró á Orlando, que salía del huerto del cura, ruborizóse, bajando los ojos.

Media hora después estaban los cuatro en la casa de campo.

Orlandi, loco de juventud y de alegría, arrastraba en pos de sí á Carlitos á los juegos más arriesgados. Saltaron fosos, rompieron vallas, se dieron zumba, se tiraron del pelo, con un rebote de frases picantes y burlas mordaces, ébrios por la onda de su sangre y por la fuerza de sus músculos.

La visita al melonar ocupó el resto de la tarde, siempre en medio de risas y jarana; hasta que Teresita, acercándose á su hermano, le hizo observar que era tarde.

El regreso fué tranquilo.

La señora Letizia, apoyada en el brazo de Teresita, decía de vez en cuando alguna frase insignificante, admirando el hermoso crepúsculo. La joven callaba.

—Podíamos ser un poco más galantes,—dijo de pronto Orlandi.—Carlitos, dale el brazo á mi tía.

El ofreció el suyo, con mucho desparpajo, á Teresita; y así fueron todos juntos charlando gran parte del camino.

Al principio de la avenida principal, Orlandi y la joven notaron que se habían adelantado mucho á sus acompañantes y se detuvieron á esperarlos.

—No se la ve á usted nunca por la calle.

—Salgo poco.

—Pero, ni siquiera á la ventana.....

—¡Oh! no tengo mucho tiempo para estar á la ventana.

Teresita decía la verdad, sin darse importancia ni avergonzarse, con su ingenua sinceridad característica.

Orlandi no añadió nada más; pero hubo de notar la joven que la miraba él con ojos fijos entre la semiobscuridad de la avenida; y aquella mirada, más sentida que vista, la turbó toda.

Al llegar á los primeros faroles, dijo él:

—¿Estará usted cansada?

—No, de ninguna manera.

Teresita iba pensando que era hartó insulsa para poder interesar á Orlandi; era natural que el joven no supiese qué decirle, desde el momento en que ella misma pasaba apuros para responderle.

El Sr. Caccia salió á su encuentro á la puerta, lleno de sosiego, imponente. Teresita soltó el brazo de su caballero.

—Volveremos á vernos, ¿no es verdad? — dijo la señora Letizia.

Teresita le dió las gracias, saludándola y cambiando un apretón de manos con la señora.

También Orlandi alargó su mano, que apenas tocó la joven, dejando la suya propia inerte durante medio minuto en la del joven.

XI

El órgano había terminado de tocar el *Gloria in excelsis*; las últimas notas vibraban aún bajo la obscura nave de la Iglesia de San Francisco.

En tanto que el sacerdote recitaba en voz baja las oraciones, los fieles hacían sus preparativos para el Evangelio. Quién tosía, quién se sonaba la nariz; las mujeres retiraban poco á poco la silla para apoyar los pies en la silla delantera; las que estaban en los bancos ponían en el borde del respaldo, hecho á manera de alféizar de ventana, el devocionario, los anteojos, el pañuelo de mano. Todos se colocaban con comodidad, alargando los codos para no estar demasiado prietos, limpiándose el garguero, dejándose caer con abandono, echada atrás la cabeza, respingando la nariz, emitiendo un pequeño suspiro resignado, como quien dice:

—¡Aquí estamos!

El cura de San Francisco predicaba mal, con voz monótona y siempre ronca; sus variaciones acerca del Evangelio no tenían originalidad ni vigor. Él mismo no lo pretendía; quizá comprendiese que no le escuchaban. Y viendo inclinarse poco á poco aquellas cabezas sobre sus pechos, ondulando, vencidas por el sueño; al ver aquella interminable fila de bostezantes, aquella inmovilidad rígida de los cuerpos entorpecidos, el bueno del cura precipitaba las palabras, atragantándose, truncando los finales; hasta que el sermón se convertía en un murmullo indistinto, dulce como canturia de nodriza, más dulce y mecedor que nunca en aquel mal día de Noviembre, propicio al sueño.

Recostada contra un pilar, como para encontrar en él un nicho, tampoco Teresita escuchaba.

Al principio estuvo un poco distraída, mirando á la gente que acudía con retraso, que no hallaba sitio donde colocarse y que lo buscaba con insistencia por entre las filas de paraguas goteantes que regaban el piso.

Las señoras que estaban sentadas, con los vestidos levantados del suelo y recogidos alrededor de las piernas, trataban de no moverse, entornando los ojos con místico recogimiento; pero un paraguas que se caía, un codazo contra el ala de sus sombreros, obligábalas á sacudirse, á apartarse.

Cuando todos estuvieron acomodados, y de aquella multitud de personas se elevó el resuello de los durmientes, ligero ó silbante, perdiéndose bajo las altas naves como un acompañamiento coral á la palabra del predicador, y Teresita se sintió casi sola, presentóse á acompañarla un pensamiento, el pensamiento habitual que tenía fijo en el cerebro desde un mes á la fecha, que la acompañaba en sus quehaceres domésticos, que la seguía por las calles, que se acostaba con ella todas las noches, y el primero que encontraba en la almoháda todas las mañanas.

Su buena mamá dormía, como las demás, á su lado; de-

E. M.—*Agosto 1897.*

lante, las gemelas parecían dos estatuas. Teresita levantó la cabeza mirando al fondo de la iglesia, hacia la puerta principal; pero un grupo de campesinos puestos de pie le impedía verla. Entonces clavó los ojos distraída en las ventanas góticas, por las cuales entraba una luz pálida. Llovía sin parar; y aquellas gotas continuas sobre las vidrieras empolvadas, trazaban arroyuelos más claros sobre la densa transparencia del cristal.

—«El día del Juicio, oh pecadores.....»

Esta frase incompleta, que por un movimiento del predicador había llegado bastante clara á sus oídos, la estremeció; procuró estar atenta á la palabra divina, frunciendo el entrecejo, apretando con las manos el devocionario. Pero al cabo de un ratillo volvían á aflojarse las manos, y los ojos tomaban de nuevo el camino aéreo por encima de las cornisas, por entre las hojarascas de los capiteles, por el fondo de la cúpula y hasta por las pálidas ojivas azotadas por la lluvia.

Una sonrisa imperceptible asomó á sus labios; por extraño juego de la fantasía vió de improviso aquel ventanal iluminado por una puesta de sol de otoño; y, con un profundo suspiro, subíasele á la cabeza intenso aroma de albahaca, lo mismo que si delante tuviese las lozanas matas de aquella hierba.

Cerró los ojos, deslumbrada.

Por un momento, se hubiera podido creer que dormía: tan inmóvil y absorta estaba en su visión.

—«Así sucederá cuando, por la misericordia de Dios, nos hallemos reunidos en el Paraíso.»

Había terminado el sermón. Todos se levantaron, estirando las piernas, parpadeando para expulsar un resto de sueño. Teresita abrió el devocionario al acaso, temiendo que alguno se fijase en su distracción y deseando echarla afuera con lo intenso de sus rezos. No era por donde iba entonces el oficio de la misa; empero leyó igualmente, con un ardor inquieto, pronunciando las palabras, marcándolas mucho, llena de fervor.

—«Os abrazo ¡oh, Jesús! mi alegría y mi consuelo. ¡Oh, alma mía, creada á imagen de Dios, ama á tu Dios, de quien tan amada eres! ¡Oh, Jesús! Si no os amo bastante, encended en mí el fuego de vuestro amor, fuego que me abraze, me consuma, me haga toda vuestra.»

El celebrante llevaba despacio la última parte de la misa, absorto en el místico recogimiento de la comunión. La señora Soave, respondiendo á una pregunta de las gemelas, dijo:

—Pronto, tened paciencia. Haced el acto de adoración.

El *Ite, missa est*, fué acogido con un movimiento de satisfacción general. Teresita cerró el libro, serena al parecer, pero temblándole todo el cuerpo. Se santiguó, hizo la reverencia; palpitábale el corazón desordenadamente.

Apenas estuvo fuera de la iglesia, en los mismos umbrales, antes aún de abrir el paraguas, miró ansiosa á un ángulo de la plazoleta. Allí estaba Orlandi, resguardado bajo un canalón á la antigua, con la espalda apoyada en la pared, ojo avizor. Cruzaron una mirada rapidísima ellos dos solos; y luego, cuando estuvieron cerca uno de otro, el joven saludó.

—¿Cómo es que aún está Orlandi aquí? — dijo la señora Soave.—Hace ya un mes que debiera estar en Parma.

Teresita no respondió, pero se puso colorada, encendida.

No se atrevía á levantar la vista del suelo; caminaba automáticamente, mirando con fijeza las cuatro botitas de las gemelas, que golpeaban el piso delante de ella.

Pocos pasos había desde la Iglesia de San Francisco á su casa. En la puerta fueron alcanzadas por Orlandi, que se excusó por su atrevimiento, anunciando que al siguiente día iba á marcharse á Parma y venía á preguntar á la señora Soave si tenía algún encargo que hacerle para Carlitos.

La señora, agradecida y sonriéndose, le invitó á entrar; pero como estaba lloviendo, las gemelas abrieron la puerta y Orlandi se quedó atrás para dejar paso á las señoras.

Entraron primero las gemelas, luego la mamá y, por último, Teresita, la cual, más muerta que viva, sintió que la co-

gían rápidamente la mano y deslizaban en ella una carta.

No tuvo tiempo de rechazarla, ni de hablarle, ni siquiera de mirar al atrevido que, derecho en el quicio, protestaba no querer entrar por no producir molestia, y que le bastaba un recado para Carlitos.

El recaudador salió de su despacho, al oír la voz de Orlandi; las gemelas subieron despacio la escalera, arrastrando los pies para desembarrarse el calzado. Teresita las siguió.

Aquella carta le quemaba la palma de la mano; no sabía dónde meterla. Desnudóse con un puño cerrado, con movimientos febriles; devorando con los ojos á las dos niñas, que nunca acababan de quitarse los vestidos.

Debajo del pórtico cambiaban cumplimientos Orlandi, el Sr. Caccia y la señora Soave; después se marchó Orlandi. Teresita, con la cara pegada á la vidriera, le vió alejarse hacia la plaza.

—¿No estáis aún aviadas?

—¿A tí que te importa? Hacemos lo que nos viene bien.

Las gemelas eran malas y de mala intención; el instinto les advertía que fastidiaban á Teresita estando en su cuarto, y allí permanecieron por más tiempo.

Teresita miraba llover, con la frente apoyada en los vidrios; habíase metido en un bolsillo la carta, y tenía encima la mano, oprimiéndola con furor.

Al cabo se fueron de allí. Precipitóse la joven hacia la puerta, echó el cerrojo y abrió la carta temblando, cual si estuviese á punto de cometer un delito.

»Tengo precisión de hablarla á solas; no me niegue este favor. Esta noche pasearé la calle de diez á once, hasta que tenga la bondad de abrir la ventana del cuarto bajo.

»Aguardo y espero.

E. ORLANDI.»

Era más y era menos de lo que ella suponía.

Desde un mes atrás el jovenzuelo le hacía la corte de un

modo visible, aunque delicado. Una declaración formal no podía estar muy lejos del pensamiento de Teresita; si la muchacha se hubiese atrevido á interrogarse á sí misma, hubiera encontrado el deseo de aquella declaración en todos los suspiros que daba al viento, en las ansiedades del domingo cuando tenía que ir á misa y sabía que iba á verle allí, en su sitio de costumbre; en sus frecuentes distracciones, en sus sueños agitados. Si, la declaración era esperada.

Pero aquella carta no decía ni una sola palabra de amor; en cambio, sin preámbulos, le pedía una cosa tan grave como era una cita.

Teresa no sabía qué resolver, hallábase en una excitación extraña. Por fortuna, nadie vino á llamar á su puerta, por lo cual tuvo tiempo para tranquilizarse un poco, al menos en apariencia.

Escondió la carta en el pecho, pero estaba demasiado alta y la sentía crujir á cada movimiento; abrió el corsé y la metió más adentro, cerca del corazón. Acometiéronle temores de que pudiera caérsele en la calle y perderse en casa, causándole esto un terror loco. Volvió á desceñirse toda, asegurando la carta con un alfiler á la camisa. Ni aun así se sentía tranquila, y á cada instante iba tocando con los dedos para convenirse de si la carta estaba en su lugar.

¿Qué quería Orlandi de ella? ¿Era posible que la amase de veras? ¡Él, el chico más guapo del país!

Golpeóse la frente y prorrumpió en un «¡oh!» de rabia, de dolor.

Se acordaba de una fotografía encontrada en el baul de Carlitos: el retrato de una hermosa mujer, á quien su hermano había llamado la novia de Orlandi.

Apoderóse de ella un desgarramiento, un frenesí horrible; unos celos rápidos, casi fulminantes; una necesidad de interrogar á su hermano, de saber quién era aquella mujer, si Orlandi la amaba mucho, si la quería aún, dónde estaba, qué hacía, todo, todo.

¡Y Carlitos estaba en Parma!

Mordióse las manos con despecho; si se lo hubiese preguntado al principio, á lo menos, lo sabría. Pero, ¿qué le importaba entonces? ¿Y ahora? ¿Amaba ya tanto á aquel Orlandi, le amaba hasta el punto de sufrir, de llorar por él? Porque es lo cierto que lloraba, no á raudales, sino con aquellas lágrimas escasas y ardientes que dejan surco por donde pasan.

No acudiría á la cita, ¡oh! no. Devolveríale su carta con desdeñoso silencio.

Pero, ¿y si no fuese verdad la historieta del retrato?

¿Y si Carlitos hubiese achacado á su amigo aquella novia como en broma? En efecto: ¿por qué tener en su baul el retrato de la novia de otro?

Tranquilizóse.

Rehizo dulcemente el breve cuadro de sus encuentros con el joven: la primera vez que se vieron en el paseo de la Fuente, la sorpresa que le dió el domingo, estando en la puerta de la iglesia. Volvió á pensar en sus miradas tan expresivas, en aquella apuesta figura, en aquella cabeza inteligente, en aquella sonrisa que parecía un rayo de sol.

Suave deliquio amoroso se apoderó de ella; sintió correr por las venas un júbilo nuevo, como si la aguardase una gran felicidad, como si se abriesen horizontes sin fin á su vida, encerrada hasta entonces. Pero quiso refrenarse: después de todo, ignoraba qué le diría Orlandi.

Por un instante pensó pedir consejo á la jueza. Si hubiera estado presente habría referido todo. Pero la jueza no se dejó ver aquel día.

Antes de bajar, Teresita cedió á un invencible deseo de releer la carta. Era la tercera ó cuarta vez que se desabrochaba el vestido, que sentía deslizarse sobre su piel aquella hoja de papel satinado, suave cual una caricia, punzante como una herida; y sonreía á la caricia, y á la punzada profería un leve grito, apagado por el placer, toda temblorosa; pareciéndole que ese papel, salido de manos de un hombre, y que escondía

ella en su propio seno, quitaba el primer velo á su pudor de virgen.

Cuando fué á reunirse con su madre en la sala del piso bajo, habíase pergeñado una expresión tranquila de rostro, pero tan grave y llena de misterio, que la señora Soave le preguntó al momento qué tenía.

Teresita mintió, como mienten todos los enamorados. Pero en el fondo del corazón le dolía aquel embuste dicho á su mamá, no sabiendo, además, ella misma, ni siquiera por qué callaba, por qué mentía.

La señora Soave, con las manitas de cera abandonadas encima de las rodillas y el taburete debajo de los pies, empezó á hablar de Carlitos, de las camisas que era menester enviarle, de los pañolitos que no estaban dobladillos aún, y á cada momento interrumpía la monótona letanía con un:

—¿Te acuerdas de esto, no es verdad, Teresita?

—Teresa decía que sí.

—Tu padre siempre se está quejando; dice que no hacemos ahorros, que aquel muchacho le cuesta un ojo de la cara, y que, si no sabemos moderarnos en los gastos, se verá constreñido á hacerle suspender los estudios.....

Un larguísimo suspiro levantó el débil pecho de la señora Soave, y quedóse por un instante sin voz; después prosiguió con languidez, poniéndose una mano en el corazón:

—He encargado á Arlandi que le dé buenos consejos..... ¿Qué puedo hacer, Dios mío? ¿Qué podemos hacer nosotras, unas mujeres?

Al oír el nombre de Orlandi, Teresita se había estremecido imperceptiblemente, volviendo los ojos hacia el gran cuadro mecánico que contenía el reloj. Eran las dos de la tarde. ¡Ocho horas aún!

Entre tanto, las gemelas se tiraban una á otra del moño en el hueco de la ventana, mudas, sin pedir socorro á nadie: hubo que separarlas. Cinco minutos después se abrazaban en el mismo sitio, haciendo muecas á su hermana mayor.

Ida se aburría con aquel día tan malo; á causa de la lluvia no podía salir al patio á jugar. El aburrimiento para los niños es sinónimo de caprichos; comenzó á hacer tantas diabluras, que la señora Soave, con la cabeza mareada y sintiendo un principio de jaqueca, rogó á Teresita que la entretuviese.

Y Teresita, con mucha paciencia, se puso á cortar para ella hombrecitos de papel, y luego carretelas y tiestos con flores, y después casitas con techumbre, con puertas y ventanas que podían cerrarse y abrirse.

Estaba tranquila, se sonreía; pero cada cuarto de hora sus ojos buscaban la esfera del reloj, y cada vez que daba la hora sentía una llamarada de sangre.

A fuerza de contenerse, habíase puesto pálida. Se había olvidado de merendar; sentía necesidad, pero sin ganas de comer. Hasta el hablar le costaba fatiga. Hubiera querido encerrarse en su cuarto y no hacer otra cosa sino pensar en él, intensa y exclusivamente.

No era posible. Hacia las cuatro de la tarde tuvo que ir á la cocina para arreglar la comida; su mamá le ayudaba débilmente, sentándose á cada minuto, y oprimiéndose con las amarillas manitas la cabeza, que le dolía.

—Retírate, mamá; yo lo haré.

—Las gemelas podrían ayudarte un poco.....

—No, mamá; tienen que estudiar las lecciones.

Las gemelas eran la pesadilla de Teresita. Veíalas crecer junto á ella envidiosas, desconfiadas, recompensando todos sus afanes con fría esquividad. Hubieran podido ser sus amigas, sus confidentes; y, por el contrario, una barrera de hielo las separaba. Esto era un gran desconsuelo para Teresita.

Así, sola en la cocina baja, ocupándose en oficios vulgares, la muchacha entretenía lo eterno de la espera atada dócilmente á su cadena, aprendiendo la gran virtud femenina de dominarse, la profunda habilidad femenil de ocultar un tormento detrás de una sonrisa.

Al moverse con rapidez, al inclinarse, aún sentía el roce de la carta sobre las delicadas carnes del pecho; entonces, apretaba los labios, palpitando levemente, como para saborear mejor aquella sensación que era á un tiempo mismo dolor y placer.

XII

Toda la familia estaba en la mesa: la señora Soave quejándose dulcemente, con dos gajos de limón en las sienes; el recaudador, con el rostro encendido, resoplando; silenciosas las gemelas; Ida echando un poco de menestra en el vaso, á escondidas.

Teresita sentíase casi como una extraña en medio de aquellas personas conocidas para ella, á quienes llamaba sus seres queridos, que por espacio de veinte años habían llenado exclusivamente su corazón. El amor la aislaba, la absorbía, con aquel egoísmo tiránico que es uno de sus principales caracteres.

Ella, tan buena, tan tímida, que se angustiaba siempre con los dolores de su mamá; ella, que temblaba ante las terribles cejas enarcadas de su padre, ese día sólo tenía una preocupación: el miedo de ser descubierta.

El reloj del campanario, encajado entre los árboles de cartón, jamás había atraído sus miradas tanto como entonces; las aspas del molino de viento parecían agitarse por ella, como brazos de silfos, de gnomos, de deidades desconocidas que le señalaran lejanos horizontes. Toda su alma estaba fija en aquel reloj.

—El caldo no sabe absolutamente á nada—dijo el señor Caccia.

La señora Soave suspiró, afligidísima.

—Cien veces os he dicho que pongáis á hervir en él un manojo de apio. ¿Lo habéis puesto?

—Eso preguntéselo á Teresita—respondió con presteza una de las gemelas.

—¿Has puesto apio en el caldo, Teresa? ¿Lo has puesto?

La voz estridente del señor Caccia tuvo que repetir la pregunta. Teresita no había comprendido. A la segunda vez, sacudida por aquel falsete imperioso, permaneció atontada como uno que se despierte de improviso, por sorpresa, advirtiendo una sensación de antipatía hacia todas aquellas personas que la atormentaban.

¿El apio? Ya no se acordaba; por más esfuerzos que hizo, no pudo traer á la memoria el recuerdo de un hecho tan sencillo y reciente. Quedóse como estúpida, entre los suspiros de su madre y la irónica risa de las gemelas.

En su abatimiento, la joven fué presa de repentino terror. ¡Si su padre supiese!.....

Ninguna cosa podía asustar más á Teresita. Preguntóse á sí misma cómo se atrevía á esconder una carta y aceptar con gusto una cita, ante lo terrible de aquel personaje.

Bajó los ojos y se puso á temblar como la hoja de un árbol; sentía como si fuese á desmayarse.

Otro pensamiento horrible. ¿Y si se desmayara? ¡Si la desabrochasen el corsé para hacerla volver en sí..... y la carta, la fatal carta!.....

Dió un salto sobre la silla.

—¿Qué tienes, Teresita?

—Nada.

Tenía que averse á esa respuesta: «nada». Nada de lo que se pueda decir, de lo que se pueda participar; nada de lo que los demás comprendan.

«Nada», sinónimo de «todo» con tanta frecuencia.

Rápidamente decidió no comparecer á la cita, y destruir en seguida la carta. Era una vergüenza alimentar semejantes pensamientos en el seno mismo de la familia, junto á su

madre enferma y triste, entre sus inocentes hermanas.....

Un vivo sentimiento de pudor la puso como púrpura. ¡Cuán culpable se encontraba! ¡Qué descarada era! ¿Qué se había hecho de sus buenos principios, de sus votos de pureza?

Se acordó de algunos discursos oídos, según los cuales basta un minuto para perder á una mujer, que el honor de una muchacha se empaña, como el cristal, con un soplo; y volvió á temblar despavorida y con el rostro alterado hasta el punto de que su madre la indujo á moverse y tomar alguna cosa.

—Es el tiempo—dijo el señor Caccia.—Con esta humedad continua no se puede estar bien.

Teresita dió gracias á Dios de que su padre no tuviese ninguna sospecha.

El reloj señalaba las ocho. El Sr. Caccia se levantó majestuosamente: iba á tomar su ración de política en el café de la plaza.

Cuando se quedaron solas las mujeres, formaron grupo en derredor de la lámpara.

—Hijas mías, estad tranquilas, os lo suplico; tengo la cabeza como si quisiera estallar.

—¿Qué haremos toda la noche?

—¿No viene la jueza?

—No, tiene forasteros.

—Juguemos á la lotería.

—Yo no tengo gana.

Esta declaración era de Teresa.

—¡Sí, sí, á la lotería!

—¡A la lotería!

Las gemelas se obstinaban en ello. También Ida era partidaria de la lotería, por jugar con las habichuelas.

—¿Qué otra cosa puede hacerse?

—Leed—sugirió Teresita.

—Leer no es jugar.

—¡Cuéntanos un cuento!—exclamó Ida.

Un cuento era absolutamente imposible. ¿Dónde encontraría el argumento? ¿Y la calma y la paciencia para desarrollarlo?

—¡No, no; cuentos no!....

Negábase á ello suplicando, con una dulzura dolorosa. Parecía decir: «Señor, apartad lejos de mí este amargo cáliz.» Se sentía mal, de veras: el pulso latía desordenadamente; tenía la cabeza como lumbre, y las manos como el hielo.

La señora Soave gimió:

—Con tal de que estéis tranquilas.....

Teresita se resignó con la lotería.

Los números iban saliendo despacio de sus labios, á menudo incomprensibles, con mayor frecuencia aún equivocados. Había vuelto á sus visiones amorosas. Veía á Orlandi hermoso, seductor, que por favor le pedía que oyese una palabra, nada más que una. ¿Qué mal había en ello? ¿Quién iba á saberlo?

Una muelle indolencia adquiría el predominio sobre sus pensamientos. Por último, no era ella quien lo había buscado.

Esta última consideración, la más fútil, tuvo el poder de calmarla. Cantó los números en voz alta y clara, reaccionando con un valor repentino, dirigiendo una mirada rapidísima al reloj.

Eran las ocho y media.

A las nueve comenzó á removerse.

Ida tenía sueño: fué preciso llevarla en brazos, desnudarla y acostarla. La pequeñuela habíale echado los brazos al cuello, quería dormir junto á ella. Teresita puso la cabeza encima de la almohada y fingió dormir.

¿Y si se hubiese dormido de veras, allí, sobre la cuna, inconsciente y serena como Ida?

Un paso que oyó en la calle le hizo estremecerse. ¡El, Dios mío! No, no era él.

Las gemelas estaban desnudándose, la señora Soave esperaba el regreso de su marido. Teresita corría como alma en

pena de una á otra, queriendo mostrarse desenvuelta; pero conforme pasaba poco á poco el tiempo, era presa de un temblor nervioso que la estremecía toda.

A las diez, habiendo regresado el amo de casa, echóse el cerrojo á la puerta, y los cónyuges se retiraron á su cuarto. Era el momento decisivo.

Sentada en una silla, con los ojos fijos en la cama de las gemelas, Teresita repetía: «No bajo, no bajaré.» Pero, aguzando el oído, espiaba todo paso que resonase en la calle. Ya le parecía oír aquel paso, taconear con cadencia, lentamente, como un tácito reclamo.

—No bajo, ¡oh!, no bajo ciertamente — dijo otra vez para persuadirse de que estaba bien decidida.

De pronto cogió la luz, echó la última mirada á las gemelas, que dormían, y deslizóse escaleras abajo, ligera como una sombra.

Se detuvo en el último peldaño, escondió la luz detrás de una pilastra y entró á tientas en la sala obscura.

—No le hablo—volvió á decir;—sólo vengo por ver si está.

No tropezó con ningún mueble; fué en derecha á la ventana y la abrió.

—¡Gracias!

Orlandi le había cogido las manos y se las apretaba con pasión.

La joven no respondió al apretón de manos ni á las gracias; pero temblaba de un modo tan extraordinario, que Orlandi, sonriéndose un poco, añadió:

—He estado atrevido y le ruego que me dispense..... Si me hubiese imaginado que la desagradaba.....

Teresita meneó la cabeza.

—¿No? Quizá no un desagrado, pero de seguro alguna molestia. ¡Oh! Tranquilíceme usted; dígame que esta bõndad suya no ha de ser causa de disgustos por parte de la familia...

Teresita hizo por decir algo, y, no pudiendo conseguirlo, apretó ligeramente las manos que aprisionaban á las suyas.

Orlandi tuvo un alegrón y añadió:

—¿Estamos solos?

—Sí.

Breve silencio siguió á estas palabras. Para vergüenza de su osadía, también el joven parecía conmovido. Por último, dijo en voz baja, acercándose todo lo posible, con la cara medio metida entre los barrotes de la reja:

—¿Sabe usted lo que quiero decirle?

Teresita echóse á temblar de nuevo.

—¿No lo adivina usted?

Instintivamente, cual si se aproximase un peligro, quiso retirar ella las manos.

—¿No lo adivina? — repitió el joven, apretando con más fuerza. — ¿No ha comprendido usted nada?.... ¿No sabe que la amo?

La joven escuchaba rígida aquellas palabras tan nuevas para ella, sintiendo penetrar en todas sus fibras una embriaguez que subía desde las manos de su adorador.

¿Es la vez primera que así la hablaba un hombre?

¡Oh, sí!....

Había tanta inocencia, tanta tristeza y tamaño espanto juntamente en aquella exclamación, que Orlandi continuó diciendo, transportado:

—¡La amo, la amo!

Seguía la lluvia. Orlandi estaba calado desde la cabeza hasta los pies; también Teresita sentía caer la lluvia en su propio rostro, innumerables gotas heladas, en su cara, que ardía. La calle, á la pálida luz de un farol, relumbraba llena de charcos; casi todas las casas próximas estaban á oscuras; sólo en una ventana de la Caliope brillaba oscilante una luz.

—Pero, dígame usted algo..... ¿La he ofendido?

—No, señor.....

Aquel *señor* volvió á hacer sonreír á Orlandi. No llegaba á comprender el espanto de la muchacha, no estaba acostumbrado á eso; pero habituándose poco á poco, encontraba en

ello un sabor picante, mientras una insólita ternura circulaba por su corazón.

—Una palabra más..... ¿Me permite usted amarla?

—¡Oh Dios!.....

—¿Me lo permite?

Iba á añadir: «será un amor noble y puro». Pero comprendió que era inútil decir eso: Teresita no podía imaginar ningún otro.

—Tengo miedo.

También estas palabras hicieron sonreír al joven; pero con una sonrisa que nada tenía de irritante, que hasta semejaba una compasión, una caricia, una indulgencia de persona fuerte.

—Querida Teresa, ¿no se fía usted de mí?

Acariciábala las manos dulcemente, primero por el dorso, después por la palma, apretándole los dedos uno á uno. No se veían bien entre aquella obscuridad, donde sólo aparecían los contornos; pero se miraban intensamente, atraídos el uno por el otro.

Orlandi volvió á hablar de su amor. Dijo que, habiendo de irse á Parma al otro día, tendríase por dichoso si pudiera llevar consigo una frase de esperanza; que le escribiría desde Parma, y le preguntó si le contestaría.

A monosílabos, balbuceando, la joven declaró que no le era posible recibir sus cartas.

—¿Por qué?

—¡Si lo supiese mi padre!

—No lo sabrá.

—No salgo sola.

—Basta hablar al cartero. Es un buen hombre, nos ayudará. Esté usted con ojo á ver cuándo pasa, y nada más..... aquí, en esta ventana. No es cosa difícil.

Teresita no quería. Orlandi estuvo elocuente, insinuante; tan claro le demostró lo inconsolable que quedaría con su negativa, que á la postre consintió en ello.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONES

Un paso incierto y renqueante resonó en la desierta calle, hacia la plaza.

—¡Por amor de Dios!

Asustada Teresita, hizo ademán de cerrar la ventana.

—No, aguarde usted..... déjeme que vea.....

La joven había aproximado ya las vidrieras, pero no se decidía á echar la falleba, murmurando por la abertura:

—Aléjese usted, por caridad.....

—Aguarde un momento. Es Caramella.

Pasó el cojo; y Orlandi, fingiendo indiferencia, se puso á cruzar con cautela el arroyo, cual si quisiera evitar el mojarse los piés en los charcos. Así que Caramella estuvo bastante lejos para no infundir sospechas en él, suplicó Orlandi:

—La última palabra.....

Teresita volvió á abrir las vidrieras.

—¡Dígame que también usted me quiere!

Teresita no lo dijo; pero suspiró y tembló de tal modo y oprimió tan suavemente las manos del joven, que éste no repitió la pregunta.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Piense usted en mí.....

Silencio elocuentísimo, muy prolongado.

—Adiós.

—Adiós.

Pero no se separaban.

—Pronto volveré.....

—Sí.....

Otro paso, á lo lejos, los decidió. Orlandi, embozándose en la capa, empapado en agua, apretó de nuevo las manos de la joven y se alejó.

Al separarse de la ventana, Teresita se tuvo que apoyar en la pared, porque se tambaleaba. Tenía mojados por la lluvia las mejillas, el cuello, los brazos; y, sin embargo, estaba ardiendo. Encontró medio apagada la luz, detrás del pilar.

Salió despacito, con cautela, pero no temerosa ya, pasmándose ella misma de sentirse tan fuerte.

Toda la casa estaba tranquila. Dormían las gemelas, roncando levemente, arrebujuadas en las ropas hasta las orejas.

Teresita cayó de rodillas delante de la cama, con la frente sobre la almohada, en un éxtasis de amor, con una necesidad de elevar el corazón á Dios, de tomarle por testigo de sus emociones, de bendecirlo, y de purificarlo con una plegaria fervientísima. El cielo era para ella el punto de arranque de todo lo hermoso, y al cielo volvía todos sus nuevos deseos, casta y confiada.

Dió gracias á Dios, como por una merced recibida, como por una felicidad inesperada. Sentíase con doble vida que antes; otro ser palpitaba dentro de ella, produciendo la extraña sensación de dos pensamientos en uno.

¡Era amada! ¡Amaba!

Desnudóse con rapidez, olvidándose de todo y de todos: de su terrible padre, de su buena mamá, de Ida, que dentro de pocas horas estaría despierta reclamando sus cuidados. La absorción amorosa se manifestaba con todo su poderío. ¡Dios y Orlandi!

En la cama, con los ojos abiertos de par en par, inmóvil el cuerpo, apretando contra el pecho la carta, reprodujo en su pensamiento palabra por palabra, caricia por caricia, toda la escena de la noche.

Y era feliz.

No había ni la más remota probabilidad de que se quedase dormida; aunque pudiera, no habría querido, por no desasirse de la imagen dilecta.

Algo le amargaba el no haber sabido hablar, el no haber pedido mayores explicaciones, el no haberle hecho prometer que la amaría siempre. Desagradábale sobre todo no haberle preguntado su nombre.

¿Cómo se llamaba Orlandi? En la firma de la carta había una *E* de inicial, antes del apellido. ¿Acaso Edmundo, como

E. M.—*Agosto* 1897.

4

aquel amigo de su hermano? ¿Quizá Enrique? También serían muy bonitos los nombres Eduardo, Edgardo y hasta Eugenio.

Besó la carta varias veces con ternura, hablándole, cual á una persona, improvisando cantos y poemas, encontrando todas aquellas palabras que una hora antes, en la ventana, había tratado inútilmente de invocar.

Sentía bienestar en todas partes: en el cuerpo, en el alma, en el corazón. Dulcísima armonía circulaba desde sus ideas á sus sensaciones; tenía plena conciencia de su juventud y de su robustez. Estaba sana y era feliz.

Abrazábase á sí misma, poniéndose las manos en los opuestos hombros, pareciéndole sentir en las carnes un placer nuevo; y dentro, en lo íntimo de las fibras, una ligereza ideal que la arrebatava.

No pudo coger el sueño en toda la noche; pero soñó, entre una deliciosa semivigilia soñolienta, murmurando nombres de amor. Había abierto la carta sobre la almohada y puesto encima la cara, boca abajo, respirándola.

XIII

Teresita no hacía más que pensar en Orlandi; pero siempre, de día y de noche, sin descanso, con un completo sacrificio de todos los demás afectos, y por ello no sentía remordimiento ninguno.

Por el contrario, parecíale haber encontrado su verdadero camino, la única razón de la existencia. ¿Qué eran los demás amores, compartidos, incompletos, en comparación de este amor que se apoderaba de toda ella en alma y cuerpo?

Porque amaba mucho á su madre, pero nunca había pasado las noches soñando con ella; amaba á su hermanita peque-

ña, pero no se estremecía con el recuerdo de sus caricias. ¿Qué había de nuevo y de diferente en el amor á Orlandi, á ese extraño que en pocos días había suplantado á la antigüedad de los otros cariños?

Nunca olvidaba las hondas emociones que le produjo el *Rigoletto*; pero aún lo comprendía mejor ahora: comprendía el amor terrible que conduce á la muerte. Ni siquiera esta comprensión la entristecía; en la feliz aurora del amor no podía tener más que pensamientos de color de rosa.

Cantaba patéticamente «*Tutte le feste al tempio*», con un acento de mujer iniciada en los misterios de la pasión, pero con la faz alegre de quien se siente amada y no teme asechanzas.

En realidad, habíase enriquecido su vida con un inagotable manantial de alegrías. Cuando se sentaba en el hueco de la ventana, ocupada horas enteras en repasar la ropa, ¿quién podía impedir á su fantasía renovar cien veces y mil, hasta completa saciedad, su coloquio con Orlandi?

Ahora sí que podía Luzzi pasar impunemente, mirando á las ventanas de las de Portalupi; se sonreía al verlo.

Sonrióse también una mañana en que pasó el profesor Luminelli, meneando los brazos.

¡Cuán feos eran todos, en comparación de Orlandi! Parecíale que cada uno debiera fijarse en la suma ventura que le había cabido en suerte; muchas veces le entraban ganas de gritar:

—¡Oh, deteneos; Orlandi me ama!

Al mismo tiempo tenía la prudencia de la serpiente, para no manifestar su secreto. Una ó dos veces diarias se encerraba en su cuarto para leer y besar la carta; y luego salía serena, con un aire como si desafiase al Universo entero.

Creíase engrandecida, adquiriendo un concepto menos humilde de sí misma: si Orlandi la amaba y la había escogido entre tantas jóvenes, eso quiere decir que no era ella tan ínfima cosa como siempre creyera ser. La vanidad no podía germinar en su corazón, exquisitamente amoroso; pero una in-

genua satisfacción hacía brillar en su cara la belleza propia de las personas felices.

Su sonrisa, que siempre había sido graciosa, centelleaba; las pupilas tenían miradas más vivas, más seguras. En los cimbreos del talle, en los rápidos levantamientos del pecho, revelábase la mujer á través de las rigideces de la virgen.

Pensando un momento en el pesimismo de la jueza respecto á los hombres y al amor, Teresita sacó en consecuencia que la pobre mujer no debió de haber sido amada nunca. Si hubiese visto una sola vez los ojos de Orlandi como los había visto ella, fijos, elocuentes, húmedos, con un ardor comprimido; si hubiese escuchado aquella voz apasionada; si sus manos hubieran sufrido aquel apretón que cala hasta la médula de los huesos y no se olvida jamás, acaso no hablaría tan mal de los hombres.

Claro es que hay hombres perversos; pero en la serena mirada de Orlandi no podía esconderse maldad ninguna.

Pocos días después, vigilando por la mañana el paso del cartero, recibió Teresita una carta; una verdadera carta de amor esta vez, con palabras ardientes, con frases que le daban vértigos. Era todo un mundo que se descubría ante su alma y sus sentidos.

Aun cuando la índole, la educación y la vida habían hecho de ella una muchacha enteramente prosáica, con la vehemencia del novísimo afecto brotaban de su imaginación ideas de poeta.

Por la noche, cuando entre el monótono ronquido de las niñas y los lamentos de la madre y la lentitud del paso de las horas en la esfera del reloj, se sentía oprimir el pecho impulsada por deseos, por aspiraciones locas, salíase al jardín y se estaba allí diez ó quince minutos en éxtasis, saboreando aquel aislamiento que la permitía dedicarse á *él* por entero. Ni fríos, ni vientos, ni escarchas la preocupaban; ponía los pies en la húmeda arena de los senderos, abandonaba los cabellos al rocío de la noche, con los ojos dirigidos al cielo, bus-

cando en las miríadas de estrellas una combinación que formase la letra *E*.

Y cuando aquella letra de refulgentes caracteres se dibujaba en el inmenso firmamento azul, subía desde su corazón una onda conmovida, como una promesa, una profecía, un signo indeleble de la grandeza de su amor.

Ahora sabía el nombre de Orlandi: Egidio. No era ninguno de los antes imaginados, ni tampoco un nombre vulgar. No conocía á nadie de ese nombre, ni siquiera podía decir que era un nombre bonito; pues bien, luego de haberlo pronunciado una docena de veces, pensando en Orlandi, le pareció el nombre más dulce de la tierra.

No sólo con las estrellas componía aquel nombre; las horas en que, Cenicienta solitaria, se veía obligada á permanecer en la cocina, de pie junto al fogón, lo trazaba con una astilla en la ceniza.

En el reverso de las impostas, en los rincones oscuros de las paredes, en la margen del calendario, en todas partes donde un lápiz podía llegar, sucedíanse las *E*, acariciadas, prolongadas con trazos curvos y retorcidos.

En la puerta de su dormitorio, junto á su cama, donde nadie podía verlo, había una *E* mayúscula, enlazada con una *T*; y todas las noches, antes de acostarse, Teresita besaba aquel monograma, como hubiera besado una imagen bendita.

Todos sus actos se subordinaban de un modo involuntario al pensamiento dominante. Movíase y hablaba como si Orlandi la viese. En ocasiones sonreía al espacio, con la alucinación del rostro querido delante de los ojos. Tenía la costumbre de interrogarle, de pedirle su parecer. La ilusión era tan viva que, al desnudarse, prorrumpía en un grito espantoso, pareciéndole que Orlandi estaba allí.

En cualesquiera lugar y tiempo en que el joven se le hubiese aparecido, no podría sorprenderla; porque siempre consigo lo llevaba ella; hasta le causaba extrañeza no verle aparecerse tras de sus enérgicas evocaciones.

Se escribían á menudo. Esas cartas formaban ya un pequeño volumen, que la joven no lograba ocultar en su seno. Al cabo de largas vacilaciones y penosas rebuscas, Teresita resolvió coser su correspondencia dentro de la tela del colchón; pero á menudo lo descosía también para releerla, y todas las noches, al acostarse, se las arreglaba de manera que yaciese precisamente encima de su tesoro.

No era flojo compromiso el de responder á esas cartas.

Estaba convencida de ser iliterata, ignorante de todo artificio de estilo, y temía hacer mala figura; por tanto, limitábase á la conjugación del verbo *amar* en todos sus tiempos.

Su mayor goce consistía en escribir arriba *Mi queridísimo Egidio*, y abajo *tu fiel Teresita*.

La víspera de Navidad vino Carlitos á pasar las fiestas en familia.

Carlitos había visto á Orlandi, le había dado un apretón de manos: algo de él debía de habersele adherido y quedado. Teresita le acosaba con astucia y agudeza, envidiándole la suma felicidad de ver á Orlandi todos los días.

Hacía uso de estratagemas ingeniosas para inducirle á hablar de su amigo.

—¡Qué graciosa es aquella corbata! Una semejante tenía.... ya no sé quién... ¡Oh, pero igualita! Pero, señor, ¿quién la tenía?

—Orlandi.

Y otra vez:

—¿Son aún amigos tuyos Paquito y Edmundo?

—Sí.

—¿No tienes otros..... de las clases superiores..... de la Universidad?

—Orlandi; es más amigo mío ahora que nunca.

Teresita se llenaba de júbilo.

La mañana del día de Navidad, mientras la mamá y las niñas acababan de disponerse para ir á misa, Teresita, vestida ya con su traje nuevo de lana y sombrerito de fieltro gris, se ponía los guantes al pie de la escalera.

Carlitos estaba silbando debajo del pórtico.

—Oye, Carlitos.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de cierta fotografía que este otoño me enseñaste, de una dama..... así, con el brazo apretado contra el cuerpo..... vestida de blanco?

—¡Um!

—La tenías en el baul..... te parecía muy guapa.....

—Bueno, ¿y qué?

Teresita apretaba los dientes, haciendo fuerzas para abrocharse un guante, con la cabeza inclinada.

Debías enseñármela otra vez.

—¿Ahora mismo?

—No, ahora mismo no; cuando quieras.

—Ya no la tengo. Debo de habérsela entregado á Orlandi.

—¿A Orlandi?

—Sí, era suya.

El botón saltó de golpe, y la muchacha pudo hacer creer que la repentina contracción de su cara era efecto de aquel contratiempo.

Habíase prometido una buena mañana en la iglesia, con su traje nuevo y el sombrerito, que también le estaba; pero todo se echó á perder. Se sentía profundamente infeliz.

En la nave derecha, la joven señora de Luzzi, casada con él quince días antes, pálida, afectando un aire vaporoso, lucía bellísimos diamantes y encajes antiguos de Chantilly, ocasionando muchas distracciones y muchos pecados de envidia.

Nadie se fijó en el vestido de Teresita; pero eso no era lo que producía ira á la joven. Pensaba en aquel retrato de mujer.

Las tres misas parecieronla seis. Tenía frenético deseo de estar sola, de quitarse todos aquellos inútiles vestidos, de echarse boca abajo en su cama y de llorar.

En aquella muchedumbre que la rodeaba, todas las caras parecíanle enemigas; la música del órgano le daba una tristeza.

de campanas tañendo á muerto. Pero, ¿por qué se mostraba tan alegre la vieja Tisbe, tan vivaracha, con su cofia nueva? ¿Por qué estaba siempre tan rubicunda y reluciente como una manzana la gruesa ama de gobierno de su Ilustrísima? ¿Y la mujer del Alcalde, tranquila, serena, absorta en la lectura de su devocionario? ¿Y las dos hermanas Portalupi, recibiendo el reflejo de la elegancia de la otra hermana, vestidas ambas con traje nuevo, á la expectativa confiada de que las pretendiese un príncipe? Toda esa gente no amaba, no tenía celos; todas gozaban en paz de lo solemne de la Navidad.

Miró otra vez á la casadita señora de Luzzi. ¡Qué radiante! Ella era feliz.

También se acabó aquel tormento; salieron de la iglesia, las gemelas delante y Teresita detrás, con su mamá.

Carlitos las aguardaba en la plazoleta, pero junto á Carlitos estaba Orlandi. Teresita no quería dar crédito á sus ojos; ruborizóse, luego se puso pálida, después volvió á ruborizarse.

Ambos jovenzuelos se acercaron: Orlandi, aún más guapo que de costumbre, desenvuelto, risueño, radiante la mirada, con un abandono seguro en todos sus movimientos.

—¿Por Navidad aquí?—le dijo la señora Soave.

Orlandi respondió, mirando á Teresita de soslayo:

—He venido para ver á mi tía; me marchó dentro de una hora. No quería pasar este día sin verla.

Teresita comprendió: apropióse mirada, palabras é intenciones. Hubiera querido darle las gracias, allí, en sagrado, bajo aquel hermoso sol de invierno, en medio de toda aquella gente que un momento antes le parecía enemiga.

Levantó despacio los ojos, turbada y alegre, queriendo manifestarle su gratitud, y reprimida, sin embargo, por la necesidad de no hacerse traición á sí misma.

Acompañóla él hasta la puerta de su casa, dando la mano á todas, pero apretándosela á Teresita de un modo particular, como para confirmarla que sólo por ella había venido.

La muchacha estaba en éxtasis, disipada su melancolía,

desvanecido su despecho. Rió, cantó, dió dos ó tres vueltas bailando alrededor de su propio cuarto; miróse al espejo con suma complacencia, con un júbilo triunfante.

Sacó de un cajón de la cómoda dos cintas que las gemelas deseaban desde hacía algún tiempo y se las regaló.

Condujo á Ida de paseo por el jardín, jugando con ella, abrazándola á cada instante, con besos ardientes, furiosos.....

—Vuélvete á casa, Teresita, que vas á enfriarte.

¿Acaso hacía frío? Teresita obedeció y volvióse á casa; pero subiéndose de nuevo á su cuarto, abrió las vidrieras de la ventana, cediendo á una necesidad de aire, de luz, de movimiento.

Se habló de Orlandi en la mesa. El Sr. Caccia dijo que era una cabeza de chorlito, que daba malos ejemplos á Carlos, que ya se había comido varias veces el dinero para el título, y que nunca valdría para nada bueno.

Carlitos defendió á su amigo. Aseguró, sobre todo, que Orlandi iba teniendo juicio y que á fin de año se revalidaría, sin falta.

La primera parte de la conversación había hecho recaer á Teresita en sus furores, pero tranquilizáronla las explicaciones de su hermano.

También Orlandi la había escrito á ella que aquel año tomaría el título y después se casarían.

Aquella misma noche, antes de acostarse preparó una carta. Tenía debajo de la cama un platillo con tinta, para no infundir sospechas llevándose el tintero á su aposento; cogía el papel en el despacho de su padre, un papel azulado, cuadriculado, de hojas anchas como un pañuelo de cabeza; el día que llegase á tener una peseta, otorgaríase el lujo de comprar papel pequeño, inglés, como el que gastaba él.

Escribió que era feliz con la grata sorpresa; que por ella había pasado la Navidad más alegre de su vida, y otras muchas cositas graciosas como saben decir y escribir las muchachas enamoradas. Pero como siempre la quemaban en lo ínti-

mo del corazón los celos de la hermosa mujer fotografiada, al cabo de tres páginas de torpezas decidióse á meterse algo en aquel terreno peligroso. No podía soportar la duda; era demasiado atroz. Quería saber por él mismo la verdad.

Firmó como siempre: «*Tu fiel Teresita.*» Estaba bien segura de permanecerle siempre fiel, hasta la vejez, hasta la muerte. Contando con el promedio común, tenía por delante aún treinta años para amar á Orlandi; y se regocijaba al pensar cuán largos son treinta años.

Tres días después recibió como respuesta un cartapacio con franqueo doble, conteniendo el retrato de la hermosa, hecho trizas. Con esta nueva victoria, no tuvo ya límites la felicidad de Teresita.

Un leve humo de orgullo se mezcló con el puro sentimiento de su amor; sintióse potente y se volvió audaz.

Volvió á escribir diciendo que deseaba verle, hablar con él, preguntarle cien cosas, convencerse de que la amaba él de veras, oírlo repetir por su propia boca.

Vino el joven; diéronse cita como la vez primera, de noche, por la ventana, y fué la entrevista más larga que la primera vez, embriagadora; Teresita ya no tenía miedo.

De las cien cosas que deseaba preguntarle, no le preguntó ninguna: una sola fué dicha y repetida por ambas partes, sin variantes, con un *crescendo* de ardor, y la volvieron á decir al separarse, y se la juraron con el alma en los labios:

En lo sucesivo, nada parecía imposible á Teresita; con el amor de Orlandi, suyo era el porvenir.

Cada quince días, el estudiante se presentaba de improviso. Cosía ella junto á la ventana, y le veía de pronto aparecer acortando el paso, para poder cruzar al menos una mirada. ¡Qué emociones aquellas!

Cuando volvió la primavera y Teresita pudo trabajar con las vidrieras abiertas, su corazón estaba siempre en la calle espiando el paso de Orlandi.

Pasaba éste rasando la pared, murmurando palabritas

dulces; dejaba ella caer la aguja, opresa por una turbación deliciosa. Solamente sus miradas se encontraban en un abrazo inmaterial, y, sin embargo, todas las fibras de la joven se estremecían, cual si las tocase una llama.

Con el hábito iba perdiendo la prudencia. Ya no miraba si estaba desierta la calle, al asomarse para saludar á su novio, sin percatarse de que tras de las celosías hubiese algunas cabezas curiosas. Tenía todas las fes y los ardores todos del amor.

Una tarde del mes de Junio la jueza propuso á Teresita ir á darse un paseo por el malecón; llevaron también consigo á Ida, y así llegaron poco á poco á la parte del bosque, donde la orilla del río está casi desierta.

Hacía una tarde magnífica, una de esas puestas de sol purpúreas que se ven en las márgenes del Po, donde parece que arde un incendio tras la verde hilera de los álamos.

La niña se puso de pronto á buscar chinitas y hierbajos, saltando libre en campo abierto. Ambas amigas iban detrás silenciosas.

Ahora eran amigas de veras; desde que Teresita cumplió los veinte años, la jueza quiso que la tutease. Iban detrás, en silencio: la jueza, preocupada; Teresa en el éxtasis de sus ensueños, mirando la opuesta margen del río.

Bruscamente, según costumbre suya, dijo la jueza:

—¿Miras hacia Parma, donde está Orlandi?

Ruborizóse toda la joven, no preparada para la lucha.

—No lo niegues, ¿sabes? es inútil. El tuyo es el secreto de Polichinela.

—¿Cómo?.....

—Como acontece siempre con esta clase de secretos.

Teresita se lo refirió todo: puesto que guardar un secreto amoroso es una voluptuosidad, pero confiárselo á una amiga es voluptuosidad mayor.

Con el rostro encendido, con superabundancia de gestos y palabras, trató de dar á entender cuánto la amaba Orlandi.

di; pero escuchábala callando la jueza, sin mucha emoción.

—¿Ves cómo he encontrado yo el amor ardiente y puro?
¡Existe!

La jueza seguía callando y andando cabizbaja, con aspecto meditabundo.

—Vamos, ¿no lo crees?

—¿El qué?

—Que Egidio me ama.

—¡Oh! sí, lo creo.

—Y entonces, ¿por qué pones esa cara mustia?

—Porque..... no sé por qué; pero no soy de opinión de que pueda hacerte feliz.

—¿No es un buen muchacho?

—Te lo concedo.

—¿Viste, cuando hubo la inundación, cómo se prestó sin recompensa ninguna, con riesgo de su vida? Todos hablaban de él entonces como de un héroe.

—Es verdad.

—Tiene talento.

—Sin disputa.

—Es simpático, guapo.....

—Y estos son, sin duda, sus méritos más evidentes.

—Además, si le conocieses en la intimidad, ¡cuánto se hace querer!.....

—También de eso estoy convencida. Pero es una cabeza caliente, ¿comprendes?, llena de grillos, con poca tenacidad de propósitos, sin afán ninguno por el trabajo.....

—¡Pareces mi padre!— exclamó Teresita con despecho.—
¡Como si en el mundo todos hubieran de ser tiesos, graves y cargantes para servir de algo bueno!

—Es un hecho — prosiguió la jueza — que desde hace tres años se come el dinero del título.

—Pero, este año no: me lo ha prometido.

—Paso por ello. ¿Y después?

—Después..... nos casamos.

—¿Así, sin más ni más?

La muchacha dió muestras de no comprender.

—No puede ejercer la abogacía sin haber hecho antes la práctica en un bufete.

—La hará.

—Otros dos años.

—¡Cómo ha de ser, paciencia!

—No es rico por su casa.

—En resumen, acabemos: yo le amo.

Después de esta interrupción violenta, la muchacha lloró un poco, agarrándose al brazo de su amiga y repitiéndole que adoraba á Egidio, que sin él no podría vivir.

Enternecióse la jueza; ella también recordó sus primeros amores, las bellas ilusiones de los veinte años.

—En último término,—murmuró— puedo equivocarme. Orlandi no es malo; si te ama de veras, sabrá realizar el milagro.

—¡Me ama!

Así gritó Teresita, inflamada de entusiasmo, con los brazos extendidos hacia la margen derecha del Po, donde el sol al transponerse encendía los bosques.

XIV

Aquel año, la gran novedad entre los estudiantes era la reválida de Orlandi: una reválida espléndida, vencida con furiosa audacia, como un ataque á la bayoneta.

¿Qué había podido inducir á aquel estudiante, tan poco estudioso, á abandonar una vida que parecía estar para siempre en sus costumbres?

Hablábase con misterio en Parma de un amorío secreto. Del lado acá del río, el misterio se aclaraba de día en día: ya, ni siquiera era misterio. Todos habían visto á Orlandi en la

calle de San Francisco y adivinaban el por qué. Las muchachas dábanse á pensar de continuo cómo podía ser que el joven más guapo de los contornos se emplease tan mal en aquella Caccia que no era bonita, ni vistosa.

Y la miraban con envidiosa curiosidad al salir de misa, pasándola revista de pies á cabeza, comentándola sarcásticamente, con palabras breves, agudas, incisivas como saetas.

—Sin embargo, es simpática,—dijo una vez Luzzi, respondiendo á sus cuñaditas.

—¡Simpática!—exclamó la menor de las de Portalupi.

He ahí una palabra inventada para satisfacción de las mujeres que no tienen belleza ninguna.

Nada sabían aún en casa; pero la jueza continuaba recibiendo las confidencias de Teresita.

—¿Cuándo piensa casarse contigo?

—En cuanto acabe las prácticas.

—¿Dónde practica?

—En el bufete de Sandri, el primer abogado de Parma.

—¿No ha notado nada tu madre?

—No lo creo.

—Díselo.

Pero eso era un escollo. Teresita no sabía qué partido seguir; prefería aguardar en silencio la petición oficial.

Pasó un año entero, tranquilo en apariencia, agitado para Teresita, que dividía su tiempo en dos clases de días: aquellos en que tenía noticias de Orlandi, y aquellos que pasaban sin saber de él.

Todas las mañanas se levantaba pensando: «¿tendré carta hoy?» ¡Y qué fatigas, cuántos artificios, qué largas tramoyas hipócritas, para estar siempre en la ventana al paso del cartero. Habíanse hecho amigos: la saludaba él llevándose la mano á la gorra, con una indulgente sonrisa de persona de experiencia, de buen hombre sin malicia; dábale gracias ella con premura, echándole una mirada agradecida, y luego corría á esconderse con su tesoro.

Pero muchas veces el cartero no traía nada para Teresita; pasaba á la otra acera de la calle, haciendo una amistosa seña imperceptible con la cabeza.

Esto era siempre para ella un gran dolor, un espanto como si faltase la tierra debajo de los pies; le seguía con la vista, pareciéndole imposible que entre todas aquellas cartas no hubiese ninguna para ella. ¿De quién eran esas cartas? ¿Quién las recibía? Acaso hubiese alguna equivocación. Tal vez la carta de Orlandi yacía olvidada en el fondo de la cartera; quizá, y eso sería lo peor, la entregara el cartero, por error, á alguna otra persona.

Cuando esta duda se apoderaba de Teresita, era como si tuviese fiebre. No veía ni comprendía nada más. Pasaba la hora de almorzar, de peinarse, de vestirse, de trabajar; pasaban todas las horas, lentas, horribles. Teresita estaba mala; dolíala el corazón como si fuese á estallar, ó bien retardaba sus latidos como si hubiera de faltarle la vida de pronto.

Y disimulada siempre, impasible, dando vueltas por la casa como un autómata, hasta que á eso de las cuatro volvía á pasar el cartero con el segundo reparto, Teresita, que había estado esperándole todo el día, le llamaba con ansiedad, queriendo asegurarse de que no había llevado á otra parte la carta de Orlandi. Juraba él que no había carta. El corazón de Teresita parecía aliviarse un poco con esta declaración; cesaba el temor; pero acometíala una melancolía sutil, una sensación de aislamiento, de abandono, como si el mundo se hundiese en derredor de ella, y desapareciendo todos los seres vivientes quedara ella sola en una gran obscuridad fría.

Dos ó tres veces se habían encontrado á las once de la noche en la cita de costumbre; y como su amor llegaba al apogeo de la embriaguez habitual, aquellos encuentros estaban llenos de suavidad, llenos de ilusión.

Orlandi tenía aquella ternura delicada del hombre enamorado sinceramente, que esconde las uñas, no por hipocresía, sino por un transporte momentáneo del alma sobre el cuerpo.

Teresita tenía el confiado abandono de la mujer que no ha recibido aún desengaños.

Pasaban ambos el período más hermoso de la pasión, la zona refulgente y sin manchas. Él no había dicho todo, ella ignoraba mucho; y entre estas dos lagunas la imaginación se extendía hasta el infinito.

A través de la reja que los separaba, buscaban los mayores puntos de contacto, involuntariamente, impelidos por una irresistible atracción. Y era Teresita, en su ignorancia, quien se ofrecía; era ella quien acercaba el rostro, quien presentaba los labios, sin rubor, sin miedo, asombrándose de que Orlandi se retrajese en ciertos momentos y se mostrase frío al parecer, precisamente cuando con más ardor le apretaba ella.

La naturaleza, en su violencia y en su pureza, hablaba á Teresita; y ésta acogía el más sagrado de los instintos, no manchado por ningún mal pensamiento. Era buena, cándida, amaba; amaba á aquel joven que debía ser su marido; y como ponía sus transportes á los pies de Dios en sus fervientes plegarias, por eso no recelaba de él, ignorando las imposturas de la modestia, las reticencias de la coquetería.

Salía de aquellos coloquios con un recuerdo de felicidad, que bastaba para hacerla dichosa varios días seguidos. Su júbilo no tenía sombras. No tenía dudas acerca de la fidelidad de Egidio (del cual comprendía que era todo suyo), ni ansiedades por el porvenir. Su única pena era la separación; pero aun ésta sólo era temporal. Dentro de otros ocho ó diez meses pediríala Orlandi por esposa, y entonces todas las puertas le serían abiertas al novio.

No podía detenerse por largo tiempo en este pensamiento: ¡tan deslumbrante era la perspectiva! ¡Mujer de Orlandi, con su apellido, con el derecho de amarle, con la seguridad de ser amada, y para siempre!

Llevaba al amor la exaltación fatídica de los santos por su fe; sentíase llamada, guiada por una mano invisible. Célicos acordes resonaban detrás de ella. Soñaba su unión con Egi-

dio, como las vírgenes encerradas en el claustro sueñan unirse con el Señor, místicamente, en la elevación del alma que absorbe á la materia y la arrebatada, abrasadas por la necesidad de transfundirse, enardecidas por el férvido deseo femenino que arrastra á todas, religiosas y amantes, á darse sobre un altar, á hacerse esclavas del hombre ó esclavas de Dios.

Este profundo afán de cadenas, que atormenta á las hermosas almas de mujer, tiene en sí una voluptuosidad extraordinaria; alcanzan en la debilidad aquellos mismos goces que de la fuerza consigue el hombre, y en el ceder encuentran una embriaguez aún mayor que otros hallan en el conquistar.

Otro sentimiento, nacido del amor, experimentaba Teresita: era una especie de respeto nuevo á su propia persona. Se lavaba con jabones de olor, se cuidaba las manos con minuciosa atención, cayendo por vez primera en cuenta de que tenía unas manos muy bonitas, deseando hacerlas aún más bellas, más suaves para los besos.

—No lo entiendo—decía la señora Soave—desaparecen de la despensa los limones, como si fuesen panecillos.

Y las gemelas gritaban á una voz:

—Teresita los gasta todos en limpiarse las uñas.

Hacíase refinada, en su inocente apetito de agradar. No tocaba los ajos ni las cebollas el día que esperaba hablar con Egidio, ó bien, temerosa de oler á cocina, agarraba hojas de geranio y se las ponía en el pecho. Nunca se encontraba suficientemente aseada; hubiera querido oler como una flor para él.

La mayor de las de Portalupi se casaba, no con el Subgobernador, sino con un empleadillo de Cremona. Las huérfanas del Asilo estaban cosiendo el equipo de novia; y Teresita, que conocía á la directora del piadoso establecimiento, fué un día á verlo juntamente con la jueza.

Sólo la palabra «boda» hacía palpitar el corazón. Se sentía arrastrada por una curiosidad ardiente hacia aquel equipo que las huérfanas confeccionaban con arreglos hechos venir exprofeso de Milán. Las pobres chicas, un poco estúpidas,

muchas ignorantes, todas feas, desdoblaban la ropa blanca, enseñando los bordados, de una paciencia inaudita.

La directora, una solterona vieja, con pelos en la barba, con la faz endurecida por el ascetismo, tocaba con sus escuálidas manos la finísima batista, pasando la punta del delantal por debajo de los calados para darle mayor realce.

—¡Esta guirnardita de violetas!—dijo la jueza.

—¡Y este encaje de Venecia!—añadió Teresita, indicando una camisa cuya mitad superior era toda ella de transparentes encajes.

La directora la desdobló por completo, deseando demostrar las habilidades de sus discípulas. Por el fondo de la camisa, después del borde del canesú, corría un adorno de encajes fruncidos, de una ligereza ideal.

Teresita interrogó con los ojos á su amiga.

—Son caprichos..... ¿sabes?..... en algunas circunstancias.....

La directora, rígida, sin comprender nada fuera de las labores, tenía en alto la camisa, desplegada como una bandera. En derredor suyo, con los ojos abobados y abierta la boca, miraban en silencio las huérfanas.

—¿Y todas las camisas sin mangas?—exclamó Teresita.

—¡Oh!—dijo la directora con acento pudibundo;—las camisas de noche, no.

—Esas no se llevan—murmuró la jueza.

—¿Qué dices?—susurró Teresita en voz baja, abriendo mucho los ojos.

—Digo que esas horribles camisas, altas hasta las orejas, con mangas largas, todas llenas de pliegues en el pecho, con puños y cuello vueltos, se quedan siempre como muestra en los equipos de boda, ¡á Dios gracias! En la práctica sirven mejor las otras.

La directora se mordió los labios, dura y correcta, tomando un paquete de pañuelitos blancos, y luego otro de colores variados: crema, rosa, azulado, lila pálido. Todos aquellos

matices juveniles juntos parecían un ramo de flores y alegraban la blancura uniforme de la tela, reapareciendo en las cintas de las cofias, en el viso de las camisetas de mañana.

La joven observaba todo minuciosamente, con la cabeza baja, atenta, queriendo grabar en la memoria los dibujos de los bordados para copiarlos, pensando con un poco de amargura que ella no tendría jamás todas esas maravillas.

—También tenemos dispuesto un equipo de recién nacido. ¿Desean verlo ustedes?

—¿De quién es?

—De la señora de Luzzi.

—¡Oh! La hermana.

—Justo.

—¿Con que es cierto?..... Un poquillo se ha hecho esperar, ¿eh?

La directora no respondió. No tenía obligación de conocer esas cosas.

Lo jueza dió un vistazo superficial á la canastilla. ¡Habían ya pasado tantas por sus manos! Y dijo á la muchacha, que estaba examinándola:

—Tiempo tienes para esto.

Teresita se ruborizó.

—Las hacemos más sencillas, si es preciso—añadió la directora, la cual seguía impasible el hilo de sus ideas—y tomamos de nuestras clientes todo, la tela, las puntillas, etc.

—Bien, bien.

—Se hace por estas pobres chicas, que no tienen padre ni madre.

Teresita miró á las huérfanas formadas en fila; y parecieronle tan feas, que le inspiraron grandísima compasión. De seguro ninguna de ellas llegaría á conocer el amor; y sin amor, á qué se reduce la vida de una mujer?

—¡Pobrecitas!

La directora, creyendo que esa compasiva palabra se dirigía á la pobreza de sus educandas, se apresuró á añadir:

—Pero, sin embargo, aquí están bien; el alimento es sano, el trabajo no es excesivo. Cuando salen, si han aprendido un oficio, eso tienen en ventaja suya.

La jueza aprobó en silencio con la cabeza.

Teresita no estaba convencida de aquella fortuna. Pensaba en Egidio, en sus miradas de fuego, en sus apasionados apretones de manos. Poco á poco se olvidó de lo que la rodeaba. Su amiga hablaba en pie con la directora; y al ser interrogada ella, decía: «sí, no, muy bonito», sonriéndose ó meneando la cabeza, como una máquina, sin comprender.

Dentro y en torno de ella, una onda de pensamientos la ceñía como una nube, aislándola. Eran frases incompletas, un movimiento de labios, una agitación, un silencio, un suspiro... La última vez que estuvieron juntos había dicho «mis manitas», besándoselas; y al pensar en aquella noche, Teresita repetía lo de «mis manitas», con los ojos cerrados y los brazos caídos, apretándose ella misma la mano.

Tuvo un sobresalto cuando la directora la saludó: á aquel saludo hicieron eco las huérfanas á coro.

Pero fuera, en la amplitud de los caminos desiertos, ante el verdor de los árboles, bajo el cielo teñido en gradaciones de palideces opalinas, siguióla aquella onda dulcemente perseguidora, aquella absorción en un pensamiento único que tiranizaba á todos los demás.

Por la noche, mientras estaba desnudándose, volvieron á aparecer en su fantasía los encajes, la batista bordada, las cintas azules y de color de rosa. Suspiró levemente, con una sombra de melancolía en el rostro; y probó á arrollar las mangas de su camisa hasta por encima de los hombros, para juzgar el efecto de las camisas sin mangas. Dedujo que nunca se atrevería á gastarlas ella; pero echóse en el lecho turbada, con tentaciones que la tuvieron despierta por mucho tiempo.

Tenía veintidós años, estaba en el pleno goce de la juventud: era pura, pero no insensible.

El misterio de la vida comenzaba á abrirse paso en su ce-

rebros; pero, no habiendo aún tenido una revelación brutal, el hecho permanecía siempre sujeto á la idea. Sentía é ignoraba, y quería ocultar como una culpa esas sensaciones propias, precisamente por su ignorancia de que eran las mismas sensaciones de todo el mundo.

Ni siquiera se le pasaba por las mientes que su madre hubiese podido amar así, ni tampoco su amiga ni persona ninguna de su conocimiento. A nadie de ellas, á las cuales amaba desde años, con quienes estaba unida por lazos de costumbre y de confianza, hubiera manifestado ni uno solo de sus ardores.

Un pensamiento que la asediaba todas las noches, en la soledad de su cama, en la infinita dulzura de las tinieblas, era este: «¿Qué haría Egidio apenas se casaran, al principio, en el primer momento?» No tenía duda ninguna de que la abrazaría. Acá y allá había leído algo de abrazos amorosos, recordaba ciertas frases, ciertos girones de conversación, y parecía-le que el abrazo sin una reja por medio debe de ser la mayor delicia del amor. Cerraba los ojos y sentía correr un escalofrío por todo su cuerpo.

Pero si el cura de San Francisco tronaba alguna vez contra las pasiones pecaminosas, si en su devocionario leía los anatemas lanzados contra la carne, le asaltaban escrúpulos. Creíase entonces una gran pecadora y se ruborizaba á obscuras en la cama, arrebujiándose toda en la camisa, con un pudor extraño.

Otro raro pudor, inexplicable, sentía entonces en sus relaciones con su hermano.

Aguardaba las visitas de Carlitos con ansia grandísima, para tener nuevas de Orlandi, para oír hablar de él; pero ya no corría en demanda de sus besos, en busca de sus caricias; ya no se ponía enteramente junto á él, como en otros tiempos, para aspirar el olor del cigarro y para sobarle la barba naciente. Si la cogía él bromeando por el talle, separábase ella como bajo la impresión de un malestar, casi de una repugnancia física.

Se apresuraba después á corregir el desvío con una frase cariñosa, pero le quedaba una especie de acritud en la sangre. En una de estas ocasiones le dijo Carlitos:

—¡Qué salvaje eres! Como seas así siempre, no podrás agradar mucho á los hombres.

Un poco le mortificó ese dicho, temiendo no tener suficientes gracias. Empero estaba muy segura de que con Egidio no sería nunca esquiva; antes, por el contrario, atormentábale siempre el deseo de acariciarle. Y uno de sus más intensos placeres, cuando estuviesen casados, había de ser el de abrazarle y besarle como á Ida.

Colocaba á Ida encima de sus rodillas y, comenzando por los cabellos, la besaba, riéndose, toda la cara, hasta la barba, hasta el cuello, hasta por detrás en la nuca, donde le nacían los ricitos rebeldes. Pero á Egidio no podía sentárselo en las rodillas; y la idea de que pudiesen invertirse los papeles, le proporcionó uno de los más agitados desvelos.

NEERA.

(Se continuará.)

CLEOPATRA

(Segundo y último).

AMOR DE CLEOPATRA.—TRANSFORMACIÓN DE ANTONIO

Siempre fascinó á Cleopatra el héroe de Filipos. Acaso cuando, con su elegancia y su seducción de sirena, le hizo caer en sus redes en las novelescas vistas de Tarso, sólo sentía (fuera de ulteriores miras ambiciosas) la admiración que no podía menos de inspirar á una fantasía como la suya el hombre que no tenía rival entre los grandes capitanes de aquella época, que daba continuamente muestras de bizarra y aristocrática grandeza, y que ejercía, además, la prestigiosa influencia de una progenie semidivina (descendiente de Hércules).

Más adelante, cuando Cleopatra, con la milagrosa influencia de sus hechizos de todo linaje, cautivó á aquel hombre, antes infiel y tornadizo en sus siempre lúbricos amores, honda emoción de verdadera ternura penetró en el corazón de la hermosa Reina, y se formó entre ellos un lazo de misteriosa atracción recíproca, que sólo la muerte había de romper.

Cleopatra cobró afición honda é inalterable á Antonio; y después de tan tenaz unión de afecto, de cultura, de instintos, de grandiosas ilusiones de poder y de gloria, era natural que, al desaparecer del mundo Marco Antonio, aquella mujer, que no sabía sentir á medias, se viese asaltada por el implacable afán de morir, y, hallando cerrado el horizonte de su vida, buscase en el sepulcro el único refugio de su extremada desventura.

Cleopatra llegó á amar á Antonio con vehemencia. No se domina, de tal manera y por tan largos años, un corazón como el de aquel semidiós romano, sin el misterioso y absorbente poder del amor verdadero, que ninguna astucia ni femenino artificio puede reemplazar.

La Reina cayó también en la hoguera que ella había encendido; pero entre aquellas dos almas, tan entrañablemente unidas, preponderó siempre la suya.

TRANSFORMACIÓN DEL HEROICO CAUDILLO

Debajo de la áspera corteza del soldado romano vivían, adormecidas, facultades delicadas, tiernas, estéticas, que sólo despertaron cuando, con su vara mágica, tocó el alma de Antonio la Circe del Nilo. Causas especiales hubieron de contribuir á su fascinación. Cuando comprendió los deleitosos atractivos de la civilización de Alejandría, aquella brillante ciudad fué para él un mundo nuevo. La cultura filosófica, literaria y artística, los recreos públicos, todas las excelencias de la vida helénica habían pasado á Alejandría, donde ya reinaban los encantos del lujo oriental. No tenía rival, á la sazón, aquella civilización esplendente y amena. Los museos y las bibliotecas encerraban tesoros de literatura y de arte; y no es dudoso que, merced á los Institutos allí creados por la dinastía Lagida (en los cuales preponderaba el elemento helénico),

han llegado á nosotros, después de veinte siglos, las obras inmortales de la antigua Grecia.

La residencia de Marco Antonio en Atenas, en Jerusalen, en Ecbatana, en Éfeso, en Pérgamo y en otras hermosas ciudades orientales, había quebrantado en su ánimo la sequedad romana, y se complacía, cual pudiera un sátrapa persiano, en las ceremonias y festejos que le consagraban; en los cuales diferían mucho de los de Roma, los singulares ritos y los pintorescos trajes. De éstos usaba él mismo alguna vez, con disgusto y escándalo de los romanos (1); disgusto que, con artera intención fomentaba hábilmente para hacer creer que Antonio había perdido el sentimiento de la patria.

La verdad es que, sin menoscabar su leal afecto á Roma, profunda impresión hubo de causar en el ánimo de un hombre como Antonio, de índole á la vez inteligente, sensible y sensitiva, el espectáculo esplendoroso y recreativo que ofrecía aquella ciudad maravillosa.

Cleopatra (á pesar de las frivolidades de que sus enemigos la acusaron, cuando ya no existía), tomaba por lo serio los deberes de la realeza. Ella sostenía generosamente, con sus propios recursos, filósofos, naturalistas, matemáticos, astrónomos y otros cultivadores y maestros de las ciencias y de las letras; ella, que hablaba todos los idiomas del Asia occidental (2), y no sabía vivir sin los refinamientos de la inteligencia, era el alma del movimiento civilizador, que daba luz, vida y alegría á aquella capital greco-oriental (3).

(1) Vestía unas veces traje ateniense; otras, alguno de los trajes asiáticos.

(2) Los escritores de la antigüedad mencionan los siguientes idiomas (sin contar el griego, el latino y el egipcio): etíope, troglodita, hebreo, árabe, sirio, pártio, medo.

(3) Todas las clases participaban de aquella cultura y bienestar. Las cercanías de la ciudad estaban llenas de preciosas quintas, que llamaban *casas de flores*. El canal entre Alejandría y Kanope estaba constantemente poblado de barcas, en las cuales resonaban alegres cantos, y melodiosas armonías de flautas y de cistros.

Marco Antonio recibió de lleno la deslumbradora y halagüeña impresión, y no costó mucho á Cleopatra, con su magia y su ejemplo, convertir al bronco soldado en sincero admirador de las obras del ingenio y del arte. Muy señalado testimonio dió el triunviro de esta honrosa transformación, debida al dulce ascendiente de la Reina, cuando, al regresar de una de sus gloriosas campañas en el Asia Menor, le ocurrió llevar á Alejandría, como el más valioso y simpático presente que podía ofrecerse á Cleopatra, nada menos que la famosa biblioteca de Pérgamo, compuesta de doscientos mil volúmenes, entonces la segunda del mundo; acto que prueba su deseo de seguir los nobles impulsos de Cleopatra, acrecentando en Egipto el caudal de los frutos del saber humano; pero más digno de vituperio que de aplauso, pues la superioridad de las armas no autorizaba, en razón y en justicia, á despojar á aquella noble ciudad asiática del tesoro literario que con tanta gloria había reunido su esclarecido Rey Eumenes II.

AMOR DE ANTONIO

Extraviado por las funestas sugerencias de la más sañuda pasión política, Cicerón ha dejado un infiel retrato de Marco Antonio, presentándole como tipo horrendo de perversión moral, degradado por todo linaje de vicios y de crímenes. Séneca, menos violento, y dispuesto á la templanza, si bien arrastrado por la corriente de la lisonja cesariana, á vueltas de llamarle *varón insigne y de noble ingenio*, le declara incontinente y borracho (1).

(1) «M. Antonium, *magnum virum et ingenii nobilis*, quæ alia res perdidit, et in externos mores ac vitia non romana transjecit, quam

Plutarco, á fuer de moralista, pretende ser imparcial con el inmortal vencedor de Filipos; pero está muy distante de serlo, y sigue abiertamente la tradición denigrativa. No intenta hacer resaltar la grandeza de alma que demostró Antonio en sus relaciones con Julio César, de amigo, de leal subordinado, de heroico soldado; como igualmente el generoso espíritu, la elocuencia y hasta el noble arrojo con que defendió la gloriosa memoria de aquel grande hombre, en cuya escuela aprendió el arte de la guerra. En cambio, extrema la pintura de los defectos del triunviro hasta tal punto, que (principalmente en la primera parte de la narración) parece Antonio un ser envilecido por sus vicios, por sus desmanes, por la bárbara condición de su carácter. Hasta afirma, como para humillarle, haciéndole aparecer tramposo, que se apoderó en Roma de la casa de Pompeyo, negándose á pagarla.

Contra este espíritu estrecho y torcido del famoso biógrafo griego protestan los hechos mismos del héroe romano; y hay sobrados testimonios para poder juzgarle con absoluta imparcialidad.

Marco Antonio tuvo eminentes prendas de carácter, mezcladas con grandes imperfecciones morales. En los campamentos militares sobrio, paciente, dechado de rigurosa disciplina, capaz de soportar la sed y de alimentarse con hierbas y raíces, como el último soldado, en las marchas aflictivas, por parajes inhospitables y desiertos (1); en el alegre bullicio de las ciudades, olvidaba la austera energía de las campañas militares, era inmoderadamente fastuoso, buscaba con afán los deleites de toda especie, mostraba voluntad irreflexiva é inconsistente, y, como su antiguo ídolo Julio César, llevaba hasta el escándalo sus disolutas costumbres.

ebrietas, nec minor vino Cleopatráe amor?» — Séneca (Lucius Annæus) *Epistolæ á Lucilio*, núm. LXXXIII.

(1) Así aconteció en la célebre retirada después del duro cerco de Fraata.

Era generoso y afable, y carecía por completo de la maligna astucia de Octavio. Pero le faltaban dos cualidades esenciales en un hombre que sube á tanta altura: previsión y dominio sobre sí mismo para reprimir las pasiones y gobernar con prudente firmeza los impulsos del corazón. La ausencia de estas cualidades basta á explicar cómo pudo llegar á tan desastroso término una figura tan imponente y tan esclarecida.

La pasión que le inspiró Cleopatra, fué profunda, avasalladora, apenas concebible en el veleidoso libertino de Roma. Flaco aliento demostró Marco Antonio para combatirla ó encaminarla; y el incomparable caudillo que por su vigor y su intrepidez había sido en las batallas asombro y ejemplo de los más animosos legionarios, cayó débil, vencido sin lucha y para siempre, á las plantas de aquella mujer que, por su belleza y su soberano prestigio, no tenía rival en el mundo.

Pero fuera sandia vulgaridad creer, como han creído algunos escritores, que las aficiones lascivas de Antonio y las seducciones externas de Cleopatra fueron la causa de la unión tenaz de aquellas dos almas superiores. La magia efímera de los sentidos no puede formar lazos tan robustos, que al tiempo, á los reveses y á la muerte misma resisten.

Catorce años pasaron desde la aparición de la Reina en Tarso en su deslumbradora galera (que produjo en el alma del triunviro la impresión de una visión del Empíreo) hasta la aciaga muerte del héroe en Alejandría. En este largo espacio ¡cuántas vicisitudes venturosas ó amargas! ¡Cuántos gigantescos esfuerzos para romper aquella unión, que era perpetua amenaza para la supremacía política de Roma y aun para todo el Occidente romano!

Todo en balde. En Roma llamaban afectadamente á Cleopatra la concubina de Antonio. Era uno de los medios de infamación que empleaba la intriga favorable á Octavio. Pero debió de labrar poco en la opinión este pobre artificio, no sólo porque en materia de laxitud de costumbres no era muy escrupulosa la sociedad romana, sino porque nadie podía ignorar

que Marco Antonio había repudiado á Octavia, la hermana de César Octavio, y contraído matrimonio con la famosa Reina de Egipto.

Antonio, en una carta á Octavio escrita el año 39 (antes de Jesucristo), le dice con harto familiar desenfado:

«No comprendo tu mudanza. ¿Consiste en que cohabito con una Reina (Cleopatra)? Pero es mi mujer (*uxor*); y no es cosa reciente, pues lleva ya nueve años de fecha. Apuesto á que poco antes de leer esta carta, te has solazado con Tertulla, ó con Terentilla, ó con Rufilla, ó con Salvia Titiscenia, ó con todas cuatro» (1).

Los que han intentado hacer de Cleopatra un tipo de impureza y lascivia, no la presentan nunca como legítima esposa de Marco Antonio; pero lo fué sin duda, y hasta los escritores de sano é imparcial espíritu de los tiempos modernos lo reconocen y confirman (2).

(1) Suetonio publicó esta carta, que existía en los archivos de la casa de Julio César:

«Quid te mutavit? Quod Reginam in eo? *uxor* mea est. Nunc cœpi, an abhinc annos novem? tu deinde solam Drusillam inis? ita valeas, uti tu, hanc epistolam quum leges, non inieris Tertullam, aut Terentillam, aut Rufillam, aut Salviam Titisceniam, aut omnes?»

(C. Suetonius Tranquillus.—*Octavius Augustus*.)

(2) Citaré un solo ejemplo, curioso por su rápida concisión, y por pertenecer á la famosa obra enciclopédica de la Edad Media, de Vicente de Beauvais:

«De nece Anthonii et Cleopatrar. —.....Porro cum est lascivus Anthonius correptus amore Cleopatrar Egipti Reginar, repudiata Augusti sorore, ipam sibi Cleopatram matrimonio copulavit, et Augusto bellum indixit.»

(*Speculum Historiale*, lib. VII, cap. LIII.)

ALTA IMPORTANCIA HISTÓRICA DE CLEOPATRA.— COMBATE NAVAL
DE ACCIO

Después de leer en autores antiguos y modernos los insultos y los panegíricos, se ve claramente que Cleopatra es una figura singular, que la historia disputa á la leyenda y la leyenda á la historia.

No ha faltado quien, prescindiendo de las frívolas anécdotas y de los cuadros de costumbres, ha estudiado en Cleopatra, no su carácter novelesco ó dramático, sino el concepto filosófico de su reinado, esto es: la influencia que aquella mujer, con su dominio sobre el albedrío de Marco Antonio, ejerció en el rumbo de los azarosos acontecimientos de tan crítico período de la historia romana, que dieron por resultado la unidad política del mundo, abriendo así más vasto y fácil campo á la revolución moral con que en breve el cristianismo había de traer nuevos consuelos y esplendores á la conciencia humana (1).

Pero como el aspecto poético y dramático de la vida de Cleopatra es más perceptible y simpático que el aspecto histórico, han sido por lo común poetas y novelistas los escritores inspirados por la hechicera soberana del Nilo. Shakspeare y Alfieri (los más renombrados entre todos), no se han parado á interpretar el siglo de Cleopatra, y cada uno de ellos se ha limitado á seguir su respectivo punto de vista, puramente dramático.

De los lances *legendarios* que han nacido de la complicada historia de Cleopatra, ninguno se ha hecho tan proverbial co-

(1) *Cléopâtre*, par M. Jules de Saint-Félix.

mo la famosa perla de valor incalculable, que Cleopatra, en un festín, bebió disuelta en su copa de ágata.

Son muy variadas las versiones de esta anécdota, que, más que real, parece imaginaria. Una de las más extrañas es la que hallamos reproducida en el *Tesoro*, de Covarrubias. Ya no es una perla, son dos; y pierde la leyenda su poético carácter, por ser en el vinagre *de una ensalada* donde Cleopatra arroja una de las dos perlas. Lo más peregrino es que el sabio Canónigo de Cuenca, lejos de sospechar siquiera que la destrucción de la perla tiene trazas de fábula, presenta sin titubear, como hecho histórico, aquel cuento inverosímil (1).

Plinio es quien ha referido con mayor puntualidad la anécdota, difundida después por todo el mundo, de la perla disuelta bebida por Cleopatra. El gran naturalista, siguiendo el impulso de su tiempo, vitupera sin tregua á la hermosa Reina

(1) «Y si eran de precio algunas de estas arracadas que se usaban en el mundo, echaréislo de ver por las que traía Cleopatra, que un pinjante de una perla (que deshizo para echar en el vinagre de una ensalada, para hacer la cena que dió á Marco Antonio) costosa que no tenía precio; y, queriendo deshacer la otra, se lo impidió; la cual, después partida por medio, sirvió en Roma por arracadas á la estatua de Venus.»

(Sebastián de Covarrubias. *Tesoro de la Lengua Castellana*).

Covarrubias tomó, probablemente, de Plinio esta popular historia; pero no la reprodujo con fidelidad, ni comprendió el espíritu del autor latino. Este nada dice de la *ensalada*, invención que, por su prosaismo, daña al elevado carácter de la leyenda. No era *cena* tampoco, sino suntuoso banquete.

De estas perlas fantásticas de Cleopatra han hecho mención todas las literaturas de Europa. En España con bastante frecuencia, y siempre para denotar la elegancia y la riqueza de aquella Reina. He aquí un ejemplo sacado del teatro:

«De cuyo dulce consorcio
nació esa perla con alma,
con quien son todas berruecos,
aunque entren las de Cleopatra.»

(Vélez de Guevara.—*Más pesa el Rey que la sangre*).

y al heroico triunviro; pero su amor á las ciencias y á las artes, y su afición á las anécdotas de gran curiosidad ó resonancia, amortiguan su patriótico encono, y se inclina ante todo á pintar el lujo y la inaudita esplendidez de Cleopatra y de Antonio. Este es el propósito manifiesto de Plinio, que se reduce á dar idea, con la destrucción de la magnífica y costosísima perla, del exorbitante despilfarro de la elegante soberana.

Según la narración romana, la historia de las perlas procede de una apuesta temeraria entre los dos esposos. Cleopatra, en un arranque de orgullosa y ciega bizarría, dijo á Antonio que ella sola consumiría en un banquete diez millones de sestercios (2.100.000 pesetas aproximadamente). Antonio la escuchó con risa; no podía creer que hubiese medio de realizar la anunciada y misteriosa prodigalidad. Nunca habría imaginado que Cleopatra intentase destruir las dos perlas mayores del mundo, que habían sido fastuosa gloria de reyes orientales, y que eran maravilla sin igual de la naturaleza. La Reina bebió la primera perla; pero, al ir á arrojar en la copa la segunda, contúvola L. Planco, juez de la apuesta, y declaró vencido á Marco Antonio (1).

No malogra Plinio ocasión alguna para deprimir á Antonio y á Cleopatra, haciendo resaltar su fausto exuberante. Hasta se le ocurre recordar el hecho, consignado por el orador Messala, de que eran de oro macizo los vasos destinados al más ínfimo uso en la alcoba de Antonio (2).

(1) «At illæ corollarium id esse, et consumturam eam cœnam taxationem confirmans, solamque se centies H-S cœnaturam, inferri mensam secundam (*segundo servicio*) jussit. Ex præcepto ministri unum tantum vas ante eam posuere aceti, cujus asperitas visque in tabem margaritas resolvit. Gerebat auribus quum maxime singulare illud, et vere unicum Naturæ opus. Itaque expectante Antonio quidnam esset actura, detractum alterum mersit, ac liquefactum absorbit. Injecit alteri mœnum L. Plancus, judex sponsionis ejus, eum quoque paranti simile modo absumere, victumque Antonium pronuntiavit, omine rato.»

(C. *Plinii Secundi Naturalis Historiæ*, liber IX).

(2) *Plinio*.—Lib. XXXIII.

Tarea infructuosa. Con intención hostil quisieron desacreditar en la posteridad, por su fausto extremado, aquella corte magnífica y refinada, centro luminoso de las civilizaciones de Oriente y de Occidente. Todas las exageraciones relativas á aquel aparato inaudito de esplendor y opulencia, en vez de amenguar el prestigio de Cleopatra y de Antonio, no hicieron sino dar á su memoria mayor estrépito y grandeza.

A pesar de los circunstanciados pormenores que, con apariencias de convicción, emplea el escritor latino, el extraño suceso es en sí mismo tan insensato y monstruoso, que no es dable concederle realidad histórica, por mucha verosimilitud que quiera atribuirse á los vanidosos caprichos de Cleopatra.

COMBATE NAVAL DE ACCIO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

Donde más activamente se hizo sentir el incontrastable ascendiente de Cleopatra sobre el alma de Antonio, fué en la batalla de Accio. Pero esta vez de un modo funesto y desastroso. Estaba en los inescrutables designios de Dios, que la catástrofe inesperada fuese infeliz remate de aquellos apasionados y ruidosos amores, donde en el espacio de dieciocho años todo había sido triunfos, venturas y esplendores.

La guerra entre Octavio César y Marco Antonio era la contienda ingente y formidable entre el Oriente y el Occidente. Cada uno de los dos rivales representaba una mitad del mundo. Italia, España, Galia, Iliria, Sicilia, Cerdeña con sus islas (es decir, el Occidente entero), se hallaban bajo la potestad de Octavio: sustentaban la causa de Antonio, Egipto, Grecia, Tracia, Macedonia, las provincias romanas del Asia, y gran número de dinastías orientales independientes, esto es, todo el Oriente civilizado.

Todo auguraba la victoria de Antonio. Componían el nú-

E. M.—Agosto 1897.

cleo de su ejército, sin contar los contingentes auxiliares de los reyes que estaban á sus órdenes, cien mil infantes (diecinueve legiones) y doce mil caballos: tropas aguerridas, siempre vencedoras, entusiasmadas con el prestigio militar de Antonio y confiadas en su genio y pericia, á las cuales nadie era capaz de resistir.

Pero (según el texto de Plutarco, conforme en el caso presente con todos los testimonios históricos) «estaba Antonio de tal modo pendiente de aquella mujer, que siendo las fuerzas de tierra aquellas en que considerablemente se aventajaba á su contrario, se decidió por el combate naval á causa de Cleopatra.»

La Reina formó empeño en asistir personalmente á la batalla. Su voluntad había llegado á subyugar tan poderosamente la de Antonio, que no supo éste resistir el temerario antojo, y la flaqueza indisculpable del héroe romano en aquel trance decisivo fué su perdición y su vergüenza.

De quinientas naves se componía la Armada de Antonio; mas la esperanza del triunfo se cifraba principalmente en sesenta de las famosas galeras de Cleopatra, muchas de ocho y diez órdenes, las más robustas y colosales que en aquel siglo cruzaban los mares (1).

«Cuando todavía la batalla—dice Plutarco—se mantenía indecisa, se vió de repente á las sesenta naves de Cleopatra desplegar sus velas para navegar y huir por medio de los que combatían. Mirábanlas los enemigos, asombrados al ver que

(1) Juzgábanse invencibles, y el temor que inspiraban se infiere de estas palabras de Plutarco: «Cuando se trabó el combate, no había choques ni roturas de naves, porque las de Antonio por su pesadez no tenían ímpetu, y las de César, no solamente se guardaban de ir á dar de proa contra unos espolones firmes y agudos, sino que ni siquiera se atrevían á embestir á las contrarias por los costados, porque las puntas de los suyos se rompían tan pronto como daban en unas naves hechas de grandes maderos cuadrados, compaginados unos con otros con abrazaderas de hierro. Era, pues, parecida esta pelea á un combate mural.»

con viento favorable se dirigían hacia el Peloponeso. Vióse allí claramente que Antonio no se condujo, ni como General, ni como hombre que hiciera uso de su razón..... Fué arrastrado por aquella mujer como si estuviera adherido y hecho una misma cosa con ella; pues no bien hubo visto su nave en huída, cuando, olvidado de todo, abandonando y dejando en el riesgo á los que por él peleaban y morían, se trasladó á una galera de cinco órdenes, y se fué en seguimiento de aquella que al fin había de perderle.»

Con estas llanas y expresivas palabras refiere el biógrafo de Queronea el hecho más trascendental que recuerdan los anales del mundo antiguo.

En Dion Cassio se encuentra una versión de este hecho inexplicable, en la cual aparece menos lastimado el glorioso nombre de Marco Antonio. Según el famoso historiador de Nicea, al ver alejarse la Armada egipcia, no ocurrió á Antonio que fuese por mandato de la Reina. Imaginó que era consecuencia de un repentino pánico, y se arrojó (en un tirreme ligero) al alcance de las naves, para contenerlas y llevarlas de nuevo al combate (1).

Ya no era tiempo. Cleopatra hubo de negarse á volver al

(1) «La batalla, largo tiempo dudosa—dice Dion Cassio—terminó e este modo: Cleopatra no tuvo aguante para esperar el resultado de un acontecimiento que tanto tardaba en resolverse. Devorada por impaciencia femenil propia de una egipcia, por el desasosiego que le causaba tan dilatada incertidumbre, y por la ansiedad que alternativamente la conmovía en uno ú otro sentido, se alejó inesperadamente del combate, dando la señal de la retirada á sus súbditos..... Antonio, persuadido de que era el miedo y no las órdenes de Cleopatra lo que había inducido á los egipcios á la huída, corrió á detenerlos..... Pero el desaliento y la turbación se apoderaron entonces del resto de los soldados.»

«Καὶ οὕτω τὰ τε ἰστίαι αὐτῶν εὐθὺς ἀρχμένων, καὶ ἐς τὸ πέλαγος ἀφέντων, ἀνέμου τινὸς κατὰ τύχην φοροῦ συμβάντος, νομίσας ὁ Αντώνιος οὐχ ὑπὸ τῆς Κλεοπάτρας αὐτοῦς ἐκ παραγγέλσεως, ἀλλὰ καὶ ὑπὸ δέους, ὡς καὶ νενικημένους, φεύγειν, ἐφέσπετο σφίσι.»

(Dion Cassio: *Historia romana*, libro L.)

combate. Sus marinos acataron su voluntad; y la victoria, antes dudosa, se declaró irremediablemente en favor de Octavio César, á pesar del porfiado denuedo con que los guerreros de Antonio (sin él y sin la flota egipcia) continuaron heroicamente por espacio de diez horas la sangrienta batalla (1).

La versión de Dion Cassio es muy digna de ser tomada en cuenta, para no dejarse llevar de la corriente hostil á Antonio, que crearon fácilmente sus enconados vencedores.

Dion Cassio escribió un siglo después que Plutarco. Espíritu reflexivo y amante de la verdad y de la justicia, no adoptó rutinariamente, en deshonor de Antonio, la acusación ignominiosa que habían difundido Veleyo Patérculo y Plutarco.

La *Historia Romana* de Dion Cassio, no tiene menos valor y autoridad histórica que las *Vidas paralelas*; y consuela el pensar que hubo en aquellos remotos tiempos un escritor sesudo y grave, que no se hacía eco de la malicia del vulgo cruel y apasionado; que buscaba explicaciones plausibles á los hechos mal conocidos, y que no se avenía á ver un caudillo sin honra y sin entrañas, un desertor y un cobarde en el guerrero cuya intrepidez al frente de la caballería había sido asombro de las legiones; en el padre de sus soldados, en el caudillo inmortal de Filipos.

Lo que pasó en la batalla de Accio es un misterio histórico, cuya luz verdadera no asoma en el inextricable laberinto de las conjeturas y cavilosas de la crítica histórica. Cleopatra, animosa cual ninguna, no era capaz, por pusilanimidad, de huir vergonzosamente del peligro, llevándose consigo obstinadamente su formidable armada, y privando de este modo al esposo que adoraba de uno de los elementos principales del triunfo. Marco Antonio era asimismo incapaz de la infamia que se le atribuye, sacrificando desatentadamente de improviso sus guerreros, su ambición y su gloria.

(1) «César tomó trescientas naves. Los muertos (de la Armada de Antonio) no pasaron de cinco mil.» (Plutarco).

Sabios marinos, á pesar de los escasos é inseguros datos que ofrece la Historia, han intentado explicar técnicamente la batalla naval de Accio.

Las descripciones científicas (hasta la del Almirante Jurien de la Gravière) (1) dejan helado el pensamiento. Hay allí mucho más: hay misterios del alma que no es fácil adivinar. El proceder de Cleopatra y Antonio, encierra un enigma psicológico, cuya solución no alcanza el entendimiento humano.

Lo que no parece dudoso es que la causa primordial y eficiente de la catástrofe de Accio fuese la presencia de la voluntariosa Soberana de Egipto en el combate. El haberlo consentido es el más grave cargo que puede hacerse al egregio triunviro; denota, con respecto á su carácter, contradicción, debilidad, demencia; y aquí es donde la recíproca pasión de Antonio y Cleopatra adquiere una significación aciaga y gigantesca.

No es aventurado juicio suponer que sin la intempestiva intervención bélica de Cleopatra, el desenlace de aquel supremo conflicto, en el cual iba empeñada la suerte del mundo, hubiera sido favorable á Antonio. Aun en el mar (ausente la mujer adorada) verosímilmente habría Antonio triunfado; mas dada la batalla por tierra, bien puede creerse que aquel gran Capitán habría arrollado con sus falanges aguerridas al ejército de Octavio (2).

(1) Le Vice-Amiral Jurien de la Gravière.—*La Marine des Ptolémées et la Marine des Romains*. Cap. IV.

(2) La creencia en la supremacía militar de Marco Antonio era constante en la antigüedad. Plutarco dice que Canidio aconsejaba «dirimir con las fuerzas de tierra aquella contienda... porque sería cosa muy dura y muy necia que siendo mayor la pericia de Antonio en los combates terrestres, no hiciera uso de la fuerza y superioridad de su numerosa infantería.»

LA MUERTE DE CLEOPATRA

La muerte de la famosa Reina es lo que más eficazmente ha contribuido á hacer de ella una figura altamente novelesca y dramática. A despecho de sus menguados detractores, viles lisongeros de los Césares, en las almas nobles de cualquier tiempo se han despertado siempre sentimientos de compasión y de admiración ante aquel voluntario y terrible sacrificio de una mujer tan admirable y encumbrada. Los móviles que hubieron de conducirla á tan lastimosa catástrofe, pueden conjeturarse fácilmente: el amor inmenso que profesaba á Antonio, sin el cual no veía en la existencia sino insoportable vacío; el orgullo de su raza y de su jerarquía; la costumbre de la regia autoridad y del acatamiento y aplauso de los dinastas orientales; asimismo, sin duda, el repentino desvanecimiento de la visión gigante del dominio universal, que hubo de presentarse no pocas veces á su imaginación potente y ambiciosa.

Estos móviles de alta ley hicieron simpático el nombre de Cleopatra, y su muerte, producida por el amor y la dignidad, bastó para que en el sentir común de las gentes se olvidasen sus faltas ante aquella expiación dolorosa.

Cuando ocurrió la muerte de Cleopatra, cercano estaba el cristianismo; pero aún no había venido su doctrina sublime á ser guía y luz de la conciencia, á establecer la santa ley de la resignación, á infundir en el alma, como anuncio de la justicia divina, los terrores ó las esperanzas de la segunda vida. Por eso los novelistas y los poetas no se han parado á analizar moral y psicológicamente el suicidio de Cleopatra, y sólo han visto en él, como el mismo Octavio, la grandeza de alma de la esposa amante y de la Reina infortunada.

Así aparece en las innumerables obras en prosa y verso

que en todas edades y naciones se han escrito acerca de los ruidosos amores de Antonio y Cleopatra. En España, en el extraño, afectadísimo y mal trabado drama *Los áspides de Cleopatra*, Rojas presenta á la Reina como heroica víctima de pasión sublime (1); pero los más, antes que en el amor, se han fijado, para explicar su muerte, en la energía incontrastable de una soberana orgullosa, que no quiere amenguar su estirpe y su corona con ninguna afrentosa humillación.

Muchos ejemplos de ello podrían presentarse; pero uno de los más señalados, la *Cleopatra*, del Cardenal Delfino, merece un recuerdo de la posteridad; no por el mérito absoluto de la tragedia, sino porque el carácter de la heroína es en ella tan brillante y animoso, que eclipsa á cuantos anteriormente se habían trazado de esta mujer extraordinaria. Expuesta á la ignominia de realzar cómo cautiva el triunfo de Augusto, cómo su hermana Arsinoe realzó el de César, sostiene con heroico espíritu su altiva dignidad. Incapaz de humillarse á potestad alguna terrestre, declara que su cabeza, acostumbrada á llevar regias diademas, no se inclinará sino ante la muerte. «Sepan—dice—los siglos venideros que el mundo entero ha podido someterse á Augusto, pero Cleopatra nunca» (2).

(1) Así dice Cleopatra en la comedia de Rojas:

Yo muero, y muero de amor.....
y todos á una voz digan,
cuando mi ruina cuenten,
que aquí murió Marco Antonio,
y que aquí Cleopatra muere.

(2) «Nè voglio in vita impallidir per colpa;
non vedrà alcuno mai
questo mio capo, alle corone avvezzo,
adinchinarsi ad altri che alla morte.

Veggan l'età venture
che ha potuto ad Augusto
servire il mondo tutto,
ma non già Cleöpatra.

(Acto III. Escena I.)

Antes del Cardenal Delfino había resonado en la escena el eco tradicional de la grandeza heroica de Cleopatra. En el siglo anterior (XVI), un escritor de más vivo ingenio y de mayor renombre, el caballero ferrarés Giovanni Battista Giral-di Cintio (1), había anticipado, en su tragedia *Cleopatra*, el arranque de soberano orgullo que pone el Cardenal en los labios de aquella faraónica Reina, que no sabe doblegarse á su tiránico destino.

Vedrai, ch'essendo giunta ov'ora sono,
cieca non sono stata; et che *s'hai vinto*
l'Egitto, non hai vinta Clëopatra.

.....
Liberá veggo pur (malgrado tuo),
ovunque io mi volgo, queste cielo,
sotto cui nacqui e vissi, e fui Reïna,
e anche questo ciel Cleopatra vede
non coi legami e le catene intorno,
ma in habito Real. Questo cielo anche
coglierà l'alma mia libera e sciolta.

También la creencia en el amor sincero de Cleopatra se había hecho tradicional. Exclama poco antes de morir:

..... Ecco che viene
¡oh Marco Antonio! à te la tua Cleopatra,
per non si dipartir più da te mai.

(1) De una de las novelas de Giral-di Cintio (en la colección *Gli-Ecatommiti*) tomó Shakspeare el asunto del *Otelo*.

EL MARQUÉS DE VALMAR.

PROPAGANDA REGIONAL EN ESPAÑA

REFORMAS INTRODUCIDAS EN EL RÉGIMEN FORAL

DURANTE EL SIGLO XVIII

IV

CARGOS DIRIGIDOS Á LAS PROVINCIAS VASCONGADA Y NAVARRA

Basta fijarse en las deficiencias del Ejército español de las Provincias Vascongadas y Navarra para comprender que no se hallaba en condiciones de resistir con buen éxito el empuje de 60.000 soldados entusiastas por el nuevo régimen, rodeados de la aureola de la victoria alcanzada por las armas francesas en la lucha gigantesca contra la coalición de las potencias, y mandados por expertos Generales. Pero en todos los reveses de esta índole se necesita una víctima; y algunos jefes militares y los enemigos de los fueros, como el flamante Príncipe de la Paz, quisieron disculpar sus propias faltas atribuyendo á la tibieza de los vascongados el fracaso de la campaña.

D. Antonio Alcalá Galiano decía en sus *Memorias* «que se entregó la plaza de San Sebastián por acto de los mismos guipuzcoanos, *muchos de los cuales*, con el apego á sus privilegios,

habían resuelto llevar á cabo su proyecto de fundar una República, no haciendo resistencia al enemigo. La prisión de los Diputados les volvió á la obediencia de España encendiendo su ira contra los enemigos; de suerte que *acudiendo á las armas toda la población* de aquella provincia montuosa, hubo de hacer difícil la permanencia de los invasores.»

D. Modesto Lafuente confirma que el enemigo tenía 60.000 hombres y después de consignar que no pudo el General Caro desalojar á Moncey de los Alduides, y de referir el avance de enemigo por Irun y Pasajes, exclama: «Siguió la torpe y delplorable entrega de San Sebastián, por lo que se impuso la pena de *suspensión* á varios Jefes y Oficiales, y no parece que estuvieron exentos de culpa el Alcalde y algunos de los más notables vecinos» (1). Siendo esto cierto, procedía que la autoridad militar destituyese al Presidente del Ayuntamiento, reemplazándole con otra persona más resuelta, sin que su debilidad ó falta de entusiasmo sirviera de disculpa para la capitulación; pero este particular lo examinaremos más adelante.

Según Muriel, se mostró quejoso el General jefe de los habitantes de Guipúzcoa y de la Diputación, suponiendo que no era bueno su espíritu, y que en la rendición de las plazas de Fuenterrabía y San Sebastián habían influido los Alcaldes y vecinos, existiendo indicios de que la Diputación retiró los hombres armados.

Las célebres *Memorias* de Godoy son sumamente confusas y están llenas de errores y contradicciones. «La Corte participó de la sospecha de aquella deslealtad. El Gobierno, *si lo creyó así*, tuvo por lo menos la prudencia de ocultarlo. *Pudo muy bien bastar el terror para infundir desaliento en los ánimos de aquellos habitantes, y ser consecuencia de él la entrega.....* El Gobierno hizo por medios ocultos que algunos de los pueblos dirigiesen representaciones al Rey, asegurando estar

(1) Tomo 21, parte 3.^a, libro IX, capítulo II.

prontos á sacrificarse en defensa del país, al modo del reino de Navarra, que había ordenado levantar cuatro mil hombres más para incorporarlos á los batallones.»

Las amenazas á los fueros vascongados, iniciadas por Godoy y continuadas desde el Convenio de Vergara, reverdecieron en 1873 en el famoso prólogo escrito por el Sr. Cánovas del Castillo en la obra *Los Vascongados*, de D. Miguel Rodríguez Ferrer. Enojado por el nuevo alzamiento carlista, dirigió á las provincias eúskaras el futuro Presidente del Consejo de Ministros de la Restauración aquella célebre amenaza: «Lo que Godoy no llegó á hacer desde que en 1806 publicó Llorente su *Memorial de agravios*, y lo que desde 1839 al 72 nadie hubiera imaginado, por el proceder prudentísimo de los vascongados, *violenta y fatalmente llegará á realizarse algún día*, si en las provincias exentas se arrancan con júbilo los árboles plantados en señal de paz, prefiriendo que ostenten lanzas á olivas: *únicamente me cumple decirlo al interés vasco.*»

Pero poseído, sin duda, el Sr. Cánovas de la pasión del momento, y olvidando la imparcialidad del historiador, dió asenso en su escrito á las diatribas contra el país vascongado insertas en la correspondencia de D. Francisco Zamora, Auditor del Ejército de operaciones, hombre de confianza del valido, pero de carácter rebajado, adulador y chismoso, según se desprende claramente al ojear sus cartas.

Decía Zamora que en un mes recorrieron los franceses desde el Deva á Miranda, ocultando que les costó cerca de un año pasar de la orilla derecha á la izquierda de aquel río; «que las poblaciones de Vizcaya y Alava acogieron á los invasores *como á hermanos y amigos*, y, en cambio, con pretexto de sus fueros negaban cuanto podían á las tropas nacionales; sólo así se explica la marcha triunfal de los franceses.» Estas falsedades se contestan con recordar que los sacrificios de Vizcaya llegaron á la enorme suma de 18,25 millones de reales (1), ci-

(1) *Manifiesto histórico de los servicios de Vizcaya.*

fra desproporcionada para su reducida población y escasos recursos. Por otra parte, ¿como habían de fraternizar con los invasores después de una defensa tan tenaz? Debiendo advertir que sólo mediaron algunos días desde la entrada en el territorio vizcaíno á la firma de la paz de Basilea. «El General Moncey nos ha avisado que tenía grandes y seguras inteligencias en Pamplona, en donde eran apasionados de su Gobierno *los eclesiásticos, los frailes*, veinte nobles comerciantes y curiales. Los vizcaínos, y entre ellos los mayorazgos y aspirantes al gobierno del Señorío. Los alaveses, y de ellos los abogados, *los clérigos* y unos trece nobles, y los guipuzcoanos y principalmente los nobles, *clérigos* y curiales.» Parece imposible que llevase Zamora su frivolidad hasta el punto de guiarse por las noticias del enemigo, interesado en presentar como simpatizadoras á las clases más influyentes del país; pero no hubo en Vizcaya ni en Alava el más insignificante síntoma de inteligencia con los franceses, y el presentar á todo el clero vasco-navarro como entusiasta de los adoradores de la diosa Razón, raya en lo absurdo.

El General Arteche refutó en *La Misión del Marqués de Iranda*, publicada en 1876, los principales errores contenidos en las cartas de Zamora. «El General francés Dessein dió en Durango una proclama conciliadora, á la que contestó la Diputación *con nuevo llamamiento á las armas.*» Crespo dijo en Bilbao *que se largaba con toda su tropa á Pancorbo*, y dispuso que se retirase la gente de Vizcaya, y la Real orden de 9 de Junio previno que si por desgracia llegaba el enemigo, *debían capitular los pueblos por medio de sus cabezas.* Concluía el ilustre historiador diciendo que Vizcaya cumplió como buena en la guerra de la República francesa, pero al dar á la estampa con posterioridad á su libro *Nieblas de la Historia Patria*, el tomo I de la *Historia de Carlos IV*, levantó en 1890 el velo de ciertas flaquezas de algunos prohombres de Guipúzcoa, manifestando que el cuadro de aquella catástrofe, trazado por Soraluze en los *Fueros de Guipúzcoa*, no consiguió disipar las nubes.

En cuanto á la entrega de San Sebastián, opina el General Arteche que la responsabilidad corresponde tanto al pueblo como á los jefes militares (1), «habiendo manifestado las autoridades locales un desánimo y falta de patriotismo poco dignos de la raza vasca, del que se han aprovechado los enemigos ó envidiosos de sus peculiares instituciones. Guipúzcoa hizo esfuerzos superiores á sus medios para sostener la guerra; pero lo largo de la contienda, los estragos sufridos en los pueblos de la frontera y el espectáculo de las últimas derrotas, esparcieron el pánico en el país, y sobre todo en sus autoridades. No se habían descuidado los franceses en fomentar el disgusto de los guipuzcoanos por medio de emisarios, y los Diputados forales, trasladados á Guetaria después de la pérdida de San Sebastián, debieron acariciar la esperanza de fundar un Gobierno independiente de España y de Francia, una pequeña Suiza. Y lo prueban los documentos, que nunca podrán desmentir la crítica rigurosa ni la conciencia histórica. Las relaciones entre la Junta de Guetaria y los representantes de la Convención, Pinet y Cavaignac, son conocidos; y ante la elocuencia de los datos que suministran, se debe reconocer que la provincia de Guipúzcoa tenía entonces á su cabeza gentes que no supieron corresponder á la confianza, ni inspirarse en el espíritu de sus administrados, que, como veremos luego, se reveló todo lo digno y patriótico que debía esperarse.»

Conformes con este último aserto, que analizaremos después, y respetando la opinión de una persona de la indiscutible competencia del General Arteche, hay muchos datos en prueba de que la ciudad de San Sebastián era entonces indefensible. D. Benigno Moraza, en su célebre discurso del Congreso de los Diputados, recordó los documentos oficiales que demuestran la propuesta del General jefe al Gobierno de retirarse á Navarra con todo el ejército, dejando entregada Guipúzcoa exclusiva-

(1) Tomo I, cap. IX.

mente á los esfuerzos de sus naturales: *que obtemperando, sin duda, á esta idea, desmanteló la plaza de San Sebastián, trasladó los cañones que allí había á Irún, y la dejó huérfana* (1). Y á la exposición que elevó en 1795 la ciudad de Fuenterrabía, pidiendo la formación de causa por la entrega, le contestó el Rey, que la responsabilidad de la rendición de una plaza *era única y exclusivamente del Comandante militar de la misma.*

Respecto de Vizcaya, prestó D. Fidel Sagarminaga un servicio importante en el tomo V de su obra, trazando el proceso completo de los acuerdos de las Juntas y de la Diputación, que demuestra hasta la evidencia la unidad de miras y la lealtad de todos sus habitantes en tan difíciles circunstancias. Menciona el Apéndice del *Manifiesto histórico*, redactado por D. José Agustín Ibáñez de la Rentería, que es lástima permanezca inédito, por comprender la contestación cumplida de cuanto se ha dicho en desdoro del país, poniéndose en su verdadero aspecto los actos de los generales Conde de Colomera y Crespo, más terminantemente todavía de lo que consta en el impreso. «Vizcaya, resulta de todo ello, no salió de la guerra con la República francesa con menos gloria que las tropas regulares y sus Generales, de quienes se vió abandonado el Señorío, sin conseguir que, habiendo invertido cerca de diecinueve millones de reales en la defensa y armamentos y tantos sacrificios, aplacaran la mala voluntad de sus émulos.»

El *Compendio histórico de los servicios de la Villa de Bilbao* constituye también una apología elocuente de sus grandes esfuerzos. Cuando el victorioso ejército francés entró en Bilbao el día 19 de Julio de 1795, publicó el Alcalde un bando en nombre del *Rey nuestro señor*, y en todos los pasaportes que expidió en los días siguientes repitió aquella fórmula de adhesión con igual entereza; el día 26 dirigió á S. M., con un correo extraordinario, por la vía reservada, «una sumisa relación

(1) *Biblioteca bascongada*. Tomo VI. Complemento del Discurso.

de cuanto había sucedido, con dolor suyo, desde que recibió la proclama del enemigo y durante la capitulación que le había obligado á firmar.»

El referido *Compendio* termina con estas elocuentes palabras: «La noble Villa de Bilbao supo conducirse con heroico espíritu en los peligros que la cercaron: con su conducta política se granjeó el respeto del enemigo y el amor de su Soberano: supo, á su vista, mantener con el más alto decoro el ejercicio de su real jurisdicción: merecieron todos sus actos las declaraciones más honoríficas de S. M. y del primer tribunal del reino: sus quatro rehenes capitulares acreditaron en la voluntaria prisión el más admirable patriotismo y en sus operaciones el honor más puro; y, finalmente, dexó un modelo de fidelidad, de constancia y de gobierno en iguales desgracias. El cielo nos liberte de ellas, y eternice la paz entre estas dos grandes naciones.»

V

ELOGIO DE VIZCAYA Y DE ÁLAVA EN EL LIBRO DEL DUQUE DE MANDAS

Hallábase solamente esbozada la acusación contra la conducta observada por ciertas personas influyentes de Guipúzcoa al invadir su territorio el General Moncey, cuando don Fermín de Lasala y Collado, Duque de Mandas, publicó en 1895 un elegante volumen con este título *sensacional* (1): *La separación de Guipúzcoa y la paz de Basilea*. Muy aficio-

(1) Aunque no pertenece esta palabra al lexicón académico, resulta más expresiva que otras completamente castizas.

nado al estudio nuestro Embajador en París; dueño de una biblioteca bien surtida, y en condiciones especiales por la variedad de los importantes cargos que ha ejercido para acumular materiales destinados al esclarecimiento de aquel episodio histórico, ha reunido en su obra una colección de documentos de indiscutible riqueza. Pero ¿ha hecho bien en disipar las nubes, en romper con ciertas preocupaciones, y dar á los vientos de la publicidad el arsenal de documentos preparado como fruto de sus pacientes investigaciones? Los amantes de la sinceridad creemos que sí, persuadidos de que el misterio y los artificios son, en general, más perjudiciales que provechosos.

Comienza exponiendo los motivos que le han inducido á imprimir su *Ensayo de investigación*, derivados principalmente del encargo dado por el Ayuntamiento de San Sebastián á otro publicista de recabar de la Academia de la Historia, bien originales ó en copia, las Actas que por caso extraño se conservan en Madrid de lo actuado por la Comisión municipal mientras las fuerzas francesas ocuparon la ciudad, desde Agosto de 1794 hasta Septiembre de 1795, y tiene cuidado de consignar que no son definitivas sus conclusiones, hallándose dispuesto á modificarlas cuando ajenos esfuerzos hayan acumulado nuevos datos encaminados á ilustrar la materia.

Según su reseña de la campaña, perdió el Conde de Colomera en San Marcial todas las baterías; la mayor parte de las tropas se retiraron desordenadamente, y los franceses llegaron el 26 de Agosto de 1794 hasta Ermua. «De sorprendida y aterrada que se hallaba la población desde la rota de Irún y *ante el estado del ejército nacional*, pasó á rehacerse al saber la actitud de la parte más alta de la provincia, declarada desde el día 9 *en su mayor hostilidad, si cabe, que hasta entonces contra Francia*, que no permitió entrarse el enemigo en Vergara; todos los montes se cubrieron de paisanaje que le hostigó, perdió su convoy, y ya siempre perseguido entró de nuevo en Tolosa.»

Los franceses lograron desalojar al Marqués de Rubí, de

aquella villa, el 28 de Noviembre (1); pero el bravo D. Gabriel Mendizábal, jefe de uno de los batallones de Guipúzcoa, la recuperó el 2 de Diciembre, con fuerzas casi totalmente vascongadas. Entonces se acabó de organizar la resistencia, desapareciendo la falta de cohesión del principio, lo cual atribuye el Sr. Lasala á lo defectuoso del sistema militar del país eúskaro, fundado en el régimen de la Edad Media.

Con tal motivo se engolfa en consideraciones históricas, viniendo á concluir, que si los 24.000 hombres que armó Vizcaya y 20.000, aunque mal, Alava, se hubieran sustituido por 10.000 solamente, pero bien equipados é instruidos, puestos en las líneas de Irún, hubiesen sido mayores las probabilidades de que no tomara la campaña tan mal aspecto. Hace después un caluroso elogio del plan de milicias locales proyectado más adelante por el *gran vizcaíno* Zamácola; y reconociendo nosotros que se resintió aquella guerra de falta de unidad en el mando de las fuerzas militares y de los tercios vascongados, que contribuyó al fracaso de tan meritorios esfuerzos, hemos de ver más adelante cuán exagerada es aquella alabanza dedicada al escribano de Dima. No negamos sus dotes de inteligencia, actividad y energía, pero las empleó en sembrar la discordia en Vizcaya, y en rodear de incienso á Godoy, el mayor enemigo de sus instituciones, cegado por fantásticos planes que, con el inevitable fracaso, trajeron graves males al Señorío.

El itinerario inserto en el libro, de las operaciones practicadas por las fuerzas vizcaínas desde 16 de Agosto de 1794 hasta el 28 de Junio de 1795, es el mejor elogio que puede hacerse del comportamiento del Señorío. El único lunar consiste en la negativa de Vizcaya á enviar al General Colome-

(1) Cuando la guarnición de 2.000 soldados abandonó á Vergara retirándose hacia Bilbao, hasta las mujeres les increparon afeando su conducta. (*Biblioteca bascongada Moraza, y su gran discurso en el Congreso de los Diputados. Tomo VI. Complemento.*)

ra los 4.000 hombres que le pidió el 15 de Septiembre: examinando en la obra del Sr. Sagarminaga lo actuado, deducimos (1) que en efecto, celosos los vizcaínos de los derechos del país, á la sazón invadido y amenazado por Moncey, mostraban repugnancia á convertir sus tercios en tropas *regulares* destinadas á combatir en otras comarcas del Reino. No obstante, el Regimiento general de Vizcaya, reunido con los Padres de Provincia el 6 de Octubre, acordó encomendar á don José Irigoyen, primer teniente de las Guardias españolas, la formación de un cuerpo especial de 4.000 hombres con el nombre de Voluntarios del Señorío, para ponerlo á disposición del General jefe, con la condición de no sacarlo de Guipúzcoa.

El 31 de Octubre se convocó la Junta de Merindades á fin de dar cuenta de otra Real orden en la que se insistía en pedir *los 4.000 de sus bizarros naturales*, y verificada la reunión en Begoña el 10 de Noviembre, después de consultados varios antecedentes y previo informe de los Padres de Provincia, se acordó que debía «hacerse el servicio de distinto modo que hasta ahora.» El 27 congregó al Regimiento D. Juan Mariño, Consejero de Castilla, que llegó de Madrid para asumir las funciones de Corregidor; expuso *que el Rey se hallaba muy satisfecho de los servicios prestados por el Señorío*; que se acababa de recibir la gustosa noticia de que había adelantado la gente armada á la Provincia de Guipúzcoa para cubrir los puntos señalados por el Marqués de Rubí, por lo cual daba por sí y á nombre de S. M. las gracias más expresivas y concluyó diciendo, que el Rey mandaba aprontase 4.000 hombres armados y regimentados á disposición del General, sin limitación de servicio ni de tiempo.

La Junta accedió á que se completase el número de 4.000 vizcaínos para cubrir los puestos de Guipúzcoa, y poco después se acordó, á propuesta de Mariño, la unión del Señorío

(1) Tomo V, Capítulos XV y XVI.

con las Provincias de Alava y Guipúzcoa para las atenciones de la guerra. Quiere decir, que con alguna dilación derivada del antiguo régimen aplicado á la organización de los tercios, consiguió el Consejero de Castilla cuanto se propuso respecto del concurso de Vizcaya.

A los documentos ya conocidos en el país vascongado para demostrar la completa lealtad con que se condujeron las Corporaciones de Vizcaya y Alava, ha añadido el Duque de Mandas algunos nuevos. En la reunión celebrada en Guernica bajo la presión de las bayonetas francesas, se negaron á nombrar nueva Diputación que sustituyera á la que por orden del Gobierno se retiró á Castilla con el ejército, limitándose á designar apoderados para convenir en Vitoria las condiciones de neutralidad del país ya ocupado por el enemigo. Estos aceptaron el encargo por su *inalterable fidelidad al Soberano para sacar á beneficio del Rey N. S. sus derechos, regalías é intereses como los del Señorío*. Coincidió con su llegada á Vitoria la paz de Basilea y á la comunicación en que dieron cuenta de la conducta observada por Vizcaya desde la invasión, contestó el Duque de Alcudia: «S. M. no ha podido juzgar de infieles los procedimientos de V. S. S. y sus constituyentes, y deben vivir asegurados de que su paternal amor y soberana protección no les faltará jamás.»

Restablecida la paz, como Godoy estaba muy prevenido contra las tres Provincias, encargó al Corregidor de Vizcaya, al convocar las nuevas Juntas, «la más exacta pesquisa de cuanto ocurra, pues tiene entendido que el humor republicano se conserva en el país, y quiere se le avise cuanto se note, pues si el tiempo pasa sin precaver resultas, llegará la desgracia al extremo de conocer por enemigos á los naturales de Vizcaya.» El Corregidor Mariño contestó: «Siempre he advertido una aversión nada afectada al sistema de los republicanos franceses, á cuya nación aborrecen muy de veras.» Quiere decir, que no tuvo ningún eco en el Señorío la propaganda republicana, á pesar de las suspicacias del Duque de Alcudia,

pero, en cambio, se descubrió en Madrid la conspiración de Picornel, y había en Burgos una Junta dispuesta á felicitar á los franceses en cuanto pasasen el Ebro.

Presenta el Sr. Lasala las comunicaciones recibidas por la Diputación de Alava, que demuestran también se atuvo estrictamente, en la capitulación de Vitoria y en todas las medidas adoptadas, á las instrucciones de Godoy, quien reconocía en la Real orden de 3 de Julio de 1795 *el noble y constante anhelo que hasta aquí ha manifestado en sus esfuerzos*, y en 13 de Agosto *que S. M. le aseguraba su amor y constante protección*; pero era tanta la doblez del valido, que mientras firmaba estas comunicaciones se hacía eco de los embustes de Zamora, diciéndole que *por entonces convenía el disimulo*, y se quejaba á Iriarte de lo infieles al Rey que eran los vasallos de la Vasconia.

Injuriaba también al Ejército, escribiendo á Zamora «que sólo unas tropas infieles, sólo una turba de oficiales ignorantes, una opinión infame sobre la cual se apoya el honor de esos caballeros, pudieron haber sido móviles capaces á destruir los planes que tenía formados por un Ministro que se desvive por ponerlos á cubierto de sus maldades. A ese Ejército deberá España el sacrificio de una parte de sus fuerzas, la pérdida de las Provincias y la degradación de la soberanía.» En otro documento que revelaba de igual modo su atolondramiento é incapacidad para el buen desempeño de un cargo tan elevado, decía: «Estamos en el abismo de la impotencia y de la ruina.» El descalabro vino, en efecto, pero fué algunos años después, como resultado de su funesta alianza con Francia y de la guerra con Inglaterra.

VI

PATRIOTISMO CASI UNÁNIME DE GUIPÚZCOA DURANTE
LA INVASIÓN DE MONCEY

El esclarecimiento de este punto ha sido el objetivo principal del Sr. Duque en su obra, y merece que le dediquemos alguna atención.

Era San Sebastián en 1794 el *pueblo de tanda*, ó sea el asiento de la Diputación guipuzcoana, que según el Fuero alternaba en su residencia con Azcoitia, Azpeitia y Tolosa. A las diez de la mañana del día 1.º de Agosto, tuvo noticia la Corporación provincial de la derrota del Ejército mandado por el Conde de Colomera en las líneas de Irún, y resolvió en el acto trasladarse por mar á Guetaria, á donde le acompañó el representante del Rey, *Corregidor político* D. José Rouger.

Debemos recordar que el comportamiento de Guipúzcoa fué hasta entonces intachable. Estaba aún muy reciente la pérdida de una flota de 15 buques cargados, que sufrió la misma en 1780, durante la guerra con Inglaterra; pero el día siguiente de la ejecución de Luis XVI tomó la *iniciativa* de ofrecerse á Carlos IV para el caso de que estallase la guerra con Francia (1), y convocadas las Juntas en Azcoitia, por Febrero de 1793, se acordó el alistamiento general de 24.000 hombres, levantando desde luego 4.600, sin contar los que estaban ya en pie de guerra en las costas y fronteras, ni la organización de las reservas. Mereció esta conducta las mayores alabanzas en el primer período de la guerra, pero hubo después contestaciones agrias respecto de la exactitud del servicio entre el Ge-

(1) Saraluce. *Fueros de Guipúzcoa*. V. Guerra.

neral Caro y la Provincia, alegando ésta que anunciada la invasión desde larga fecha, no podía tener constantemente en las filas á todos los naturales, *padre por hijo* por no permitirlo el cuidado de los campos y de los artefactos, ni los recursos del erario provincial. Y es natural que hallándose colindante á la frontera, en donde duró la guerra cerca de tres años, careciese de medios para sostener á sus expensas todos los tercios, y proveer á las tropas invasoras.

Copia algunos párrafos de las Memorias de Godoy, que terminan con estas palabras: «¡Honor y *gloria al Ejército* de Navarra y Guipúzcoa que cansó la paciencia y refrenó el poder del ejército más fuerte que lanzó la Francia en las fronteras españolas!» Y exclama el Sr. Lasala: «Causa lástima y dolor que revele la pequeñez de su alma y el odio que le dominaba estampando una injusticia tan insigne como la que voluntariamente comete el valido.»

Al embarcarse la Diputación para Guetaria no se atuvo estrictamente á lo acordado por las últimas Juntas, las cuales dispusieron se retirase, en caso de empezar el sitio de San Sebastián, á Hernani, Tolosa, ó *donde mejor convenga*, optando por el último extremo, que equivalía á separarse del ejército. Entonces empezó una serie de recriminaciones: el Corregidor, que faltando á sus deberes se fugó de Guipúzcoa para Madrid, acusaba á la Diputación; ésta, al General jefe por la desbandada de las tropas y los desmanes cometidos por ellas en los pueblos, y el Conde de Colomera manifestaba recelos de haber retirado la Diputación sus habitantes armados, constanding con toda minuciosidad en la obra del Sr. Lasala los documentos oficiales cambiados en tan críticos momentos. De su examen se deduce «que no hubo más solidez y disciplina en los soldados que en los tercios, ni el Conde se hallaba á la altura de las circunstancias».

Había recaído, pocos días antes de estos sucesos, el nombramiento de Diputado general de Guipúzcoa en D. José Fernando Echave, y el de Diputado de uno de los partidos ó

distritos en D. Joaquín María de Barroeta, debidos á la circunstancia casual de que, habiendo correspondido por turno á Guetaria la celebración de las Juntas en Julio de 1794, propuso la Villa, según costumbre, la candidatura de la nueva Diputación. Ambos eran hombres de valer, especialmente el primero, y el Sr. Lasala consigna que no es exacta la acusación de Colomera y Zamora, recogida por algunos historiadores, de que los Diputados habían tenido *inteligencias previas con los franceses*. Por el contrario, la víspera de la entrada del ejército republicano en España por el Baztán—día 24 de Julio,—dieron los Representantes de la Convención esta proclama: «El territorio español, en que vamos á entrar, debe formar parte de la República; la bandera tricolor lo convertirá en propiedad francesa, y vamos á tomar posesión en nombre del pueblo.»

En cuanto capituló San Sebastián y se retiró de Guetaria la escuadra española, entabló el Diputado general negociaciones con los franceses, nombrando al efecto una comisión, compuesta de tres individuos, para presentarse á los convencionales, á fin de pedir una suspensión de hostilidades por diez días, proponiéndose la Corporación provincial reunir inmediatamente la Junta de Guipúzcoa.

Entre las condiciones que, según el Sr. Lasala, llevaban los comisionados para un arreglo definitivo, decía la «3.^a Que sea la provincia independiente como lo fué hasta el año 1200. 5.^a Que sea garante el pueblo francés de estos artículos.» Realmente es injustificable esta conducta, porque ni el pánico, ni el aturdimiento, autorizaban el conato separatista. Pero emprendido con tanta ligereza el mal camino, envió la Diputación, en 16 de Agosto, á los Representantes franceses el proyecto de convenio, en el que se proponía una *sólida amistad con la República francesa*, bajo la condición de no darle soldados, pero sí los socorros que antes se facilitaban al Ejército español.

No se hizo esperar la respuesta Pinet y Cavaignac; según

la cual la provincia de Guipúzcoa, reducida á un pequeño territorio, *sin medios de subsistencia, ni población, ni armamentos, y vecina de un enemigo formidable é irritado, no puede formar una República separada*; y queriendo probar á sus habitantes el deseo de verlos libres, les proponían formasen parte de la República francesa, concediendo á la Junta general el plazo de veinticuatro horas para decidirlo, y conminándola en caso negativo *á tratar á Guipúzcoa como país conquistado*. No sirvió á los Diputados guetarienses la apelación á expedientes dilatorios, porque los Representantes del pueblo contestaron sin demora «que sus primeros movimientos en vista de las proposiciones tan extraordinarias fueron de indignación. La audacia *de un puñado de individuos* que no tienen de recomendable más que su debilidad, y que osaban dictar leyes á la República francesa, era verdaderamente incomprensible, y ha llegado el tiempo de terminar esta lucha escandalosa entre *unos cuantos españoles astutos* y la poderosa República.»

La consecuencia de acariciar un proyecto tan descabellado fué que el 26 de Agosto prendieron y llevaron á la ciudadela de Bayona á cuarenta apoderados ó *junteros* de Guetaria, y Echave Romero fué también detenido; pero en Abril del año siguiente de 1795 formó parte de un triunvirato provincial constituido por él, Zuaznabar y Mr. Larralde, reinstalándose también durante la dominación francesa el Ayuntamiento de San Sebastián, presidido por Michelena.

Los enemigos del país vasco achacaron la reacción que hubo en Guipúzcoa contra los franceses, al atropello cometido con la Junta de Guetaria, lo cual no es exacto, según lo demuestra el Sr. Lasala. El día 5 de Agosto, inmediato á la capitulación de San Sebastián, se incorporaron todos los hombres útiles de los valles de Oyarzun y Rentería á las tropas españolas de Navarra; el 7 acordó el Señorío de Vizcaya el armamento de todos los vizcaínos; el 9 tomaba el Valle Real de Leniz, en la alta Guipúzcoa, una medida análoga; el 10 se

encaminó el Alcalde de Motrico, D. Julián de Churruca, con los paisanos armados, á Tolosa, y el 18 recuperó aquella villa; el 30 desalojaron á los franceses de Vergara y fué tan enérgica la resistencia organizada contra la invasión extranjera y la protesta contra la apocada Diputación de Guetaria, que el país entero la desautorizó congregándose en Mondragón en Junta general el 1.º de Septiembre, *para defender la patria y combatir sin tregua* á los que en política y en religión profesaban opiniones diametralmente opuestas á las de los vascongados.

Reunidos los Procuradores, se apresuraron á «dar á S. M. en esta crítica situación, y sin embargo de hallarse descubierto el país, sin fortificaciones y sin tropa, las pruebas más relevantes del amor y fidelidad que habían heredado de sus mayores.» Y al terminar el día 12 las sesiones de esta Junta, elevaron á Carlos IV un caluroso mensaje que contenía estas palabras: «Señor: El trastorno que han causado en mi distrito los enemigos de Dios y de V. M., el vivo penetrante dolor que me produce la memoria de haber tenido mi autoridad y mi gobierno en manos de hombres que han sido notados de excesos que me llenan de espanto y de horror, mi amor á la Religión y á V. M., el deseo que me asiste de sofocar con mis esfuerzos y mi lealtad los ataques que ha podido preparar la malignidad y los progresos del enemigo, todas estas razones me han obligado á convocar mis pueblos á esta villa á fin de elegir nueva Diputación y acordar las providencias que parezcan conducentes para la defensa de V. M. y seguridad del país, con ánimo de someter todas mis determinaciones á la aprobación y consentimiento de V. M., etc..... La Provincia, enemiga la más declarada de la perfidia, á la medida misma de su acreditada lealtad, apurará todos los medios imaginables para la averiguación de los delincuentes, pasando á sus reales manos el proceso que se forme.»

Recayeron los nombramientos en personas muy principales, que, según el Sr. Lasala, organizaron la nunca bastante

encomiada defensa de la línea del Deva; allegaron recursos con ahinco y energía, y cuando, por virtud de las órdenes recibidas en Madrid, se retiró el Ejército á Miranda de Ebro, obedecieron también las instrucciones del Gobierno, partiendo para Bribiesca, y demostraron siempre «que sólo son buenos vascongados los que son buenos españoles.»

VII

PROCESOS INSTRUIDOS Á LAS AUTORIDADES CIVILES Y MILITARES

Firmada la paz de Basilea, convocó la Diputación de Guipúzcoa la Junta general en Noviembre de 1795 para la villa de Cestona. Presidió las sesiones el Corregidor Mendinueta, quien ensalzó en su discurso inaugural los grandes y extraordinarios servicios de Guipúzcoa y «la jamás interrumpida Lealtad, Fidelidad y Amor hacia la Real persona, sin que pueda empañarla alguna excepción, constandingo á todos que se había atacado el honor y el lustre de la Provincia por la malignidad y la envidia.»

Se opuso la Junta á escuchar la lectura de un escrito remitido desde Bayona por los Diputados de Guetaria, encaminado á demostrar que no habían sido infidentes; y cuando se dió cuenta del informe de la Comisión, se desaprobó por completo su conducta, acordando dirigirse á S. M. en solicitud del permiso para procesar y castigar á los que resultasen culpables, y de la licencia para imprimir un Manifiesto de justificación. El privado de Carlos IV denegó ambas cosas; la primera, porque el Gobierno francés interpuso su influencia en favor de los emigrados, y la segunda, por el propósito de Godoy de emprender una campaña contra las instituciones forales. «Este proceder—según Lasala—es habitual en los pequeños, vengá-

tivos y débiles; necesitan atribuir á un elemento ó persona el mal éxito de su política; necesitan vengarse, y caen sobre lo que juzgan menos resistente.»

No tuvo tan buenos padrinos el Alcalde de San Sebastián, D. Juan F. Michelena, á quien se encarceló, sometiéndole á un Consejo de Guerra, cuyos curiosos documentos aparecen en el libro que nos ocupa. Contiene el Apéndice III la *Representación de la Ciudad al Rey sobre la capitulación de 1794*. Achacaba los cargos dirigidos al Ayuntamiento á calumniosas imputaciones esparcidas por algunos jefes y oficiales contra los capitulares y vecinos, cuando el conflicto provino de la pérdida por el Ejército de las líneas de Irún, que consideraban pocos días antes como *inconquistables*. Intimidada la rendición y retirado el General Colomera á Tolosa, paisanos y militares reconocieron unánimemente el estado indefenso de la plaza; los cañones de las principales baterías se habían llevado á Irún; no había estacadas; los fosos estaban convertidos en jardines; faltaban granadas de mano y otros elementos para resistir el asalto por diferentes puntos descubiertos, así como tacos para los cañones, provisión de agua, surtido de pan, carbón, leña y demás provisiones. La guarnición era escasa, y el Gobernador militar, D. Alonso Molina Sierra, *octogenario* y caduco, se hallaba incapacitado para el mando de una plaza sitiada.

«Y si el influjo de los Alcaldes y vecinos de la ciudad causó la rendición, ¿por qué no se retiraron al castillo las tropas, como sucedió el año 1719? Por el contrario, este Gobernador lo abandonó y puso en salvo su persona antes que el General francés concediese la capitulación.» Extendiase en otras muchas consideraciones para demostrar que ante un descuido tan completo, el Ayuntamiento cumplió el deber de evitar un sacrificio estéril de las vidas de sus administrados y de los intereses importantes que habían de destruirse con el bombardeo de la ciudad.

Examinado el asunto con imparcialidad, resultan bastante atendibles las razones expuestas en defensa del Ayuntamiento

para justificar la entrega, y así se deduce del proceso. A pesar de la superioridad del patriotismo actual respecto del concepto del mismo sentimiento un siglo há, ¿cuántas ciudades francesas resistieron al ejército prusiano en la última guerra?

El Consejo de Guerra de Oficiales generales, celebrado en Pamplona, condenó al Brigadier gobernador y al jefe del castillo á la privación de empleo, y en cambio, impuso al primer Alcalde *diez años de encierro* en una fortaleza, y al segundo dos años de destierro. Debió haber mucha parcialidad en este juicio, cuando sometido el fallo al Consejo Supremo de la Guerra redujo la pena del Alcalde «á que perpetuamente no pueda entrar en oficio de Concejo y la multa de 300 ducados.»

Reconocía que la avanzada edad del Gobernador militar no era á propósito para el mando de la plaza, y disculpaba el abandono de los urbanos, como gente no ligada á la defensa por las Ordenanzas militares, y sobrecogida por la laxitud é indisciplina de las tropas fugitivas, que esparcieron el espanto en la ciudad. Añadía que consideraron como indefensible á la plaza, el General Ricardos y la junta de Generales de Irún, no debiendo sorprender el temor de los paisanos ante las atrocidades de un enemigo orgulloso, terrorista é inmoral. «La voz de la Patria es ciertamente muy imperiosa, pero también es muy difícil que personas no comprometidas por pacto explícito se desentiendan al grito de la naturaleza...»

Según el Consejo Supremo, «se receló de traición respecto de la Junta que propuso la rendición á las autoridades militares; pero debe manifestar á V. M. en honor de la justicia, que por exquisitas y aun excesivas que hayan sido las diligencias practicadas, *no han producido ni el más sutil vapor que pueda empañar la acrisolada lealtad* que en otras ocasiones ha hecho digna á la ciudad de la gratitud de los Soberanos, y que en la presente habría, sin duda, confirmado con noble empeño, si en lugar del descuido é inercia de los que debieron inspirarla el glorioso entusiasmo, *no se hubiera convenci-*

do de la ineficacia de todo esfuerzo. Y es conforme á la justicia que V. M. se digna declarar en la *Gaceta*, que ni el Ayuntamiento de San Sebastián en cuerpo, ni alguno de sus miembros en particular, *faltaron en manera alguna á su antigua lealtad y fidelidad.* Y por la calumnia atroz que ha padecido en su fama, honor, persona é intereses D. Juan José de Michelena, cree igualmente el Tribunal debido en justicia, que á más de la declaración colectiva de fidelidad en que sea comprendido este honrado aunque tímido vasallo, como cabeza del Ayuntamiento, tenga V. M. á bien mandarla hacer *individual y solemne de su persona* en la misma *Gaceta*, respecto de que por ella se esparció el equivocado concepto de su infidencia en virtud de la carta del General Conde de Colomera.»

El Príncipe de la Paz se separó en algunos puntos del razonado fallo del Consejo Supremo al dictar la Real resolución de 3 de Enero de 1800: mantuvo para los jefes militares la privación de sus empleos, recogiénolos los Reales despachos; á los oficiales de la milicia que se ausentaron de la plaza se les impusieron á 200 ducados de multa, debiendo servir de soldados si volvieran á formarse compañías de urbanos, y al Alcalde Michelena se le condenó á seis años de extrañamiento á 20 leguas de San Sebastián, con privación perpetua de empleo ó cargo de la ciudad, quedando *absuelto de las acusaciones que se le han hecho sobre infidencia.* Y realmente debió sincerarse bien, cuando le juzgó tan favorablemente el Consejo Supremo, y no le impuso Godoy mayor castigo, á pesar de su acentuada ojeriza hacia las autoridades vascongadas.

Las recomendaciones del Gobierno francés debieron influir para que no se instruyesen procesos análogos respecto de los Diputados guetarienses, y á pesar de haber desaparecido un cajón de documentos concernientes á aquel período, ha recogido el Sr. Lasala papeles más que suficientes para formar juicio del asunto.

En la *Representación* dirigida desde Bayona por D. José

F. de Echave y Romero á la M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa, en 2 de Octubre de 1795, procuró sincerar su conducta. Decía que cuanto había hablado ó escrito fué en virtud de órdenes dictadas por los jefes de un ejército vencedor, habiendo sacrificado su reputación é intereses y expuesto su vida, como único medio de salvar al país. Recordaba que sus compañeros fueron conducidos á Bayona y él y Aldamar á San Sebastián, no pudiendo fugarse por el peligro que hubieran corrido los cuarenta y cuatro presos.

Examinando desapasionadamente su proceder, se deduce: 1.º Que fué completamente leal hasta la entrega de San Sebastián. 2.º Que sobrecogidos con el descalabro de las líneas de Irún, que sin duda lo consideraron como un triunfo decisivo para los invasores, perdieron la serenidad, trasladándose á Guetaria en vez de seguir al Ejército para ponerse de acuerdo con el General jefe y las Diputaciones hermanas de Vizcaya y de Alava. 3.º Que dado este mal paso, y entrando prematuramente y sin la autorización Real en negociaciones con los representantes de la Convención, estuvieron acertados en oponerse á anexionar Guipúzcoa á la República francesa, á pesar de los tentadores halagos y de las amenazas que le dirigieron. Y 4.º Que la idea de constituir una República independiente en tan pequeño territorio, *vecino á un enemigo formidable y por un puñado de individuos*, constituía un plan tan extravagante, que no se comprende lo patrocinasen *en serio* dos personas inteligentes, siendo, probablemente, el medio de disfrazar las simpatías de los Sres. Echave y Aldamar por las instituciones liberales, y de su enemiga contra el desprestigiado Gobierno del Privado.

Pero ¿fué un caso insólito el de los Diputados forales de Guipúzcoa? No es nada raro que excelentes magistrados, en los tiempos de paz, carezcan de la entereza y del heroísmo necesarios para ejercer el mando si los desastres de la guerra, de las asonadas populares ó los horrores de una epidemia mortífera asolan un país, y en tal caso procede su reemplazo, que

debió disponer inmediatamente la autoridad militar (1); pero allí resultó realizada espontáneamente por la lealtad de los pueblos congregados en Mondragón. Durante las agitaciones de la *Zamacolada*, ocurridas en Vizcaya en 1804, se fugó de Guernica, en el período de Juntas, el Diputado foral Sr. Ibáñez de Rentería, hombre de notable inteligencia y gran ilustración, pero perdió el aplomo y dió muestras de un apocamiento excesivo, que no justificaron por completo las circunstancias, y siendo D. Estanislao Figueras Presidente de la República española, se escapó también clandestinamente de Madrid, abandonando su elevadísimo cargo.

Tampoco puede compararse la deserción de los Diputados guipuzcoanos á Guetaria á una felonía comparable á las realizadas en siglos anteriores por el Condestable de Borbón, el Príncipe de Condé ó el General Pedro Navarro, ni la que ofrecieron á la sazón en la misma Francia la sublevación de Burdeos, Lyon y Marsella, entregándose Tolón voluntariamente á las escuadras enemigas de Inglaterra y España, precisamente en esa nación francesa en donde ahora se rinde un culto tan ferviente al patriotismo.

El influjo del vencedor es tan grande, que en varios pueblos de la vecina República se vitoreó en 1793 á las tropas españolas, y cuando se volvieron las tornas, hubo capitulaciones ignominiosas como la de Figueras y una serie de descalabros del Ejército. La rota de las formidables líneas de Irún produjo verdadero pánico; y si los Diputados forales se separaron de las desmoralizadas fuerzas de Colomera, hizo lo propio el Corregidor, con la circunstancia agravante de ausentarse de la provincia. Había, además, el precedente de la invasión francesa de 1719, en la que después de salvar el honor de las armas y de la capitulación de las mismas plazas de Fuenterrabía y San Sebastián, ocupó el enemigo el país vascongado prestando las

(1) Cuando en la primavera de 1872 se unió á las fuerzas carlistas la Diputación de Vizcaya, quedó en el acto sustituida por otra nombrada de Real orden.

tres Diputaciones obediencia al Rey de Francia (1), y lejos de enojarse por ello Felipe V, acogió con cariño á los comisionados de las provincias cuando se le presentaron en 1721 al restablecerse la paz. Durante la guerra de la Independencia, el espíritu de acomodamiento con los invasores fué moneda corriente entre muchas personas ilustradas y principales; brilló por su ausencia el patriotismo de la familia Real, del Gobierno y de no pocas corporaciones, y recuérdese, por último, que en la guerra franco-prusiana de 1870 bastaron unos cuantos hulanos para penetrar en Nancy y en otras ciudades del vecino Imperio.

En resumen: los Sres. Echave y Aldamar fueron unos precursores de los afrancesados, pero no tuvo ningún eco en el país vascongado su flaqueza de ánimo, habiendo consistido la mayor falta en tan críticos momentos, en dejarse guiar por las inclinaciones políticas propias y por las rencillas locales, en vez de inspirarse en el sentimiento general de los pueblos. Como dice el Sr. Lasala, «se levantaron absolutamente unánimes Vizcaya y Álava en calurosa adhesión á la Patria y al Rey, y en la casi unanimidad de Guipúzcoa se desvió una agrupación imperceptible, á la que un azar dió momentáneamente alguna importancia»; y téngase presente que sin la grandísima energía desplegada por las Provincias Vascongadas hubiera podido penetrar Moncey sin dificultad hasta el centro de Castilla, realizándose la paz de Basilea en condiciones mucho más desventajosas.

Nada hay en el libro del Duque de Mandas que empañe las glorias de la tierra eúskara, pero encontramos impropio el pomposo título de *La separación de Guipúzcoa*, pues no se ajusta al contenido de la obra, reduciéndose á lo sumo la inocente calaverada del grupo guetariense á un *chispazo separatista*, tan ridículo entonces como ahora, si algún enajenado soñase en renovarlo.

(1) *Los Eúskaros*, por D. Ladislao de Velasco; cap. XIX.

PABLO DE ALZOLA.

CURIOSIDADES

ACERCA DE LA

HISTORIA DE LA PÓLVORA

SUMARIO.—Gran interés que inspira el asunto.—Ventajas que ha reportado á la humanidad el descubrimiento de la pólvora.—Importancia de la Química en el estudio de este particular.—Conocíanla los chinos desde remota época.—Composición del *fuego griego*.—El sitio de Niebla.—Bertoldo Swart.—Rogerio Bacón.—Fiesta de la Palometa en Valencia.—Sitios de Baza y de Algeciras.—Primeros fabricantes de pólvora que hubo en Cataluña.—Noticias bibliográficas especiales, relativas al descubrimiento.—Primeros explosivos que se fabricaron en España.—Pintores.—Un precioso cuadro de Goya, relacionado con este asunto.—El clorato de potasa como componente de la pólvora.—El falmicotón y fecha de su empleo.—La cibalita.—Consideraciones generales.—Conclusiones.

I

Entre los muchos asuntos que merecen fijar la atención en mayor grado, y ser examinados á la espléndida luz de la crítica, es seguramente, á poco que se medite, la investigación del origen de la substancia que, por sus transcendentales efectos y sus radicales consecuencias, ha ocasionado en el mundo más perturbaciones y catástrofes, así como también no pocos indirectos beneficios, cambiando la faz de las sociedades y trastornando el mapa de las naciones, como si una influen-

cia poderosa y una energía sobrenatural interviniese en tan poderosos resultados.

Y aunque parezca paradójico y absurdo, debe también decirse muy alto, la que ha economizado vidas, acelerando la terminación de las guerras, el pronto remate de las luchas y la solución de conflictos, que antes se hacían interminables con el arma blanca, la flecha, el ariete, la piedra lanzada en el espacio ó los diversos medios de combate que ha empleado el hombre para dirimir sus contiendas ó resolver sus querellas, cuando han sido impotentes la razón y el raciocinio.

Tal es *el descubrimiento de la pólvora*, cuya historia es curiosísima, y que ha de figurar, sin duda alguna, unida á las humanas peregrinaciones y á los períodos de grandeza y decadencia de los pueblos; verdadero acontecimiento histórico, cuyos resplandores brillan á través de los tiempos, sin extinguirse ni debilitarse en lo más mínimo, antes al contrario, coloreando con preciosos y mágicos matices todo cuanto alcanzan, lo cual produce como un himno de sonoros cánticos que las generaciones entonan al autor de un descubrimiento tanto más importante, cuanto pueden medirse de un modo más perfecto sus consecuencias.

Ciertamente que hoy, el interés, el temor, el horror ó la admiración que pudiera inspirar la pólvora, han decaído de un modo extraordinario, y han palidecido en extremo las tintas del cuadro con que se pudieran pintar estas sensaciones cuando se comparan con los terribles, destructores y horrendos efectos de la dinamita ó de los más funestos de la melinita y panclastita y aun de la novísima fulgurita; mas no por esto habrá de olvidarse lo que se refiere á una materia explosiva que durante siglos ha imperado en el mundo, y que, á pesar de haber aparecido otros cuerpos que la sustituyan, no por eso ha sonado, ni mucho menos, la hora de relegarla al panteón del olvido ó al recuerdo de lo que no existe.

La pólvora es indudable que hizo innecesarios los hombres de fuerzas hercúleas y musculatura á propósito para las luchas

personales y cuerpo á cuerpo, sustituyendo la inteligencia imprescindible para su manejo, á la fuerza material á que se encomendó en otras edades el resultado de las batallas, y lo que constituía el más importante factor en el éxito que coronaba una guerra y en la adjudicación del laurel de la victoria.

II

Acontece en la historia del descubrimiento de la pólvora, lo que en otros asuntos de índole parecida, y es que los datos relativos al particular se hallan diseminados, dispersos y confusos, habiendo necesidad de integrarlos para asignar á cada uno su verdadera importancia y el valor que le corresponde, descartando como inútil todo aquello que la vulgaridad, la ligereza ó el error han acumulado, para quedarse tan sólo con lo que reúne más probabilidades de certeza, y brille con los inextinguibles fulgores que debe reunir la Historia.

No han faltado épocas en que se ha execrado y maldecido á los iniciadores de una substancia que producía los desastrosos efectos de llevar en pos de sí la muerte y destrucción, mediante la inmensa cantidad de gases formada por la rapidísima combustión de los cuerpos que la componen, acompañada del ruido formidable de las detonaciones, creyendo, sin duda, las sencillas y supersticiosas inteligencias vulgares, tan faltas de instrucción como llenas de fantásticas imágenes y de soñadoras consejas, que los resultados producidos por aquel cuerpo, en mal hora traído, no podían ser obra más que de un espíritu maléfico, enemigo de la humanidad, que conspiraba constantemente en su daño.

Sin embargo, tales opiniones prosperaban poco, pasando como rápidas y fugaces nubes que obscurecen un instante el sereno cielo, para dar pronto paso al esplendente sol que ilumina el horizonte.

Huían despavoridos al fragor de aquellos estruendos, sólo comparables á los que produce la naturaleza en las tempestades, y por tanto, atribuían origen sobrenatural á los seres que los ocasionaban, mirándolos primero con el asombro y admiración engendrados por el espanto, para tornarse más tarde en odio aquellas primeras impresiones hacia los autores de tamaños motivos de perturbación de la tranquilidad, sosiego y calma de que antes disfrutaran.

A pesar de todos los desastres que produce, las pérdidas que ocasiona y las vidas que extingue, no debe empequeñecer su gran importancia por lo que significa el trabajo y la fuerza que desarrolla en momentos dados, sumando enormes cantidades de velocidad y movimiento, que son manantiales fecundísimos de nuevas existencias y gérmenes de vitalidad, pudiendo decirse que las lágrimas producidas por su empleo tórnanse en riego bienhechor que baña los campos de donde han de brotar frondosas flores y sazonados frutos. Las consecuencias de este descubrimiento han sido de tal índole, que han motivado cambios sociales de inmensa trascendencia, que bien pueden ponerse al nivel de esos inventos que han ocasionado profundas metamorfosis en la vida de los pueblos, y han sido causa de grandes progresos en su modo de ser.

¿Cómo surgiera el descubrimiento que tanto eco había de tener y cuyas consecuencias habían de ser de tamaña magnitud? No fué, sin duda, como tantos otros, debido al acaso ó á fortuita contingencia, sino el producto de la meditación y del estudio, después de haber observado atentamente las propiedades que resaltan y distinguen á cada uno de los cuerpos que la componen.

Todo cuanto al origen de esta substancia se refiere es digno del mayor interés y de la curiosidad más extraordinaria. La idea de sumar tres cuerpos cuyo conjunto produzca por su rapidísima y casi momentánea combustión una oleada de gases, capaces por su fuerza elástica de lanzar grandes masas á lejanas distancias, es digna indudablemente de la considera-

ción de la Historia y de la meditación de todo el que se detenga un instante á contemplar los descubrimientos humanos y á medir sus consecuencias.

La Química puede y debe reclamar el puesto de preferencia, y aun el exclusivo, para conocer en todo lo relacionado con el estudio de la pólvora, pues se trata de una mezcla de tres substancias, cuales son el *nitro*, *azufre* y *carbón*, de la indudable competencia del químico, tanto cuando se las considera aisladamente, como una vez reunidas y quemadas en conjunto, para dar por su combustión origen al súbito é instantáneo desprendimiento de una masa gaseosa, cuya expansiva fuerza produce la detonación y el rapidísimo impulso del proyectil ó del cuerpo que impide el desarrollo de dichos gases.

El pensamiento de sumar las propiedades altamente combustibles del carbón y del azufre, y las especialísimas combustibles del nitro, que multiplica y exalta esa combustibilidad para producir en momentos brevísimos, tan rápidos como el pensamiento é instantáneos cual el relámpago, esos efectos (portentosos, terribles, destructores y profundos), no podía menos de revestir los caracteres de una originalidad extraordinaria y de un invento de grandísimos alcances.

Mezcla íntima la pólvora de las tres referidas substancias, constituye un trabajo químico, de cuya perfección, al interponer estos cuerpos, cantidades relativas de los mismos, pureza que les constituye, división más ó menos profunda, etc., son otros tantos factores que ejercen grandísima influencia en la energía y rapidez de las reacciones que se producen en la combustión, para que los resultados de la misma tengan mayor ó menor trascendencia y la masa de los gases producidos posea diferente tensión, y por tanto una fuerza impulsiva variable en lo que se refiere al objeto principal á que se destina.

La Mecánica se ocupa inmediatamente, por medio de sus abstrusos cálculos, de lo que aquella fuerza impulsiva puede producir, para encadenarla y dirigirla como el domador á la fiera; pero el químico, no hay que dudarlo, es el que determi-

na su composición, examina su fórmula, enseña el modo de prepararla y estudia las condiciones más adecuadas para producirse y, por tanto, es, como hemos dicho, una página de la curiosa y accidentada historia de esta ciencia, lo referente al conocimiento del origen é invención de la pólvora.

Atribúyese erróneamente el descubrimiento al monje benedictino Bertoldo Schwartz, en 1334; pero por más que haya tenido esta opinión gran número de secuaces, que la acogieron sin reserva en el concepto de inconcusa verdad histórica, debe ser rectificadada en absoluto, para dejar paso á los datos, que posteriores estudios han sancionado, en el conocimiento de un asunto que importa sobremanera dejar bien sentado cuanto á su historia y orígenes se refiere.

III

Conocían los chinos la pólvora desde remota época, siquiera no la empleasen para lanzar proyectiles, sino en los fuegos de artificio, á propósito de lo cual refería el P. Magailleus haber presenciado un precioso juguete de esta índole que representaba un emparrado de vistosísimas uvas de encendido color granate, observándose que, tanto las hojas como las ramas y los frutos, consumíanse con extraordinaria lentitud, pudiendo apreciarse los vistosos racimos, el color verde de las hojas y el propio del leño, los cambiantes y tornasolados reflejos del conjunto, representados con tal naturalidad, que parecía estarse mirando la obra exacta de la naturaleza, y no la imitación artística, más ó menos perfecta, pero siempre deficiente.

Parece, pues, fuera de duda, que los efectos más sencillos de la pólvora, cuales son los fuegos de artificio, eran conocidos en China desde los primeros siglos del cristianismo, pero permaneció como todos los descubrimientos en dicho país: en un estado completamente pasivo y estacionario, sin darle significación ni importancia.

A fines del siglo undécimo pasaron los procedimientos relativos á este asunto á los tártaros, en cuyas manos no adelantaron ni un paso, hasta que al final de la décimatercia centuria, cuando tuvo lugar la conquista del Celeste Imperio por los mogoles, realizaron perfeccionamientos en el arte pirotécnico, debidos, sin duda, á la benéfica influencia de los árabes y de los europeos.

Los romanos usaban ya, en el siglo IV, fuegos de artificio en las representaciones teatrales, á quienes tampoco hay que atribuir esta prioridad, pues lo aprendieron indudablemente de otros pueblos, que, al decir de la tradición, empleaban este género de espectáculo, que por su índole especial tenía gran número de adeptos, por lo sorprendente y variado de su manera de ser.

Mas hay algunos períodos de obscuridad, de duda, de incertidumbre, de confusión y de sombras, en lo que se refiere á fijar la época del descubrimiento de la pólvora de cañón. Las investigaciones de Reinaud, del Coronel Favel, de Hoefer, Lacabanne y Lalanne, son las que han alcanzado mayor crédito en este particular, y á ellas debemos atenernos.

En el reinado del Emperador Koung-Ming, 200 años antes de la era cristiana, servíanse los chinos, con resultado, de muchos compuestos incendiarios, que designaban con los pomposos y altisonantes nombres de *fuego del cielo*, *trueno de la tierra*, *fuego devorador*, que alcanzan, según los historiadores chinos, una antigüedad remotísima.

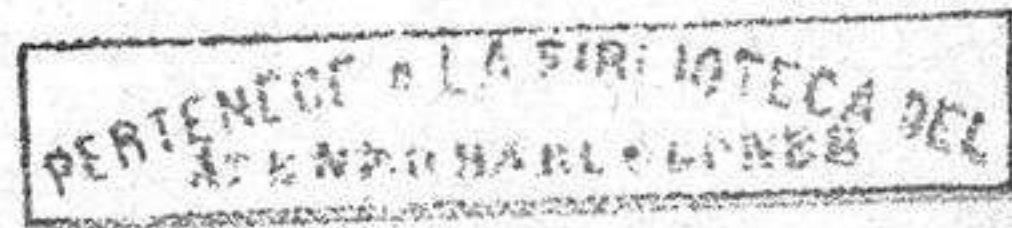
La composición del fuego griego permaneció ignorada y envuelta en el misterio con el mayor cuidado, imponiendo severas penas á los que osasen revelar secreto tan sagrado y transcendental. Hay motivos fundados para suponer que las máquinas que servían para lanzar el fuego griego, y cuya descripción se halla en las *Tácticas* de León VI, presentan gran analogía con las empleadas con este mismo objeto por los chinos, y más tarde por los árabes. El titulado *Liber ignium ad comburendos hostes*, atribuído á Marco Greco, contiene treinta

recetas de compuestos incendiarios empleados por los griegos.

Los romanos, en tiempo de las guerras de la República, se valían de *pez*, *resinas*, *betún* y otras substancias inflamables, para lanzarlas sobre el enemigo en las ciudades sitiadas, ocasionando los terribles y destructores resultados del incendio.

La *nafta*, cuya etimología es de las palabras *nare* (nadar) y *phta* (fuego), fué desde remotos tiempos usada para obtener efectos de combustión, de tal suerte que se refiere que Medea abrasó á su rival y concluyó con ella, valiéndose de una corona barnizada de nafta, que se prendió de un modo rápido y brusco al aproximarse al sitio en que se hallaba la llama del altar, viendo de tal suerte consumirse en breve tiempo las hermosas y seductoras facciones de una belleza que adquirió universal é indiscutible fama.

IV



Hállase mencionada la pólvora de cañón por vez primera, en un libro árabe sobre arte militar, cuyo autor vivía en Egipto hacia el año 1249, época de la última cruzada dirigida por San Luis, expresándose, según Reinauld, en estos términos: «La pólvora se arrastra á manera de escorpiones que se extienden, se inflaman y hacen explosión donde se colocan, se esparcen cual si fuesen una nube, retumban como el trueno, abrasan como voraz incendio, reduciendo todo á cenizas.» Esta descripción coincide con la que del fuego griego hicieron Joinville y los escritores bizantinos.

Desde Egipto siguió el uso de la pólvora el camino que naturalmente le estaba trazado por las conquistas árabes, ó sea por las costas africanas, de cuyo sitio pasó á España por razón de su inmediata proximidad. Figura ya en nuestro país en 1257 en el sitio de Niebla. También se hace mención

de la pólvora en un poema árabe sobre las máquinas de guerra, cuyo autor vivía en 1272.

De todos modos, los libros de Alberto el Magno y Rogerio Bacon contienen composiciones que parecen sacadas del opúsculo de Marco Greco, cuya circunstancia ha sido el motivo de considerar á Rogerio Bacon como el inventor de la pólvora de cañón.

Aunque este religioso franciscano, que nació en el siglo XIII en Uchester, y cuya fama universal tuvo comienzo en un célebre sermón que predicara en Oxford ante Enrique III conoció la pólvora de cañón, no puede adjudicársele la prioridad de un invento de que ya Marco Greco, como hemos dicho, había hecho revelaciones.

Sin embargo, consignemos las palabras de Rogerio, por la importancia de que están revestidas y la curiosidad que despiertan. Dice: «Podemos con el salitre y otras substancias componer artificialmente un fuego susceptible de ser lanzado á cualquier distancia. Basta emplear una pequeñísima cantidad de esta materia para producir mucha luz acompañada de horrible estruendo: este medio permite destruir una ciudad ó un ejército.

»Para producir los fenómenos de luz y trueno hay necesidad del salitre, azufre y *Luru Vopo, Vir can Utriel.*»

En estas palabras ininteligibles á primera vista, han creído observar los eruditos un ingenioso anagrama que da á entender que el tercer ingrediente era carbón pulverizado.

Todo esto indica bien á las claras el perfecto conocimiento que ya se tenía en el siglo XIII de los efectos de la combustión del salitre y de las propiedades y composición de la pólvora, así como también el papel que al ilustre Rogerio Bacon, gloria de los filósofos ingleses, corresponde en este descubrimiento.

Antes de usar la pólvora como medio de lanzar proyectiles, se sabe por la tradición, que se empleaba en festejos y regocijos populares. Ya en el *Viaje literario* de Villanueva, da

cuenta que en Valencia la antigua fiesta de la Palometa se practicaba en la Seo, en la época precisamente de la Pascua de Pentecostés, para solemnizar la bajada del Espíritu Santo, en la catedral; tiraban con ballestas, con un punto en ignición, á manera de cohetes, donde llevaban la mezcla explosiva para que llegase á la bóveda al tiempo que una paloma de madera descendiese en un momento dado, y unas estopas incendiadas bajaban en forma de lenguas de fuego. Pero algunos incendios que tuvieron lugar con tal motivo, ocasionaron que se prohibiese por la autoridad eclesiástica semejante festejo, que á nada conducía. El Sr. Obispo D. Vidal de Blanes, en 1356, terminantemente lo prohibió, y á pesar de esto se continuaron hasta que, en 1469, en el mismo día de Pentecostés, se quemó la iglesia á consecuencia de esta costumbre.

Y cual esa, hay otras muchas fiestas populares que se hallan enlazadas con el uso de la pólvora, en términos de formar parte integrante de la historia de varias poblaciones que han conmemorado sus patrones, sus gloriosas efemérides y todos los hechos que forman los variados matices de su existencia, con el empleo de esta substancia, que no ha de mirarse como mortífero elemento, sino por lo que ofrece de bello y agradable, convenientemente dirigida y dispuesta.

La posibilidad de adicionar á la pólvora otras substancias cuya combustión comunica á las llamas colores diversos, brillantes matices, preciosos cambios de luz, variadísimas tintas, sorprendentes reflejos y caprichosos tonos, ha motivado que el arte pirotécnico haga las aplicaciones que la Química pone de manifiesto y se utilicen para espectáculos recreativos, donde puede apreciarse el grado extraordinario de manifestación artística á que se ha llegado en este particular.

Así es que ese mismo cuerpo que ocasiona tamaños desastres y produce los horrores que acompañan á la destrucción y al incendio, puede producir, adicionándole diversos cuerpos, las benéficas y dulces sensaciones que la mente en sus plácidos sueños imagina, al formar esos preciosos juegos que las mul-

ticolores luces, combinadas en caprichosos y fantásticos giros, pueden presentar de igual modo el infantil capricho de un niño, que fragante ramo de vistosas flores, ó el dibujo de un objeto de arte, ó la leyenda de una profunda y sublima máxima.

Un autor árabe es el primero que habla de un cañón empleado en 1323 por el Rey de Granada en el sitio de Baza. Un dato auténtico del 11 de Febrero de 1325, demuestra que las armas de fuego eran ya conocidas en Florencia en esta época, y los historiadores de Italia hablan de su empleo en 1326 y de los grandes servicios que prestaron en el ataque de Cividalia en 1331, y este uso penetró bien pronto en Francia, como se demuestra en el decenio de 1335 á 1345, habiéndose empleado el cañón en 1339 en el sitio de Puy Guillem. Los primeros que emplearon la artillería en campo raso, fueron los ingleses, en 1346, en la batalla de Crecy.

En el sitio de Algeciras, casi á mediados del siglo XIV, fué donde en España se usó de una manera evidente como arma de combate, empleando procedimientos metódicos y estratégicos, produciendo ya resultados maravillosos de tal suerte, que han quedado como un hecho de recuerdo inextinguible las piedras lanzadas por los moros con la pólvora del trueno, (que así la denominaban).

Produjo en los ejércitos sitiadores no poca sorpresa y gran curiosidad, por lo cual recogieron cuidadosamente aquella substancia de negro color, que tan extraños efectos producía. Así es que su sabor, su aspecto, sus propiedades físicas, no tardaron en conducirles á conocer de una manera más ó menos aproximada su composición, aun careciendo de los conocimientos y reactivos que la Química analítica ha puesto al alcance de la ciencia moderna.

No dejan de ofrecer curiosidad é interés algunos otros datos relacionados con la historia del descubrimiento, siendo muy dignos de mención, entre varios, el libro que en 1365 escribió un árabe granadino, sobre la *Guerra y sus ardidés*, cita-

do por Rodríguez de Castro; la batalla naval de 23 de Julio de 1371, sostenida por los españoles contra los ingleses enfrente de la Rochela, donde se cree que por vez primera se usase la pólvora en la Marina; la noticia de que en 1380 se establecieron las primeras fábricas de pólvora y cañones en Barcelona, y que los primeros fabricantes de pólvora en Cataluña fueron Simón Jaca, Vicente Solá, Jaime Porta y Francisco Porra, los cuales prepararon 1883 libras de pólvora á Don Fernando I de Aragón para la guerra de 1413, y por la que recibieron 4434 sueldos barceloneses, entregándoles el mismo año el Rey doce arrobas y catorce libras de salitre para continuar trabajando.

Las primeras fábricas de pólvora que se recuerdan en el siglo XV en España, fueron las de Villafeliche y de Tembleque, cuyo dato juzgo que es también de algún interés por lo que se refiere á este asunto. El General Mr. Piobert, en su *Tratado de artillería teórico y práctico*, dice «que los orientales nos precedieron en el conocimiento de las propiedades incendiarias y uso para la guerra de una mezcla de salitre, azufre y carbón, y que la fuerza balística de la pólvora fué conocida de los árabes mucho después.

La pólvora sirvió en las minas desde mediados del siglo XV.

Pero lo que hizo conocer muy en breve las diferencias respectivas entre unas y otras, era la calidad del carbón que en su preparación se empleaba, según procediera de sauce, pino, nogal ú otras maderas. Merece también mencionarse la obra de Lázaro de la Isla, impresa en Madrid en 1595, titulada: *Breve tratado del arte de Artillería, Geometría y Artificios de fuego*, en cuyo libro, dividido en 77 capítulos, se trata en algunas de sus páginas de la fabricación de la pólvora y la construcción de toda clase de proyectiles, cuyo dato se indica como curiosidad histórico-bibliográfica.

Existe asimismo un manuscrito en la Biblioteca Nacional, titulado: *Tratado de Artillería, Minas y Fortificación*, hecho

en Túnez por Juan Fernández Espinosa, en 1599, en donde se habla también de pólvora.

En un manuscrito latino del siglo XVI, intitulado *Varii tractatus de Alchimia*, hay un pequeño tratado con el título de *Liber ignium ad comburendos hostes*, cuyo principio es *Incipit liber ignium á Marco Græco descriptus*, donde se halla, entre otras cosas, la primera descripción un tanto exacta y minuciosa de la pólvora de cañón. Menciona varios procedimientos para combatir al enemigo á distancia, consistiendo uno de ellos en reducir á polvo en un mortero de mármol *una libra de azufre, dos libras de carbón y seis libras de salitre*, y poner esta mezcla en una envoltura larga, estrecha y bien apretada. Cuando quiera imitarse el trueno, debe la cubierta ser corta y gruesa y estar fuertemente atada con un bramante. En el año 1500 había en España una fábrica de pólvora por cuenta de la Real Hacienda, si bien se estancó esta substancia hasta el año 1608.

La ley de 17 de Junio de 1864 hizo libre, como es sabido, la fabricación de dicho artículo, cuya ley comenzó á regir en 1.º de Enero del año siguiente, ó sea del 65, sujetando á los industriales que á esta profesión se dedicaban á las tarifas correspondientes, aun cuando conservó el Estado las fábricas que conceptuó necesarias para el servicio de Guerra. Es decir, que ha sido la pólvora, como todos saben, un objeto estancado hasta la referida época, cuyo dato es conveniente conocer, aun cuando no sea más que como recuerdo teórico.

Los primeros explosivos se fabricaron en España á últimos del pasado siglo. Desechadas la plata y el oro fulminante por su difícil preparación, se prefirió el mercurio, por la facilidad y menor peligro en su manejo, aun cuando de menor actividad explosiva, y lo empleaban para las armas de caza, colocándolo en bolitas de cera y también en cintas, para conservarlas un tiempo más ó menos indefinido.

Al recorrer la historia de este cuerpo, habríamos de experimentar no pocos motivos de asombro y admiración, lo mis-

mo en la inteligencia del que lo fabrica, para que resulte con verdaderas condiciones de substancia explosiva, como en los prodigios de valor confinantes con la temeridad del que arrostra los peligros de manejar combustibles en sitios inmediatos á los polvorines, ó á los depósitos destinados á la conservación de esta materia explosiva, ó á la Santa Bárbara de los buques. Muchas páginas podrían llenarse de estos rasgos, que más bien parecen creaciones de calenturienta fantasía que verídicos relatos de históricos acontecimientos.

La fabricación de la pólvora, con sus inmensos riesgos y gravísimos peligros, cuenta no escaso número de víctimas; pero ha ofrecido motivo para presentar multiplicados ejemplos de heroísmo, en que se ha tenido en muy poco la vida ante la necesidad de la defensa, habiendo inspirado al genio del ilustre pintor español Goya motivo para uno de sus preciosos cuadros, que representa, en medio de un extenso campo, un conjunto de hombres ocupados en las faenas de hacer pólvora, pudiendo apreciarse todo un raudal de bellezas pictóricas en las figuras que trazara en el lienzo el insigne pintor de la corte de Carlos IV. Precioso cuadro, en efecto, de pequeño tamaño, que puede contemplarse en la denominada casita del Príncipe, en El Escorial, donde se admiran los mágicos tonos, el claroscuro, la originalidad de las figuras de aquellos labriegos que, sin temor al peligro que corren, pulverizan los ingredientes de la pólvora, y allá en lontananza, en último término, los curiosos que los contemplan, en cuyos rostros se mira el terror en unos, la indiferencia en otros y la curiosidad en la mayor parte.

V

A fines de la pasada centuria, cuando Berthollet acababa de descubrir el clorato potásico, experimentó que sustituyendo este cuerpo al nitro en la pólvora ordinaria, formaba una materia explosiva de una violencia grandísima. Esta fabricación, que comenzó en Esonnes en 1786, ocasionó un terrible accidente, del cual estuvo á punto de ser víctima el mismo Berthollet.

La explosión que ocurrió en París el 6 de Octubre de 1780 y que costó la vida á trece personas, puso en evidencia los gravísimos peligros de las pólvoras de clorato, que producen sus efectos con la mayor facilidad, mediante el más ligero é insignificante choque ó un ligero rozamiento, que puede verificarse por cualquier accidente fortuito.

Hasta que en 1846 llamó la atención Schœnbein sobre el fulmicotón ó algodón pólvora, no se usaba más que la pólvora ordinaria. Se propusieron primero ligeras reformas, consistentes en la substitución del nitro por cuerpos más baratos, como el nitrato sódico, y el carbón de encina por carbones minerales ó procedentes de cuerpos orgánicos, como el almidón, azúcar ó serrín.

Pero la propiedad de producir el ácido nítrico productos explosivos con las substancias leñosas, iniciada por Braconnot en 1823, fué más tarde perfeccionada, hasta que se generalizó el uso del referido fulmicotón ó piroxilina, si bien tampoco ha podido prosperar su empleo por la facilidad con que se destruyen las armas que con tales explosivos se usan.

Ultimamente se ha dado á conocer un explosivo de gran potencia llamado *cibalita*, que puede emplearse como pólvora sin humo, y consiste en la nitrocelulosa bajo la forma granu-

lada. Su preparación se reduce á impregnar en una solución de permanganato potásico la celulosa natural, y adicionar después ácido nítrico para verificar la vitrificación de la celulosa, terminando por lavarla, desecarla y granularla, habiendo necesidad, cuando ha de usarse como pólvora sin humo, de adicionarle bicromato potásico, que se impregna después con nitroglicerina (1).

De todos modos, en el adagio vulgarísimo que para expresar la falta de ingenio de una persona se dice *que no ha inventado la pólvora*, se sintetiza ciertamente, con el buen sentido de la voz del pueblo, la importancia de un descubrimiento que supone en el que lo realiza una perspicacia nada común, y que sabe apreciar *à priori* los efectos y consecuencias trascendentales de un hecho que puede acarrear súbitos é inesperados trastornos, de igual manera que grandes é incalculables beneficios, no sólo por su papel de primera importancia en las guerras, sino por la misión que ha desempeñado en la voladura de la montaña que forma el obstáculo para el paso de la locomotora, que anula la distancia; en la perforación de la mina, que arranca del seno de la tierra el preciado tesoro que llegará á ser la base del fomento y bienestar de los pueblos; en los beneficios que proporciona para la caza de animales útiles al hombre, ó en la muerte y defensa de aquellos que le son agresivos; en una palabra, ha formado época en la historia de la humanidad, como acontece con todos los hechos que dejan en pos de sí una huella inextinguible é imborrable á la acción de los tiempos y al embate de la continua sucesión de los acontecimientos, que no se dan punto de reposo ni paz á su vertiginoso progreso.

Claro es que la mirada retrospectiva que en el concepto histórico se dirige á este asunto, revela de una manera paténtísima los inmensos y portentosos adelantos realizados hoy en el arte de la guerra en este particular, como acontece, por

(1) *Moniteur scientifique du Dr. Quesneville*.—Enero de 1893.

ejemplo, con la pólvora sin humo, dispuesta bajo la forma de pastas, que, colocada en esos admirables fusiles Maüsser, lanza los proyectiles con precisión y gran fuerza á la distancia de mucho más de dos mil metros. Pero mi objeto es tan sólo hablar del pasado ó sea de la Historia.

De lo expuesto, puede afirmarse como breve síntesis:

1.º Que no debe atribuirse en absoluto á persona determinada el descubrimiento de la pólvora, y, por tanto, que no es el nombre del fraile Rogerio Bacon, del siglo XIII, el que debe estar rodeado de esa aureola de gloria, ni tampoco el franciscano de Friburgo, Bertoldo Schwartz, sino que ha surgido en varios países y por diversos medios.

2.º Que España ocupa lugar honroso en los fastos del descubrimiento.

3.º Que á la ciencia química es á quien corresponde la perfección en el análisis y estudio de los efectos del explosivo, y, por tanto, que sus conquistas se han reflejado en el conocimiento de esta substancia.

Y 4.º Que el descubrimiento de la pólvora debe considerarse como preciada conquista de la civilización, y como aurora que ilumina los espacios, para dejar en pos de sí las huellas de grato recuerdo, aunque á primera vista parece que siembra el luto y la aflicción, el dolor y la desventura.

DOCTOR JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,
Académico, Consejero de Sanidad del Reino, y Catedrático.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

UNA VUELTA POR INGLATERRA

De Manchester á Glasgow: salida á las dos de la madrugada. Al rayar el día se ve aún el paisaje inglés, una pradera y un seto en un terreno, no pingüe y naturalmente fértil como en Flandes, sino trabajado y constreñido á producir por la industria del hombre. Más allá de Carlisle el suelo descende y luego se eleva formando altas y largas colinas cubiertas de pastos. Soledad; ni árboles ni cultivos; aquí y allí una casa; los carneros manchan de puntos blancos las enormes intumescencias verdes. Ese verde perdurable, siempre húmedo y siempre pálido, deja una extraña impresión.

En las inmediaciones de Glasgow, infinidad de chimeneas, altos hornos flameantes: cuento diez y seis en una masa. Glasgow, como Manchester, es una ciudad de hierro y de hulla. También ocupa un terreno teñido de negro en los mapas, y el Clyde le forma un puerto para unirse al mar. Uno se inclina á ver en los caracteres físicos del país la predicción de su historia: la tierra verde, los rebaños, el lacticinio, el clima húmedo

y frío y el suelo ingrato, producen el animal carnívoro, enérgico, tenaz y trabajador; la hulla, el hierro, la cercanía del mar y los ríos convertidos en puertos, le invitan á hacerse industrial y comerciante. Trescientas setenta mil almas. Pero el aspecto de estas grandes colmenas descorazona siempre: los niños bullen descalzos por el lodo; mujeres desastradas, enseñando los hombros por los rasgones del vestido, dan el pecho sentadas en la calle. El clima es peor que el de Manchester. Estamos á últimos de Julio, y luce el sol; á pesar de eso, no me sobra el abrigo. Afortunadamente, el cuerpo humano se acomoda al medio. Sobre el césped del paseo veo tumbadas mozas hechas, sin medias ni zapatos; los chicuelos se bañan en el río. Además, ciertos rasgos del carácter moral forman una compensación. Yo he caído en un hotel de negociantes y viajantes (*commercial gentlemen*), y durante veinticuatro horas, en la mesa sobre todo, los he visto á veintenas. Su fisonomía es una mezcla del propietario, del profesor y del zapatero: la de los nuestros participa del payaso y del militar. Ahora bien: en achaque de negocios y comercio, da mucho más de sí el primer carácter que el segundo; y la diferencia indicada no se encuentra sólo entre los viajantes de ambas naciones.

El vapor baja el Clyde hasta el mar, envuelto en la niebla luminosa de la mañana, y enmedio de una fila de mástiles y cordajes. Seguimos la honda y recortada costa, de uno en otro golfo. Esos golfos casi cerrados parecen lagos, y su ancha superficie brilla como un espejo dentro de un anfiteatro de colinas verdosas. Todos los ámbitos y contornos de la playa están sembrados de blancas quintas; el agua se halla poblada de embarcaciones; me indican una altura desde donde se pueden contar frecuentemente 300 á la vez; un buque de guerra de tres puentes flota á distancia, como un cisne entre gaviotas. Ese gran espacio lleno de vida ensancha el alma; el pecho se dilata

ampliamente, y se respira con placer la brisa fría. Pero el efecto sobre los nervios y el corazón no es el del Mediterráneo; este aire y este paisaje, en vez de convidar á la voluptuosidad, impulsan á la acción.

Pasamos á un botecito, tirado por tres caballos, que sigue el Crenan-canal entre dos orlas de césped. A un lado peñascales vestidos de maleza; al otro, pendientes escarpadas, grises ó rojas; ya eso es color, recreo para los ojos, tonos bien combinados ó fundidos. En el ribazo y en las breñas, rosas silvestres y plantas finas de blanco penacho que sonríen con una gracia delicada y encantadora.

Al salir del canal, subimos nuevamente al vapor, y el mar vuelve á dilatarse más que nunca. El cielo está completamente despejado, espléndido, y las olas se retuercen trémulas al sol con los reflejos del estaño fundido. El barco avanza dejando en pos de sí una calle bullente y rumorosa. Las gaviotas le siguen infatigablemente. A una y otra parte yérguense sobre el pálido azul islas, peñascos y promontorios de soberbio corte; la vista cambia á cada cuarto de hora. Pero á cada torno reaparece el mar infinito, que confunde su superficie casi plana con la curva del blanco cielo.

Baja el sol, costeamos á Glencoe, y surge el monte Ben-Nevis jaspeado de nieve; el golfo se estrecha, y el agua, encerrada entre áridas montañas, toma un aspecto trágico. No es esto para el hombre; la naturaleza permanece aquí indómita y salvaje; se ve que se está sobre un planeta.

Desembarcamos cerca de Fort William; un crepúsculo moribundo, un vago residuo de arrebol permite ver el paisaje asolado, los campos de turba, los relieves del valle, entre dos hileras de montañas enormes. Un ave de rapiña grita en el silencio. Acá y allá se ven algunas chozas miserables; me dicen que las de las alturas son cubiles sin ventanas, de donde sale el humo por un agujero del techo. Muchos viejos son ciegos. ¡Qué país tan hostil al hombre! — Al otro día, durante cuatro horas, seguimos costeando soledades por el Caledonian-

canal, una fila monótona de montañas sin arbolado, enormes jibas verdosas que manchan á trechos piedras derrumbadas. Algunos carneros enanos buscan en las vertientes un poco de hierba; á veces el invierno es tan crudo, que mueren; de distancia en distancia se ve un buey peludo, de ojos selváticos y del tamaño de un borriquillo. Plantas y animales, todo perece ó se desmedra. Para sacar algo de tal país, habría que repoblarle de arbolado ante todo, como se ha hecho con el Sout-herland; el árbol rehace el suelo, y después abriga el cultivo, el ganado y el hombre.

El canal conduce á un rosario de lagos. Nada más noble que su aspecto, nada que más impresione. El agua, oscurecida por la turba, forma una vasta llanura reluciente, ceñida por un circo de montañas. A medida que se avanza, cada montaña se desarrolla lentamente, se despliega, aparece con su forma y su fisonomía; las últimas, azuladas, se esconden las unas tras las otras, bajando hacia el horizonte que cierran. Así aparecen congregadas como una asamblea de grandes seres tristes alrededor del agua negra en que se miran, y alguna que otra vez, por encima de ellas y del lago, asoma el sol al través de un sudario de nubes.

Por fin, la soledad tórnase menos severa. Los montes empiezan á vestirse, y acaban por vestirse del todo; al propio tiempo se aplanan, y los valles ensanchados se cubren de cosechas; el verde nuevo y lozano de las plantas forrajeras viene á adornar las hondonadas y las vertientes. Entramos en Inverness, y nos admiramos de encontrar, casi en el extremo Norte de Escocia, en la ladera de los desiertos Highlands, una linda ciudad moderna y viva. Se extiende á ambas orillas de un río cristalino. Tiene una porción de edificios nuevos; se ve una iglesia, un palacio, un puente de hierro; por todas partes brillan la limpieza, el esmero, el cuidado solícito. Los cristales relucen; los suelos están fregados; los agarradores de las puertas son de cobre; hay flores en las ventanas; las casas más pobres están blanqueadas de nuevo. Por las calles pasan señoras

bien vestidas y *gentlemen* de traje correcto. Hasta se ha querido tener obras de arte, columnas jónicas, gótico puro, y otros adornos arquitectónicos de pacotilla, pero que demuestran, al menos, el deseo de buscar lo mejor, la intención de hacer bien las cosas. Evidentemente, el país es malo; todo lo hace la industria, el orden, la economía, el trabajo de los moradores. ¡Qué contraste con el aspecto de una ciudad modesta de las costas del Mediterráneo, tan descuidada, tan sucia, donde la persona de clase media vive como un gusano en una viga carcomida!

Paso ocho días en los alrededores, en casa de un amigo. Casi todos los cottages se hallan en buen estado ó retocados de nuevo. Granjas humildes, casitas de labriegos, tienen su jardín llenos de rosas y sus paredes vestidas de madreselva. Cierto que esas casas, demasiado bajas, no suelen tener más que piso bajo y son reducidas, porque cuestan caros los materiales de construcción. Cierto también que la cama, mal ventilada, está siempre dentro de una alcoba de tablas, porque en invierno es muy recio el frío. Pero esos inconvenientes del suelo y del clima han sido un aguijón para el hombre. Por todas partes, en los cottages más humildes, se encuentran libros, la Biblia desde luego, y además algunas biografías, viajes, consejos de higiene, manuales de pesca, tratados de agricultura: de 8 á 30 volúmenes. Casi todos los campesinos escoceses saben leer, y leen. Nuestros huéspedes dan la mano á todas las aldeanas, á las muchachas, y nos dicen que se la demos; ellas no son encogidas.

Cada campesino se considera soberano en su casa, libre en lo espiritual y en lo temporal, encargado de su salvación, lo cual le da una dignidad natural. Los ricos y los *gentlemen* no se encastillan ni viven aparte por desconfianza, repulsión ó egoísmo, como en Francia, sino que dan lecturas públicas y se suscriben para las fundaciones. Uno de ellos ha erigido una iglesia, que me enseñan; otro, un puente colgante; en una inscripción «ruega á los pasajeros que lleven el ve-

hículo al paso»; el muro de su parque no levanta más que dos pies; puede entrar todo el mundo, sin más condición que la de no hacer destrozos.

Entre Keith y Aberdeen encuentro un tren económico, cuyos vagones van atestados de gente. Todos esos viajeros se dirigen á un *meeting* religioso: es una Asamblea de edificación y de emoción protestantes, un *revival* donde hablarán varios predicadores célebres. La afluencia es tan grande, que tienen que pedir por telégrafo vagones suplementarios, y eso que hay muchos coches donde las muchachas van sentadas en las rodillas de los hombres. Mi vecino dice que habrá 20.000 personas; algunas vienen de muy lejos, de 50 ó 60 millas. Durante la detención del tren, las mujeres entonan un salmo con fervor; siempre es grave y dulce aquí la música religiosa, y nunca ha dejado de impresionarme gratamente. Los coches son de tercera clase, y los ocupan tenderos, obreros y labradores, vestidos todos como nuestra modesta burguesía; trajes curiosos, frecuentemente nuevos, de paño pardo ó negro; fisonomías animadas y despejadas: la raza es más viva, más despierta que en Inglaterra. Son gente del pueblo, pero mucho más afinada á todas luces que nuestros lugareños.

Al llegar al hospedaje, á un temperance-hotel, encuentro sobre la mesa de la dueña de la casa, entre diversas novelas morales y libros piadosos, un tratado apologético en favor de los *revivals*, donde se justifican las exclamaciones, los delirios y otros raptos apasionados. «En la sociedad más escogida: una madre ó un padre, en presencia de un hijo que creían perdido, prorrumpen en exclamaciones, se desmayan de alegría y nadie tilda de inconvenientes sus transportes: ¡cuánto más legítimos no son los del alma que de repente se ve salvada, redimida por la gracia!» En el periódico un *clergyman* reprende á Walter Scott por haber contribuído con sus novelas á disminuir la estimación de los covenantarios.—En mi sentir, el protestantismo presbiteriano es el poema que aquí cuadra: poema triste, grandioso, moderado, excelente

para replegar al hombre sobre sí mismo, para apegarle al trabajo y hacerle llevadera la vida.

Al culto el domingo: ni cuadros, ni estatuas, ni música instrumental. La iglesia es una simple sala de reunión, provista de bancos y de una galería arriba, muy á propósito en conjunto para conferencias públicas; y en efecto: el culto divino apenas es aquí más que una conferencia de moral. El tema del ministro es «que debemos operar por nosotros mismos nuestra salvación» (1), no esperar ayuda extraña, sino desplegar esfuerzos, obrar por nuestra cuenta; Dios nos ayudará, nos dará su gracia, no por nuestros esfuerzos (porque es gratuita), sino en proporción á nuestros esfuerzos. Sermón bien dicho, sobria y juiciosamente, sin frases ni voces. El precepto, aunque algo abstracto, es práctico y puede despertar reflexiones personales en algunas cabezas, sobre todo en invierno y cuando llueve. Seguir y proseguir tales reflexiones, con ayuda del texto evangélico ó bíblico, es una ocupación que eleva el alma y provoca un trabajo de la conciencia. Además del sermón, los oficios comprenden una lectura de ciertos textos sacados de la Biblia, especialmente de San Pablo, oraciones de prosa rezadas en voz alta, y salmos é himnos cantados por la congregación. Los rezos y los himnos son perfectamente vulgares y bastante modernos; no se ha sabido hablar verdaderamente con Dios más que en el gran siglo literario, desde Shakspeare á Milton. Pero los salmos, aunque traducidos flojamente, se sostienen por la fuerza del sentimiento y de la inspiración; aun en el día, un alma alterada y que se considera responsable, puede comprenderlos; son el diálogo del corazón humano y del Juez eterno, á solas los dos y cara á cara. Gracias á ellos, en medio de las disputas teológicas, de la predicación árida y del trabajo monótono, se expulsa el sentimiento moral en una flor poética. No está de

(1) *We must work out our salvation.*

más tener una, una siquiera, en una religión cuyas prácticas y dogmas parecen un seto de zarzas.—Recogimiento en los concurrentes: me dicen que Escocia es más religiosa aún que Inglaterra; el presbiterianismo, tan rígido, no ha parecido aquí bastante rígido. En 1843 juzgaron varios que el nombramiento del ministro por el patrono era contrario á la ley de Dios; así se formó la Iglesia libre, sostenida por los dones voluntarios de los fieles. En algunos años ha igualado á la Iglesia oficial. Ahora tiene 330.000 libras esterlinas de renta, ha fundado 700 escuelas, y cuenta con un partido en cada pueblo. Por la poca importancia del punto debatido, por la energía de la separación efectuada y por la prontitud, la entidad y los gastos de la obra, médase la susceptibilidad teológica y el celo de los contribuyentes.—La misma reflexión en punto á la observancia del domingo; comparado con el de Edimburgo, el de Londres es alegre.

El paisaje que nos rodea, muy bello y delicado; el suelo parece de mediana calidad, pero los cultivos no tienen la regularidad artificiosa de Inglaterra. La naturaleza, más agresiva, se presta menos á la disciplina; es accidentada, y agrada-ría á un pintor. Abundan las flores delicadas, lindas, sobre todo las rosas silvestres, que crecen en las orillas de todos los caminos. Cristalinos y murmurantes riachuelos vagan al azar al través de las praderas. En las vertientes, debajo de los pinos, se extiende un tapiz de seda de morados brezos. Más arriba vienen grandes zonas de bosques siempre verdes, y, al acercarse á la montaña, se ve en el horizonte un círculo pardo de áridas alturas. Al cabo de una hora, es ya el desierto: el clima es hostil á toda vida, aun la de las plantas. Un lago, color de topacio quemado, duerme triste y arrecido entre vertientes pedregosas, donde brotan á trechos algunos juncales ó brezales. Media legua más arriba, la niebla que sube envuelve un segundo lago, más triste aún. Placas de nieve jaspean las cimas del contorno y bajan en arroyadas, que forman lame- dales. Los caballejos del país, con instinto seguro, trepan por

la landa, y hétenos sobre una altura desde donde la vista no abarca más que un anfiteatro de cimas asoladas y, á pesar de eso, verdosas; con la destrucción de los bosques, todo ha perecido; una naturaleza arruinada ofrece aspecto más lúgubre que todas las humanas ruinas. A la vuelta toca un gaitero, á orillas del lago. Música extraña y agreste, en armonía con el aspecto de las aguas rumorosas, veteadas de visos brillantes ó sombríos. Un tema corto, especie de aire de baile, sube por todos los tonos de una manera rara y disonante, y vuelve sin cesar, pero siempre agrio y áspero: se da uno á pensar en una naranja desmirriada y de sabor amargo, á causa de los fríos.

Son los Highlands. Desde Brøemar á Perth, durante leguas enteras, continúan aún. Siempre la soledad; á veces se pasan cinco ó seis valles seguidos, enteramente desnudos, y se viaja una hora sin encontrar un árbol; después, durante otra hora, apenas si se divisa á lo lejos un pobre abedul ladeado, que se muere ó que está muerto. ¡Si al menos la roca estuviese desnuda y descubriese la estructura mineral en toda su energía y rudeza! Pero los montes, de mediana altura, no son más que lomas de formas blandas, desmoronadas en pedruscos y guijarros, que parecen los escombros de una cantera. En invierno, las caídas de agua desarraigan los brezos y dejan en las vertientes una cicatriz leprosa, blanquizca, apenas sonrojada por el sol, demasiado pálido. Las cimas, truncadas, carecen de audacia. Rastros de una vegetación raquítica delatan á trechos, en las laderas, la resudación de los manantiales; el oscuro brezo cubre lo demás. Abajo, en el fondo del valle, un torrente sembrado de piedras se agita en su garganta ó se desmereza en remansos estadizos. A veces se descubre una choza, con una vaca enteca. El cielo gris y bajo completa la impresión de lúgubre monotonía.

El coche escala una última montaña. He aquí, al fin, una pendiente abrupta, un gran muro de roca; pero es lo único. Se baja de nuevo, y se entra en la comarca habitable. El cultivo conquista las hondonadas, y luego las vertientes; vuelven

á vestirse las laderas, y después montes enteros; los pinares cubren las cimas con su manto sombrío. Ensánchase los sembrados de avena y de cebada; se ven preciosos sotillos, casas rodeadas de jardines y de flores y, en las suaves colinas, todas las variedades del cultivo; acá y allá un parque, un palacio moderno. El sol traspasa las nubes, y luce alegremente, sin molestar; ábrese la llanura fértil, abundante en promesas de comodidad y de atractivos, y se entra en Perth, pensando en las descripciones históricas de Walter Scott, en el contraste de la montaña y de la llanura, en las injurias y en los desdenes que se prodigan el hombre de las tierras altas y el hombre de las tierras bajas. Desde Perth á Edimburgo el paisaje sigue siendo risueño y variado. Escocia, más ondulada, más accidentada que Inglaterra, es más pintoresca; la naturaleza, menos uniforme y menos dócil, no es una simple fábrica de leche y de carne.

Lo mismo Edimburgo comparado con Londres.—En vez de una ciudad regular, moderna, llana, centro de negocios, de comodidades y de lujo, se encuentra una ciudad vetusta llena de contrastes, desparramada en tres valles y sobre varios cerros, y donde las calles pinas, los altos edificios y las múltiples huellas del pasado forman por todas partes perspectivas inesperadas. Sobre una de las cumbres, yérguese un castillo feudal. Desde allí, bajando hacia Holyrood, de uno y otro lado de la calle, arrancan hacia las partes inferiores, viejas callejuelas y callejones cerrados de pendiente abrupta (*lanes and closes*), verdaderos zaquizamíes de la Edad Media, cuyos muros, ennegrecidos por el humo y la lluvia, conservan su lepra desde hace cuatrocientos años. Al ras de esos muros ó destacándose de ellos, se elevan torreones redondos ó cuadrados. Los ventanuchos, enrejados é irregulares, parecen tragaluces de calabozos. Por la obscuridad interior se desarrollan escaleras de piedra, bajas y húmedas, entre sombríos declives cuya profundidad permite medir un rayo de luz. En los escalones se ven montones de niños de cráneo blanco, con los piés descalzos,

y hombres acurrucados, comiendo; todo eso trae á la memoria las formas fantásticas, las semi-tinieblas y los extraños huéspedes de las cuevas de Rembrandt.

Una porción de estatuas, de monumentos góticos y sobre todo griegos; dos galerías de cuadros.—Carlton-hill, con su columnata y sus dos ó tres templecitos, quiere ser una acrópolis, y la ciudad científica, literaria y filosófica, se llama la Atenas del Norte. Pero, ¡qué despropósito aquí la arquitectura antigua! La niebla pálida, azotada por el viento, flota y se desparrama por todas partes. Los contornos de los edificios se sumergen en el vapor ó se destacan débilmente á una luz enfermiza. Un velo vaporoso se arrastra por la verde pendiente de Carlton-hill, y se enrosca alrededor de sus columnas. El clima rechaza esas formas del país seco y cálido, y las necesidades, los gustos y las costumbres del hombre las rechazan más. Aquí, por ejemplo, la principal tentación es emborracharse, y las sociedades de templanza la combaten por una mezcla de ideas bíblicas y de consideraciones utilitarias. A este fin se ven carteles con dos figuras expresivas: la una representa «un hombre» (*a man*), el trabajador; la otra representa «una cosa» (*a thing*), el beodo; debajo se leen consejos apropiados al caso. Seis peniques al día, de tabaco y de cerveza, hacen tanto al año; y se demuestra mediante cifras que con ese dinero se hubiese podido comprar tales artículos de cama ó de mueblaje, tantos pares de calzado, tantas camisas, y por contera el libro indispensable, «una Biblia de familia.» Ese cálculo y esa mención de la Biblia son rasgos característicos. Cuando después se entra en el Museo, y se miran los tres ó cuatro grandes Van Dyck, un Garofalo, un Veronés y, sobre todo, dos bocetos de mujeres por Tintoreto, se considera uno en el otro extremo del mundo.

Saliendo de Edimburgo, se ve, á la izquierda, el mar circuído de montes lejanos, que descienden gradualmente y forman una obra de labor delicada en torno de la brillante masa líquida. Pasa Berwick, alegre y pintoresco, con sus rojos teja-

dos y su puerto tranquilo, donde duermen algunas naves. Más lejos viene Newcastle, cuya hulla baja directamente á los buques para ir á abastecer las costas del Mar del Norte: ciudad de carbón y de fábricas, negra y fumosa, triste como una cárcel. La campiña se presenta llana en todo el trayecto, casi desprovista de setos y de árboles; á veces, sin embargo, una ensenadita arbolada cobija una aldea. Pero del uno al otro extremo del viaje el mar está á la vista y el tren rasa la costa, ya metido en una ranura de peñas, ya colgado sobre el abismo. El corazón se dilata ante esa inmensidad refulgente, cuya superficie vaga y regular va á juntarse con el cielo; montículos de espuma matizan de lugares blancos la azulada extensión. Dos ó tres buques se ciernen á distancia como aves. Por encima se desarrolla la gran curva del pálido cielo, y olvida uno el espectáculo bullicioso del hormiguero humano, sintiendo nuevamente la calma, la sencillez, la divina inmutabilidad de las cosas.....

.....York á la mañana. Entre líneas de torres góticas brilla suavemente un gracioso y límpido río; más lejos hay un puente y una masa de barcos negros; se atraviesa el río en una barca. Nadie en las calles; el aire llega á las mejillas tan fresco como en el campo. Se pasa por delante de casas antiguas; se ven bajas arcadas y portalones de arco con grandes clavos. La hierba brota entre las piedras; en una plaza, al lado de la catedral, extienden sus frondosas copas árboles seculares. Todo aparece verde, limpio, apacible é impregnado de antigüedad, como en una ciudad flamenca. La enorme y venerable catedral contribuye á acentuar la semejanza. Intacto por fuera, el coloso gótico de tres torres aventaja á Notre-Dame en elevación y en amplitud. Por dentro lo despojaron los iconoclastas de la Reforma; está blanqueado de cal, desnudo y triste. De la antigua ornamentación no queda más que la parte del coro, un laberinto de festones, estatuillas, pechinas y pequeños pulpitos esculpidos, cuyas formas se traban con delicada y pródiga fantasía. ¡Qué encantadoras son esas viejas ciudades so-

segadas! Pero en la rapidez del viaje todos estos espectáculos pasan ante el espíritu como otras tantas decoraciones.....

.....Ultimo día: de York á Londres. Tiene uno que hacer su oficio hasta el fin; voy en tercera clase durante nueve horas para ver bien á la gente del pueblo. Los dos tipos que más llaman la atención son los que ya he encontrado: el hombre robusto y el rendido ya por la fatiga. El uno con la corpulencia de un atleta, cara coloradota, patillas rojizas, ojos de toro, ademanes rudos, fisonomía huraña ó amenazadora, que, no obstante, se ablanda á veces, cuando la atraviesa una sonrisa ó se les dirige cortesmente la palabra. El otro, de ojos entornados, de facciones estiradas, estrangulado por una corbata ajada, pero muy tiesa. Veo hombres del campo; ninguno tiene la facha de nuestros campesinos, esa fisonomía cauta, recelosa y, sin embargo alelada, que anuncia otra especie, un descendiente de los siervos, un antiguo fellah, una raza despejada, pero inculta, pariente todavía de la gleba, á la cual se apega de todo corazón y limita su pensamiento. Los aldeanos que montan en las estaciones parecen más bien obreros ó semi-burgueses, porque una hacienda en Inglaterra es una fábrica como las demás, que emplea jornaleros y contramaestres. De York á Londres el paisaje corrobora esta idea: un cuadro de verde dentro de un seto, después otro y otros, siempre en grandes extensiones, con una regularidad monótona, sin ninguno de esos accidentes que anuncian la pequeña propiedad y pequeño cultivo.

En el mismo vagón que yo viene una familia de Newcastle: el marido, la mujer y su madre, gente de la clase media inferior, bastante bien vestida y con trapitos nuevos. Van á Venecia por recreo, y, sin embargo, no son ricos, puesto que viajan en tercera. Ir tan lejos, de un modo tan incómodo y con un gasto forzosamente gravoso, son cosas que indican una pasión bien profunda por los viajes. Familias bastante modestas, que yo conozco, emplean de la misma manera todo su excedente; con 1.000 ó 1.200 pesetas que les quedan, van todos los años al continente, á Holanda, á Noruega; no hacen econo-

mías; cada año debe proveer á sus necesidades y bastar á su trabajo. Mis tres vecinos se preparan en regla; llevan á la mano un Murray, un Manual de frases italianas, una guía especial y llena de cifras, para el trayecto de los Alpes. La madre, respetable, silenciosa, impasible, va muy erguida, con sus gafas y con una paciencia estoica, sobre el duro asiento de madera. La mujer estudia las frases italianas y busca las palabras en un diccionario de bolsillo. Su marido es un buen combatiente en la batalla de la vida moderna, un hombre activo, enérgico, con la cara picada de viruelas y la mirada fija y ardiente. ¡Singulares visitas para Venecia! Personas sensatas, por lo demás, capaces de aprender, y que, si no gustan la pintura, volverán, sin embargo, con toda clase de noticias y de nociones útiles. Desde Glasgow he hablado con una porción de compañeros de viaje de la clase media ó inferior, un comisionista, un pintor de brocha gorda, tenderos, posaderos. Jamás gastan saliva en balde; no tienen ideas demasiado falsas sobre el extranjero; no sentencian á diestro y siniestro; no son indiscretos; no son fanfarrones; siempre he visto en ellos un fondo de ideas honradas y juiciosas.....

..... Londres, Douvres y el vapor lloviendo. De Londres á Douvres, ya en primera clase, un *semigentleman* propone á sus compañeros de viaje un juego de cartas donde se apuesta: cada jugada es de cinco libras. Empiezan por negarse, pero después se dejan conquistar, y, naturalmente, pierden. Calculo que el hombre de las cartas ha ganado en una hora 150 libras. Lo notable era la cara de los jugadores: ni una arruga, ni un gesto, ni una exclamación; el orgullo concentra y reprime; pero se adivinaba el atractivo, la pasión sorda y violenta, la obstinación, el deseo de vencer. Uno de ellos, un hombrón, con cara de buey pensativo, doblaba continuamente la puesta, y sacaba los billetes de banco con los aires de un boxeador. Les gusta el riesgo, y produce sobre su espíritu el mismo efecto que el aguardiente sobre su paladar.

Uno de mis amigos vuelve al mismo tiempo que yo, y comparamos nuestros resúmenes. ¿Cuál de las dos civilizaciones vale más, la de Inglaterra ó la de Francia? Eso es demasiado vago. Hay que distinguir y dividir.

Tres cosas superiores en Inglaterra:

La constitución política.—Es estable, y no corre, como la nuestra, el riesgo de ser destruída y rehecha de mala muerte cada veinte años. Es liberal, é invita á los particulares á intervenir en los asuntos públicos como actores y colaboradores, en vez de mirarlos como simples curiosos. Entrega su dirección á la clase alta, que es la más capaz de orientarlos bien, y que encuentra en ellos su natural ocupación, en lugar de consumirse ó averiarse por falta de empleo, como la nuestra. Se presta á continuas mejoras sin sacudidas, y conduce de hecho al buen gobierno, al que respeta más la iniciativa de los individuos y pone el poder en las manos más dignas. El 3 por 100 inglés está á 96; los ciudadanos hablan y se asocian como les place; no hay en el mundo una prensa tan bien informada, ni asambleas tan competentes.

La religión.—Subordina los ritos y los dogmas á la moral. Predica el *self-government* la autoridad de la conciencia, la cultura de la voluntad. Deja un margen bastante amplio á la interpretación y á la opinión personal. No es resueltamente hostil al espíritu de las ciencias modernas ni á las tendencias del mundo moderno. Sus sacerdotes son casados; funda escuelas; recomienda la acción; no aconseja el ascetismo. Aproximada al laico de esa suerte, tiene autoridad sobre él; el joven, al entrar en la vida, el hombre hecho, al emprender su profesión, se encuentran guiados, hasta cierto punto, por un conjunto de creencias antiguas, populares y fortificantes, que le proporcionan una regla de conducta y una idea noble del mundo. En nuestro país, obligado á los veinte años á forjarse de suyo y por sí solo esa idea y esa regla, no lo consigue hasta tarde, cuando lo logra, y á veces incompletamente.

La entidad de la riqueza adquirida, unida á la facultad

mayor de producir y de adquirir. Toda la obra útil ejecutada desde hace siglos se ha transmitido y acumulado sin pérdida; Inglaterra no ha sufrido invasiones desde hace ochocientos años, ni guerras civiles desde hace doscientos. Su capital, hoy día, es varias veces mayor que el de Francia. Los signos del regalo de la vida y de la opulencia abundan más allí que en ningún país del mundo. Véase en las estadísticas los resúmenes de su comercio, de su industria, de su agricultura y de su ganancia anual. Y esto lo mismo se aplica á lo moral que á lo físico. El inglés, no sólo sabe, mejor que el francés, dirigir sus negocios públicos y particulares, fecundar su suelo, mejorar su ganado, dirigir una fábrica, desbrozar, colonizar y explotar las tierras lejanas, sino que también sabe mejor cultivarse á sí propio. A no considerar sino lo más selecto, podrán hallarse en Francia espíritus iguales á los más grandes de Inglaterra (salvo en lo que toca á la política), y aun quizá algunos espíritus superiores, de alcance más vasto y filosófico, más comprensivos y más delicados á la vez. Pero la mayoría de los espíritus medios, un *gentleman* de provincia, un *clergyman* ordinario, poseen aquí una instrucción más sólida y extensa. Su cerebro está mejor pertrechado, indudablemente; su ajuar intelectual es menos añejo y menos incompleto. Es mayor, sobre todo, el número de hombres suficientemente informados y capaces de tener una opinión en materia política. Compárense nuestro *clergyman* y nuestro *gentleman* inglés con un hombre de clase media y con un cura de Francia, ó mírese el pan cotidiano de sus inteligencias: el periódico inglés y el periódico francés, sobre todo periódicos franceses é ingleses de poblaciones modestas; la distancia es excesiva. Y claro es que quien da el tono, dicta la opinión y dirige los negocios no es el corto número de los escogidos, sino la mayoría media.

En cambio hay en Francia tres cosas mejores:

El clima.—Esto es harto evidente; pero, sin una experiencia personal y una reflexión prolongada, nadie puede figurar-

se cuántas miserias ahorran al cuerpo y cuantas tristezas ahorran al alma seis ú ocho grados menos de latitud.

La repartición de la riqueza.-- En Francia hay cuatro ó cinco millones de propietarios, y las herencias se dividen entre los hijos por partes iguales. Consideradas las cosas en conjunto, nuestras instituciones, nuestros instintos y nuestros hábitos contribuyen á impedir que nadie se lleve una tajada demasiado grande y á procurar que todos tengan su pequeña tajada. Muchos viven mezquinamente, pero casi todos pueden vivir sin demasiado apuro. Los miserables son menos miserables. El trabajador que no tiene más que sus brazos no ve debajo de sí un abismo horrible, una cloaca negra y sin fondo en donde cualquier accidente, una paralización, una enfermedad, pueden sepultarle á él y á su familia; teniendo menos necesidades y menos hijos, soporta una carga menos pesada; por otra parte, la miseria le embrutece menos, y es menos borracho.

La vida de familia y de sociedad.— Varias circunstancias la hacen más libre y agradable. Por el pronto, el genio es más alegre, más afable y comunicativo. Luego la completa ó casi completa igualdad establecida por la ley ó la costumbre entre padres é hijos, entre el hermano mayor y los menores, entre el marido y la mujer, entre el noble y el plebeyo, entre el rico y el pobre, suprime muchas violencias, reprime muchas tiranías, previene muchas insolencias y suaviza muchos rozamientos. En el pequeño círculo doméstico todos se explayan, se abandonan sin reservas, se unen para pasar la vida juntos, libre y afectuosamente; en el círculo social las personas conversan, se entregan á medias, se reúnen para pasar una hora juntos, libre y alegremente. Menos sujeción en la casa propia y en la ajena; la benevolencia y la cortesía sustituyen con ventaja á la subordinación. Entre nosotros, á mi juicio, un ser humano siente menos á menudo y menos pesadamente sobre su cabeza la mano dura y despótica de otro ser humano.—Última causa de expansión: puede decirse todo en las conversaciones, pue-

de llegarse hasta el fin del relato ó de la teoría. La novela, la crítica, el arte, la filosofía, la gran curiosidad no sufren entre nosotros las trabas que la religión, la moral y las conveniencias oficiales les imponen al otro lado de la Mancha. En París se piensa más libremente, con un desinterés más completo, de una manera enteramente abstracta, sin preocuparse de la aplicación ni tener que temer los rayos de la reprobación pública.

En resumen: todas estas diferencias contribuyen á hacer al inglés más fuerte y al francés más feliz. El traje del primero es más recio; el del segundo más cómodo. El primero hace bien en ensanchar el suyo, que le aprieta por las sisas; el segundo haría bien en evitar los movimientos bruscos que pueden desgarrar su tela frágil. Pero creo que cada uno de los dos tiene el traje que prefiere.

H. TAINÉ.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

CRÓNICA LITERARIA

VARIOS POETAS.— (Enrique W. Fernández, Ismael Enrique Arciniegas, Manuel Reina, Vital Aza, M. Morera y Galicia, Arturo Reyes.)

No haya miedo de que acabe la poesía castellana por falta de poetas. Buenos ó malos, peores ó mejores hay bastantes, así españoles de Europa como hispanoamericanos, pudiéndose citar de entre estos últimos algunos de verdadero mérito.

De los libros de poesías últimamente publicados, tengo á la vista: *Bagatelas*, de Vital Aza, colección variada y entretenida de composiciones ligeras, algunas muy graciosas; *Versos*, del notable escritor colombiano Enrique W. Fernández; *Desde el surco*, por D. Arturo Reyes, autor de la novela *Cartucherita*; *Poesías*, de Ismael Enrique Arciniegas (colombiano); otras *Poesías* de M. Morera y Galicia; *Rayo de Sol y otras composiciones*, de Manuel Reina..... Media docena de poetas, en todos los cuales hay algo que aplaudir, aunque en algunos no falte tampoco algo que censurar.

Los *Versos* de D. Enrique W. Fernández están impresos en Londres con mucho esmero y elegancia. Hubiera sido una verdadera lástima que este primoroso librito, de aspecto tan

simpático y señoril contuviese versos malos. Pero no es así. El Sr. Fernández es verdadero poeta y en su obra hay que admirar algo más que el buen gusto de la edición.

El Sr. Fernández es un poeta de corte clásico. Sobresalen sus composiciones por cierta majestad y grandeza que recuerdan la *manera* de nuestros grandes poetas del siglo de oro. Ha debido de manejar nuestros clásicos ó cuando menos *los presiente*.

Domina bien este poeta la métrica. Versifica con soltura y facilidad, sobre todo en endecasílabos y otros metros mayores, que son los que mejor se acomodan á su inspiración grave y majestuosa. En las composiciones que contiene el tomo titulado *Versos* hay muy pocos descuidos métricos. Tampoco abundan los ripios, y eso que ¿cuál poeta no los tendrá, á menos que se pase los años *cinzelando* sus composiciones como José María de Heredia los *Trofeos*?

Pero es algo más el poeta colombiano, Sr. Fernández, que un versificador fácil y correcto. Esta cualidad, por ser un mérito bastante común entre los escritores españoles, no merece estimación extraordinaria. En todas las lenguas abundan más los versificadores que los poetas; pero en la nuestra, ya sea por lo mucho que se presta al verso, ya por ser muy accesible nuestra raza á la intuición musical de la poesía, es lo cierto que suelen ser buenos versificadores muchos que, en el fondo, nada tienen de poetas, ó que á lo sumo pueden ser graduados de medianos en un arte en que ya Horacio consideraba que la mediocidad no era tolerable.

El autor de *Versos*, como vengo diciendo, tiene otras cualidades de orden superior al dominio de la métrica. Es poeta de ideas y de imaginación, que se manifiesta en bellas y expresivas imágenes. Sus composiciones son algo más que un grato murmullo como el del aire entre las cañas. No se contentan con hablar al oído. Hablan al alma.

De los sonetos que contiene este tomo, merecen citarse, como los mejores, los titulados: *Desde el mar*, *A Bolívar*, *A*

Napoleón, Ante la hostia. Es muy bella la imagen contenida en el último terceto de éste:

Y alada sube la oración ferviente,
como nube de pájaros que vuela
cuando apunta la luz por el Oriente.

También los tercetos del soneto *A Napoleón* son notables por el vigor y la entonación clásica del verso:

¡Oh grandeza mortal, cuánto eres vana!
De tanta pompa y majestuoso arreo,
Como nunca soñó soberbia humana,
Sólo una ruina amarillenta hoy veo.
¿Y qué serás, Napoleón, mañana?
Aquí una sombra, y ante Dios un reo.

Muy inferior á esta y á otras composiciones del Sr. Fernández me parece la titulada *¡Oh, madre!* Encuentro en ella afectación retórica, falta de esa expresión sencilla y espontánea de las voces que salen del alma. Los sentimientos íntimos de la familia son, en verdad, tema literario muy difícil. Hay en ellos algo de inefable, ó de incomunicable, algo que parece que va á ser profanado al ofrecerlo á la mirada indiferente de los extraños. El poeta ha de expresarlos como si involuntariamente acudiesen las palabras á su boca, cual si hablase consigo mismo, sin advertir que hay un público que le escucha. El menor asomo de afectación al expresar estos sentimientos los desnaturaliza y los expone al ridículo, ó á la indiferencia del lector. El Sr. Fernández no ha logrado, á mi juicio, vencer estas dificultades en la composición á que aludo.

Las poesías *No crezcas* y *A Elvira Silvia Gómez*, están inspiradas en pensamientos delicados y verdaderamente poéticos. En la primera late la melancolía de un padre que, al ver crecer á su hija, querría que el tiempo detuviese su marcha para que permaneciesen en el ser querido las inocentes gracias de la niñez, la angelical hermosura de la infancia. Esta composición está algo descuidada. Contiene versos duros, algunas

comparaciones prosáicas y tal cual ripio; pero la delicadeza del sentimiento que expresa hace que se lea con agrado y se olviden esos defectos.

Algo parecido sucede con la poesía *A Elvira Silvia Ramos*. Es poética la idea de que la descomposición que sigue á la muerte perdone el cadáver de una hermosa para que se conserve como tipo de belleza soberana, y aparezca tal como fué, con todo el esplendor de su hermosura, salvada de «la gula de la tierra»—como dice el poeta—el día de la resurrección de los muertos. Atenúa luego el autor el sabor pagano de esta exaltación de la belleza corpórea, hablando de la hermosura del espíritu; pero en este final decae su poesía, en la que se advierten los mismos defectos que en aquella otra, titulada *No crezcas*, de que hace un momento hablaba.

Todavía pueden citarse con elogio varias composiciones más del Sr. Fernández. Una de ellas es la que se titula *Viajando*, en la cual el poeta llama elegantemente á la colmena

rumoroso convento del trabajo.

El Diluvio recuerda por el tono y por la combinación métrica á Fray Luis de León (salvadas, naturalmente, las distancias).

Poesía tierna y sentida es *La Oración*, en que viejos y niños

Platican, unos, de sus años idos,
Los otros, de sus años venideros.

De otro género, y de las mejores del libro, á mi parecer, es la composición que lleva por título *El ave del sepulcro*. De ella pueden dar idea estos versos:

Es la vida que canta de pie sobre la fosa
Y alegra los oídos profundos de los muertos.

.

Pájaro del sepulcro,
Narrador de misterios,
De pie sobre la muerte

Como un arcángel negro
Símbolo de la vida,
Trovador de lo eterno,
¡Tu voz da regocijo
Al polvo de los muertos!

*
* *

Otro poeta americano notable es D. Ismael Enrique Arciniegas, autor del libro titulado *Poesías*, impreso en Caracas en el presente año.

Lleva esta obra un prólogo interesante y escrito castizamente por D. Ricardo Becerra, escritor que recuerda, no sólo por el estilo, sino por algunas de sus ideas sobre la civilización americana, á nuestro Valera.

Por sí solo merece atención este prólogo, particularmente por las consideraciones atinadas é imparciales que en él se hacen acerca de la literatura de los pueblos hispano-americanos. El siguiente párrafo resume el pensamiento del Sr. Becerra, pudiendo observarse en él la analogía de opiniones con el autor de *Pepita Jiménez*, á que antes aludo.

«Hijos como somos de la cultura europea—escribe el prologuista—nutridos con sus creencias, paralizados por sus dudas, sin más nociones científicas que las suyas, envueltos de ordinario en el oleaje de sus revoluciones, hablando, en fin, una de sus lenguas más sabias, en vano intentaríamos sustraernos á la influencia de esa maternidad, en lo que ella tiene de más penetrante, directo y naturalmente imperativo, ó sea en cuanto se refiere al concepto superior de la vida y al sentido de lo bello, que constituyen el fondo de la poesía. En letras, como en religión y en política, nosotros no podemos ser originales ó genuinamente americanos, sino á condición de tornar á ser bárbaros y paganos, de adorar al sol y á la luna,

disgregarnos en tribus ó dejarnos absorber por el socialismo incásico, limitar nuestra industria á la pesca, ó, cuando más, al cultivo de la yuca y del maíz, llorar, en fin, nuestros dolores ó espaciar nuestra alegría, acompañándonos de la *quena*, en el tono del *yarabí*, ó con la *guazábara* del caribe. Fuera de estos desvaríos, lo único que debemos ó podemos exigir á nuestros poetas y literatos como signo y garantía de nuestra débil autonomía literaria, es que exploten de preferencia el rico filón de nuestras tradiciones y costumbres, en cuanto ellas son de alguna manera originales; que en su obra objetiva reflejen fielmente y más á menudo las magnificencias y peculiaridades de nuestro medio físico, y, por último, que al plantear nuestros problemas sociales y políticos, recuerden que estos pierden bajo el cielo y sobre la tierra, ampliamente remuneradora del Nuevo Mundo, el carácter conflictivo y atemorizador de que el pauperismo y un exceso de población los revisten en Europa.»

Siento que el asunto de esta crónica, dedicada exclusivamente á versos y poetas, no me deje lugar para ocuparme más extensamente en el examen de este sustancioso y elocuente prólogo. Acusada ya su lectura por la observación y la cita anteriores, paso á tratar de las poesías del Sr. Arciniegas.

Se observa en éstas gran desigualdad. Diríase que el señor Arciniegas ha reunido poesías escritas en diferentes épocas y en las cuales se puede descubrir, si no una gradación constante desde los primeros ensayos del poeta hasta las composiciones en que muestra ya en plena madurez sus facultades artísticas, por lo menos alguna huella de los progresos conseguidos por el autor, que acaso ha ido poco á poco limpiándose de la hojarasca pseudo poética, de los lugares comunes, de las imágenes convencionales, de todo ese conceptismo artificial que casi siempre embaraza los primeros pasos de los que comienzan á cultivar la poesía, impidiéndoles dar libre curso á su inspiración espontánea. Desconfían de sí mismos, creen ver en el lenguaje de los poetas anteriores que con predilección han estudiado,

una lengua sagrada y como sagrada inmutable; en los asuntos cantados por aquellos, las únicas verdaderas fuentes de poesía; en su estilo y manera un rito que fuera atrevimiento bárbaro profanar. De ahí cierto encogimiento, cierta tendencia á la imitación y á visitar los tópicos de la poesía, que desaparece con el tiempo en los verdaderos poetas, cuando su experiencia personal y la depuración del gusto les hacen ver cómo el fondo eterno de la inspiración poética admite infinita variedad de formas y deja ilimitado campo á la manera individual de ver, de sentir y de expresar lo bello.

Rastros de imitación ó de marcada influencia de otros poetas es fácil hallarlos en el libro del Sr. Arciniegas. Leyendo las poesías *Esperanza* y *En Colonia*, surge al punto el recuerdo de Becquer, por ejemplo. Pero hay también, y en mayor abundancia, notas originales reveladoras de una personalidad poética.

La composición más acabada que contiene este interesante libro es para mi gusto la titulada: *Mi musa*. Es una hermosa poesía, digna de cualquiera de los buenos poetas castellanos de este siglo. La firma de Becquer ó de Tassara no resultaría desairada al pie de esta bella composición, en que hay verdadera armonía entre la ritma y los pensamientos y sentimientos que va expresando el poeta:

¡Oh mi Musa! ¡Oh mi novia!
 ¡Oh mi pálida amada!
 Cuando el pesar mi corazón agovia
 Como aurora me alumbra tu mirada.

 Á los silfos dormidos
 Tú, trémula, apostrofas
 Y surgen de los cármenes floridos
 Cual mariposas blancas las estrofas.

 ¡Oh novia sin engaños!
 ¡Oh Musa soñadora!
 Di siempre la canción de los veinte años
 En el fondo de el alma que te adora.

Comparadas con estas estrofas, parecen muy inferiores otras de las *Poesías* del Sr. Arciniegas, inficionadas algunas de un romanticismo trasnochado y falso, de ese aparato medioeval de feroces castellanos, de hermosas cautivas y de osados paladines que corren á libertarlas, que es la parodia ó caricatura de algo que tiene su valor poético y hasta su valor histórico, si se quiere, pero que resulta profundamente alterado en las composiciones de los literatos que conocen la Edad Media de oídas y por referencias de como se la figuraron algunos vates melenudos de los buenos tiempos del romanticismo. Por otra parte, todas estas aventuras medioevales, apenas si son ya á fines del siglo XIX más que un tema de poesía erudita, que requiere gran estudio para hacerla bien, y no es, al cabo, sino un trabajo raro de filigrana, cuyo mérito pueden apreciar tan sólo algunos aficionados. De lo contrario, para expresar sentimientos contemporáneos están demás la cota de mallas, el lanzón de batalla, el yelmo y todos los otros arreos caballerescos, que, en tal caso, vienen á ser disfraces de carnaval.

Continuando la citación de las poesías del Sr. Arciniegas que me parecen más dignas de elogio, mencionaré entre ellas la titulada *Tropical*, descripción brillante y rica en colorido de un paisaje americano. *Su alcoba*, composición delicada y discreta, digna de un autor de galantes madrigales, de un poeta á lo Watteau, si vale la comparación pictórica; el *Canto á la patria*, que si bien inspirado en el error (que señala discretamente el Sr. Becerra) de atribuir á las luchas de independencia de los pueblos americanos el carácter de reacción contra la conquista europea, de guerra de emancipación del indio contra la raza que le dominó y civilizó, no carece de majestad ni de acentos inspirados.

El nido oculto es otra de las buenas poesías del Sr. Arciniegas. La serena indiferencia de la Naturaleza ante las desdichas humanas, la continuación imperturbable de la vida universal, que no se altera ni conmueve por la muerte de los individuos, está bien expresada en el símbolo de la tumba

perdida en un campo de rubias espigas y en la cual ha fabricado un pájaro su nido. Hay tal vez alguna inverosimilitud en la existencia de una tumba en un campo cultivado, pero la poesía es poco exigente en punto á verosimilitud. Basta que evoque en la fantasía imágenes vivas y animadas; que sugiera *posibilidades* bellas de la vida real.

Aun en las composiciones menos acabadas y menos felices de este poeta suele hallarse algún rasgo inspirado, alguna estrofa notable por su armonía, algún verso vibrante y apasionado. Sorprende á veces la desigualdad que se observa en una misma poesía.

Parece como que la musa del poeta vuela á flor de tierra rozando con el ala la vulgaridad y el prosaismo, y de repente se levanta á alturas luminosas y toca á las cimas de la verdadera inspiración. Así, en los sonetos á Mayorga y á Pinzón Rico el último terceto, en *La estrofa eterna* el verso final y en *Noche de invierno* la última estancia, superan con mucho á lo demás de las citadas composiciones. Esta desigualdad en una misma composición, no puede ya explicarse por diferencias de tiempo como la desigualdad entre unas y otras poesías. Acaso influya en ella la verbosidad común en los poetas americanos, que es á menudo causa de que resulten demasiado difusos y no concreten bien el pensamiento capital, el rasgo poético que forma el núcleo de cada composición.

*
* *

La extensión que tiene ya este artículo me obliga á no decir más que breves palabras de los demás libros citados al principio.

Manuel Reina y Vital Aza son poetas demasiado conocidos para que haya necesidad de presentarlos al público español ni al de América que habla nuestra lengua.

Esto es, acaso, lo único que hay de común entre ellos como poetas, pues su estilo no se parece en nada. El de Reina es brillante, rico en metáforas y en calificativos *pictóricos*; su Musa no se descalza el coturno. La de Vital Aza es, por el contrario, bromista y bonachona: si no con el zueco clásico, anda por lo menos en zapatillas y en traje de casa. El autor de *Bagatelas* es uno de nuestros más fáciles versificadores, tiene gracia é ingenio. Más que poeta popular, en el sentido propio de la palabra, es poeta de la clase media y aun de la clase media intelectual. Sus composiciones expresan bien el sentido que tiene de lo cómico esa clase media que forma entre nosotros la mayoría de los lectores de la literatura amena. El señor Aza, que es maestro en ése género de composiciones ligeras que forman parte muy principal del texto de los semanarios cómicos, *padece* la influencia de su público, que se llama Juan Vulgar. Sigue á veces el consejo de Lope, malgastando sus versos fáciles y fluídos en revestir de forma poética algunos de esos chistes de café en que hacen por lo común el gasto las suegras, los caseros ó las patronas. No quiere esto decir que no haya composiciones verdaderamente ingeniosas en el tomito *Bagatelas*, que forma parte de la *Colección Elzevir ilustrada*, de la cual se ha hablado ya en estas crónicas.

De las composiciones que publica el Sr. Reina reunidas con el Poema *Rayo de Sol*, las mejores me parecen la valiente *Canción de la espada* y la poesía titulada *¡A las viñas!*, en la cual vibra un eco de las alegres odas de Anacreonte ó de los cánticos de los vendimiadores griegos en las Dionisiacas rústicas, de donde es fama que salió la comedia.

* * *

También es versificador fácil y correcto D. Arturo Reyes, á quien su novela *Cartucherita* ha dado más fama que la colec-

ción de poesías titulada *Desde el surco*, aunque acaso valgan más estas poesías que la novela.

El Sr. Reyes domina la parte musical de la poesía; tiene ese sentido de la rima necesario á los poetas en verso. Pero muestra poca originalidad, frecuenta demasiado los tópicos convencionales de la poesía, no da una nota verdaderamente personal y se limita en la mayor parte de sus composiciones á cultivar los temas de siempre y á expresarlos como los han expresado centenares de poetas que no han pasado á la posteridad. Adolecen también sus poesías de cierta ampulosidad, de ese romanticismo falso y artificial de que antes hablaba y de las manías literarias de la bohemia, que hoy es ya un figurín muy atrasado.

Una de ellas era aquella singular concepción del amor, según la cual éste no era tema literario ni apenas satisfacción individual si no lo inspiraban y compartían grandes damas ó al menos cortesanas de rumbo. Esto era, en realidad, pura *fantasía*, como dicen los chulos, mera afectación retórica, pues los bohemios, que se pasaban la vida en el café y se mudaban poco de camisa, eran los menos apropiados para aspirar á esos amores patricios, y en la vida práctica no desdeñaban los atractivos de una maritornes rozagante, si venía á mano. Esa teoría del amor era simplemente una de las manifestaciones del orgullo, de la exaltación del yo, que formaba la verdadera base del credo literario de la bohemia y que explica casi todas sus virtudes y defectos. Hoy ya no quedan bohemios de los de antaño, pero todavía hay quien les tributa una cándida admiración. Varias de las poesías del Sr. Reyes dan testimonio de ello.

El campo de la poesía es inmenso; en él cabe todo. Mas aunque la belleza sea eterna y el fondo de la inspiración poética permanezca bajo el mudar de las formas, no debe el poeta, so pena de convertir su obra en mero ejercicio retórico, en estéril repetición de variaciones sobre temas gastados, limitarse á copiar ó imitar á sus predecesores. Hay ciertamen-

te una poesía histórica ó arqueológica que trata de resucitar la manera de concebir y de expresar lo bello que tuvieron los antiguos. Es un género erudito, para pocos, y que requiere mucho saber y primores de ejecución. Y en estas restauraciones de lo pasado, ocurre lo que con las modas que ya no rigen: las que más extrañas y ridículas nos parecen, son las más cercanas. No nos choca tanto el atavío de un cortesano de Luis XIV como la levita y el sombrero de copa de un petimetre de 1830. Y es que esta forma de indumentaria no nos parece todavía bastante antigua, bastante diferente de la actual, para que le atribuyamos valor histórico. Los poetas de todos los tiempos han cantado v. gr., el amor. Seguramente los venideros seguirán cantándole. Es un tema eterno é inagotable de poesía, pero no se sigue de eso que en todas las épocas se haya sentido la poesía erótica de la misma manera, ni que todos los poetas hayan de expresar con arreglo á un patrón invariable ese sentimiento universal. La poesía histórica puede, sin duda, tratar de expresar el amor como lo concibieron los griegos de la antigüedad, intentar una imitación ó restauración de las poesías amatorias helénicas. También es *tema histórico* la concepción del amor de un romántico melenudo, aunque por ser cosa reciente no ofrezca todavía suficiente interés arqueológico. Pero imitar á estos poetas sin intención *histórica*, es tomar por realidad, por fuente viva de poesía, un molde anticuado que da forma artificial á los sentimientos y les quita sinceridad y espontaneidad.

De las poesías del Sr. Reyes puede decirse en resumen que sobresalen más por la forma que por el pensamiento y la originalidad imaginativa.

*
*
*

A la misma *Colección Elzevir* de que forma parte el libro de Vital Aza antes citado, pertenecen las *Poesías* del Sr. Mo-

rera y Galicia, escritor poco conocido, pero que muestra en este libro ser poeta delicado y manejar con soltura y facilidad la rima.

Las composiciones reunidas en este volumen justifican los elogios que afamados críticos han tributado al Sr. Morera y Galicia. El defecto que encuentro á varias de sus composiciones es uno en que suelen caer los imitadores ó discípulos de Campoamor; los cuales, queriendo extremar la llaneza y sencillez, incurren en prosaísmos y en exceso de familiaridad afectada. También hay en estas poesías algún que otro descuido métrico y algunos ripios y redundancias; pero, á decir verdad, no son frecuentes estas faltas.

Entre las mejores composiciones del libro del Sr. Morera figuran las tituladas *¡Cómo ha de ser!*, *La noche de Reyes*, *Marinas lequeitianas*, *Rayo de luna*, *La Correo*, *Ausencia*, *A orillas del Perdigón*, y los briosos romances *Paseo en bote* y *El héroe anónimo*.

.
 Que en las lomas de Cascorro,
 Donde hubo feria de alientos,
 Ganó talegas de gloria
 Con pedazos de su cuerpo.

Y basta por hoy de poetas.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Festejos en Londres. — Inmovilidad de la monarquía en Inglaterra y movilidad en los pueblos latinos. — Cómo Inglaterra tuvo también sus revoluciones. — Carácter eminentemente constitucional de Victoria. — El Príncipe Alberto y su influencia. — Democratización de Inglaterra. — Los festejos reales. — Federación de las colonias inglesas. — Disputas anárquicas entre germanos y esclavones en Austria. — Guillermo II y su mala política, lo mismo exterior que interior. — Alemania y Turquía. — Resistencias á la paz de Turquía. — Rectificación de fronteras que demanda en Tesalia. — Grecia. — El culto de todos á tan divina tierra. — Sus heroicos esfuerzos en la primer guerra por su independencia. — Necesidad de su conservación. — Conmemoraciones de glorias occidentales. — Vasco de Gama divinizado en Lisboa. — El poema de Camoëns. — Reflexiones. — Conclusión.

I

Quien crea que se han acabado en el mundo las devociones fervorosas, los entusiasmos sinceros, las esperanzas optimistas, no se acuerda de Inglaterra, en fiestas ardiendo y en júbilo, porque ha llegado á la mitad de un siglo con dos lustros más el reinado feliz de su augusta Soberana. Yo no creo haya en el planeta pueblo alguno tan realista como ese pueblo inglés tan libre. Su Reina es una madre de todos, como si la mayor altura, hoy en el globo conocida, no hubiera ido allende aquel matriarcado prehistórico, á que atribuyen los historiadores modernos la primer tutela sobre los hombres primitivos,

quienes no llegaron al dominio y autoridad social del padre ó patriarcado, sino después de haber puesto gran porción y largo período del ser y vida suyos, bajo el amparo y tutela de las madres. Todo inglés verdadero se interesa por la vida privada de su Reina como puede interesarse por la vida privada de su hija ó de su mujer. Cuando una Princesa de la casa real contrae matrimonio, se constituye de suyo en las casas particulares verdadero consejo de familia y se trata este asunto como un asunto doméstico. Las disidencias entre Inglaterra y Alemania, naciones hermanas de suyo por los orígenes, por la historia, por la religión, por la sangre, dimanar, más que de contradicciones entre sus sendos intereses é ideas, de la hostilidad á la real Princesa británica, mujer de Federico el Bueno, hostilidad sentida siempre por los ásperos Emperadores germanos, contra su nuera, y por Bismarck, el cual, sin ser suegro, y menos suegra, jamás le perdonó el virus liberal y parlamentario infundido, merced al nacimiento y educación de Victoria, en la corte y en los cortesanos de Prusia. Nada tan ingenuo y cándido como la extrañeza del pueblo inglés, al fulminar Guillermo II sus anatemas sobre la irrupción filibustera de Jamesón en el Transval, creyendo debía el Príncipe posponer al carácter de nieto de la Reina el carácter de Emperador de Alemania. Sólo el mujik ruso es tan realista como el ciudadano inglés.

II

Imaginaos cuánto maravillará esto á los latinos, entre quienes los reyes duran poco y valen poco en esta espirante centuria. Ninguno de los delfines ó príncipes herederos franceses ha ceñido desde mil setecientos noventa y dos la corona que creían les aportaba su regia cuna. Delfín de Luis XVI, Rey de Roma, nieto de Carlos X, Conde de París, hijo de

Napoleón III, todos han tenido la misma suerte: sonó el cañón de los Inválidos á sus respectivos nacimientos, presenció sus respectivas muertes y cubrió sus cadáveres el desolador destierro. Nosotros hemos visto destronados á Carlos IV, á Fernando VII, á María Cristina de Borbón, al Duque de Aosta; y se necesitaron todos los errores de la revolución y de los revolucionarios, desde aquel error ajeno de traer un Rey extraño, hasta el otro error nuestro de proclamar la República federal, para que muriera D. Alfonso XII de Borbón en el trono de Felipe V. Mas, ¿quién asegura que morirá su hijo en este mismo trono? Todos lo dicen á una: caso de obtenerlo en su mayor edad, no se hará viejo en su trono Alfonso XIII. Y en cuanto á los italianos, para constituir su monarquía constitucional, han tenido que devorar los Estes, los Farnesios, los Austrias, quedando bajo una realeza proveniente de la revolución progresiva y de la soberanía nacional el pueblo más republicano entre todos los pueblos latinos. El inglés tiene una ventaja desconocida por los demás pueblos europeos: ha fundado su libertad con la dinastía de Orange y Hannover, mientras nosotros hemos fundado nuestras libertades contra nuestras dinastías: los húngaros, contra la dinastía de Hapsburgo; los prusianos, contra la dinastía de Brandeburgo, obligada por los revolucionarios á saludar los muertos tendidos en las calles á sus resistencias reaccionarias; los italianos del Mediodía contra su infame rey Bomba, que mantenía la tortura, y los del centro contra sus Duques de Parma y de Módena, que llamaban á la cuádruple alianza de las naciones constitucionales ¡la cuadrúpeda alianza! Una sola dinastía, dinastía revolucionaria, significada por sus ataques en los Países Bajos á los legítimos herederos de aquellas coronas, los Borgoñas, y significada en Inglaterra por sus ataques á los herederos legítimos del trono inglés, los Estuardos, ha prevalecido por la revolución y por la libertad, descendiente de los rebeldes Oranges, y teniendo por esto que transigir con soberanía superior á su soberanía, la soberanía nacional, y que reconocer

el más republicano de todos los poderes modernos, el poder parlamentario.

III

Inglaterra, sin embargo de todo esto, padeció tanto como padecemos nosotros al pasar del régimen absoluto al régimen parlamentario, cuando pasó ella del régimen cortesano y absolutista de los Tudores y del régimen jesuítico de los Estuardos á las instituciones liberales y parlamentarias. Aquellos ingleses de tanto seso enloquecieron al mosto de las nuevas ideas; aquel suelo de tanta firmeza osciló como los suelos ecuatoriales á impulsos del terremoto; resistieron los reyes hasta la demencia, innovaron los tribunos hasta la temeridad; las utopías del poder absoluto prendieron en las cimas del trono, y las utopías de una igualdad niveladora se arrastraron por los abismos donde yace la inteligencia del pueblo; esgrimiéronse sin piedad los puñales del asesino en la persona de los ministros y cayó el hacha de los verdugos sobre la nuca de los reyes; los consejos militares dispusieron de la suerte de los diputados, y las bayonetas de los pretorianos volcaron por los suelos el honor y majestad de la tribuna; los partidos religiosos y sus sectas encendieron todas las pasiones y juntaron á la tempestad universal los horrores del fanatismo; corrió la sangre de los caballeros, de los puritanos, de las cabezas redondas, de los utopistas, manchando las losas de los templos, las puertas de los Parlamentos, el armiño de la corte; á las revoluciones sin medida sucedieron las dictaduras sin freno y á las dictaduras sin trono sucedieron las restauraciones sin escrúpulo; porque Inglaterra fué como navío encallado en arena y combatido por el oleaje, teniendo de la inercia y del movimiento los daños y no las ventajas; zozobras y naufragar de que no pudo salir hasta echar al agua un peso in-

útil, el peso de los viejos ídolos, y recoger en sus velas un viento favorable, á su vida y á la carrera de su vida, el viento fuerte, pero vivificador, de la libertad.

IV

Así debemos decir, en descargo del pueblo inglés, que no festeja la soberanía de su Reina, festeja su propia soberanía. Si allí el poder monárquico, asesorado sólo de cuatro primates, resolviera él mismo y ante sí mismo las crisis ministeriales y políticas; si allí se dijera por los publicistas más leídos que sólo quedaba un prestigio, el prestigio de la Casa Real para gobernar al pueblo; si allí pidieran oradores elocuentísimos y escuchados reyes del siglo décimoquinto y del siglo décimosexto, aunque fueran estos reyes como Enrique VIII de hábiles y como Isabel I de poderosos; si allí se fueran los avanzados del Parlamento para mirar al palacio y prefiriesen las intrigas palaciegas á los discursos políticos; si allí se organizaran manifestaciones contra el Gobierno asociando á estas manifestaciones la Reina; si allí los conservadores tuvieran la tribuna tanto tiempo cerrada como ahora, en este período, acostumbran los conservadores nuestros á tenerla; si allí pasaran los fenómenos que pasan en los pueblos continentales, habría tantos republicanos como se ven pulular por las naciones desgraciadas, en que nunca llegó el poder monárquico á la saludable neutralidad y á la olímpica indiferencia que alcanza hoy en la libre y soberana Inglaterra. El inglés conserva muchos de los juramentos feudales prestados por nosotros á la Monarquía en el Parlamento para demostrar su canina lealtad á los reyes; pero jura con estas fórmulas medievales no volver jamás á su religión de la Edad Media; no consentir merma ni mengua de ningún género en el poder parlamentario; no tolerar la vuelta de los Estuardos. Así cualquiera jura, por avanzado y republicano que sea.

V

Curiosa por extremo la ficción romana, con que los ingleses personifican el Estado en la Reina. Como nosotros llamamos al Teatro de la Ópera y á las seis Academias reales, siendo nacionales, pues no las paga de su lista civil el Palacio, las paga de su presupuesto general el Estado, llama Inglaterra en su lenguaje monárquico, real, á todo lo público. Hasta el buen tiempo, ajeno á toda influencia humana, se llama tiempo de la Reina, ni más ni menos que llamamos los andaluces á nuestra tierra la Tierra de María Santísima. No fueron así los franceses en su revolución. Apenas acababan de poner en el Temple la dinastía lanzada del trono, borraron todas las denominaciones regias, como nosotros en la revolución de Septiembre, sin derribar del primer empuje la Monarquía, derribamos las coronas, como si lejos de ser éstas un símbolo común á todos los reyes, fueran un particular símbolo exclusivo de los Borbones. Recuerdo mi viaje primero de apostolización republicana, cuando por la estación de Nava del Rey salieron los revolucionarios entre campaneos y vítores, á decirme que desde aquella hora en adelante se llamaría tal villa Nava de la Libertad. Así los franceses de la República denominaron á la calle de Borbón, calle de Lila; y á la calle de los Delfines, calle de la Constituyente; y al Puerto Luis, Puerto Libertad; y á las tres calles reales, calles de los Molinas, y de la Revolución, y de la República, mientras los británicos, cuya santa revolución fuera mucho más radical que todas las revoluciones francesas, pues llevaba en sí misma, no solamente un verdadero cambio político, un verdadero cambio religioso, pusieron todas sus instituciones nuevas bajo la correspondiente advocación monárquica, y creídos de que su libertad necesitaba un remate antiguo, huyeron del gorro frigio, resucitado de Grecia por

Brissot y transmitido á Francia, sustituyéndolo con una corona redorada tanto por la electricidad revolucionaria cuanto unguida con el óleo de las tradiciones medioevales.

VI

Yo, de niño, si me traían un Belén, le quitaba los reyes, y en Francia dejó de llamarse pastel regio al pastel de la víspera de los Reyes, durante toda la primera República. Otro método, el inglés: hacen muchos regalos á la Reina por el placer de regalarse con estos dones ellos mismos. Ahora le han regalado á la preciosa majestad un hospital nuevo, montado con arreglo á todas las leyes higiénicas y á todos los prostreros descubrimientos médicos. Cierta pueblo añadió un reloj nuevo á sus relojes públicos, y luego puso á la Reina un telegrama diciendo como le regalaba el reloj colocado en la entrada de su primer paseo. El curtidor curte, forja el herrero, el músico anota, el platero argenta, el arquitecto construye, todos los productores á una producen objetos, sus hechuras, dedicados á la Reina, que la Reina no ve jamás, pues creen aquellos exaltadísimos realistas aumentar el precio de sus artes é industrias diciéndolas reales y destinándolas á obsequios nominales, de los que sacan honores y provecho. Muchos ingleses dejan á la Reina mandas á granel, con las cuales aumentan á ésta mucho su tesoro privado, y no hay campesino que pase á Windsor y á Balmoral, sin preguntar por el asno de la Reina y adorarlo como adoraban los árabes la yegua del profeta. Mas no erremos á este respeto nunca, trocando los frenos, y reconozcamos cómo este sentimiento realista es un sentimiento nacional. Y si no, mirad á los irlandeses: no participan de tal entusiasmo, no presentan tales homenajes, porque para ellos Victoria, lejos de representar su nación, representa la conquista sajona sobre su nación.

VII

La Reina Victoria tuvo siempre convicciones profundas y preferencias señaladas en política. Durante todo el período de su juventud prefirió á las ideas conservadoras las ideas liberales, y mantenida por una influencia liberal interior, como la grande un tiempo de lord Melbourne, la cual corroboraba otra influencia liberal exterior, como la grande por aquella sazón del Rey Leopoldo de Bélgica, combatió cuanto pudo las tendencias y las personalidades del partido Tory, pasando ultra el claro límite de sus deberes constitucionales. Así empeñó á brazo partido un verdadero combate palaciego, de influencias camarillescas y de caracteres cortesanos, con administración y gobierno tan respetables y tan respetados como el gobierno de sir Roberto Peel. Fueron las resistencias domésticas tan lejos y se enredaron las intrigas palaciegas con tal urdimbre, que debió Peel, temeroso de que las damas de palacio alcanzaran en su contra lo que alcanzaron un día contra Turgot las damas de Versalles y trajeran otra revolución como las revoluciones francesas, decir á la Reina que lo había puesto en el trance de proponer este dilema: ó la despedida de su servidumbre femenil, ó la despedida de su Ministerio responsable. Todo lo contrario de la política del primer período de su vida, fué la política del segundo período de su vida. Sobradamente liberal de joven, fué sobradamente conservadora de vieja. El fantaseo congénito á la política del novelista Disraeli, un tanto romancesca, deslumbró su imaginación femenil con aquellas lentejuelas poéticas, cual deslumbra el ojo tranquilo de las alondras y refrena su alto rápido vuelo el chispear de los espejuelos puestos en las máquinas, con que las cazan, cadenas de tales señuelos, propias para detener y engañar á esas melodiosas profetisas del día. Después no le gustaban,

aunque su elocuencia le maravillase, las ideas sobrado puritanas de Gladstone; el sabor calvinista de sus arengas á lo Knox, cuando ella es un tanto puseista y muy anglicana; las tendencias del sublime orador á desmontar las Iglesias históricas levantadas contra su voluntad sobre los hombros de los pueblos cultos, y su democracia un tanto teñida de socialismo y opuesta en todo al patriciado y al poder histórico.

VIII

También ha tenido ideas especiales y propias en los asuntos extranjeros. Antaño propendió mucho á Francia y á las alianzas francesas. Mientras los Reyes del Norte se detenían ante la usurpación de Luis Felipe, hasta creerlo digno retoño de su abuelo el regicida, Victoria no dejaba de ver las manifestaciones analogías entre los Oranges y los Orleanes, visitando al usurpador en los palacios donde suplantara por medio de la revolución á los reyes legítimos, lanzados al destronamiento y al destierro. Iguales relaciones tuvo con Luis Napoleón Bonaparte. Aunque reprobara la rapidez de Parlmerton en reconocer el golpe de Estado que asestó el improvisado Imperio al Parlamento y á la República, súbitamente se reconcilió con el Emperador, aguijoneada por el deseo de impedir á Rusia, con la guerra de Crimea, el avance inmediato sobre Constantinopla y la desmedida extensión por el Asia menor y mayor. Sin embargo, el destronamiento de Luis Felipe le sobrecogió enemistada con este Monarca por el matrimonio entre Montpensier y Luisa, en el cual creía ver el pacto de familia viejo redivivo en la mente de otro de los Borbones juramentados para combatir, como en el siglo anterior, á Inglaterra; y le sobrecogió enemistada con Luis Napoleón el destronamiento de éste, porque su oposición á la unidad germánica transcendía en el pensar y sentir de Victoria mucho á

un regreso hacia las guerras y las conquistas del primer Imperio. Basta con leer sus memorias para notar á cada paso cuantas supersticiones anglicanas y británicas la poseen á una contra todos los pueblos católicos y meridionales, con excepción de los italianos, á quienes aprecia un poco más que á nosotros; pues en cuanto con un lusitano y con un francés tropieza, vese cómo los juzga con arreglo al criterio histórico de la gente sajona, y no digamos nada de los españoles, de los que llevamos á Inglaterra el sombrío Felipe II; de nosotros, los que combatimos con los ingleses en todos los mares del planeta; de nosotros, los que coronamos con tanto esfuerzo la *Invencible* y sucumbimos con tanta gloria en Trafalgar; nosotros, llamados por el protestantismo los demonios del Mediodía. Ni á los reyes y príncipes de Portugal perdona Victoria, magüer llevar en sus venas la sangre germánica de sus propios hijos, la sangre de los Coburgos.

IX

Con ideas propias, y hasta con arraigadas supersticiones, modelo es de reinas constitucionales. Casualmente se convirtió á los conservadores ella, mientras el jefe de los conservadores, Peel, se convertía de súbito á los liberales. Tres revoluciones profundas ha presidido Victoria nominalmente, ó, mejor dicho, á tres revoluciones prestó Victoria el nombre y sombra de su reinado: á una revolución religiosa y á una revolución política y á una revolución económica. Fué la religiosa el célebre *bill* emancipando los católicos, que destruía en su esencia los privilegios anglicanos; fué la política el nuevo régimen electoral, que se completó, yendo desde las admisiones de una burguesía más ó menos restricta en series graduadas, á las fronteras del sufragio universal; fué la económica el decreto respecto de los trigos, que, anteponiendo

los trabajadores y los industriales y los comerciantes al feudalismo agrícola, consumó una revolución social. Pues á ninguno de todos estos progresos resistió y todos ellos se realizaron contra sus creencias, pero con su regia sanción, trocada en atributo meramente honorario de la corona británica. Y he por qué dogmática y militante Victoria en sus creencias políticas, hálas sacrificado todas sin la menor vacilación á los dictados del pueblo inglés como Reina. Grande admiradora de Gladstone, ya lo he dicho, por la elocuencia maravillosa del grande orador, no coincidía con él jamás en política; y, sin embargo, no solamente lo admitía cuando el pueblo inglés lo mandaba por su voto á presidir el Consejo de Ministros, le admitía jóvenes como Dilke, distinguido en el Parlamento por sus reiterados ataques á la lista civil y por sus apologías de Mazzini. Al mismo Labouchere nombrara la Reina, republicano práctico todo cuanto puede serlo un verdadero inglés, si Gladstone, muy devoto de la monarquía inglesa, y más aún de la reina Victoria, no asume sobre sí la responsabilidad personal de su proscripción del Consejo, evitando esta grande contrariedad á la monarquía y á la Reina. Victoria es el único modelo perfecto de reyes constitucionales que hay en Europa.

X

En aspecto ninguno de la vida se conoció esta calidad superior de su persona, como en su matrimonio de amor con el príncipe Alberto, quien tuvo el primer lugar en su corazón y el segundo lugar en su trono. Debe contar con muy elevada complexión una mujer para señalar claro límite á las ambiciones del hombre amado sin límites, por quien daría, no ya la corona, la vida. El primero en las preferencias de Victoria, el primero en la clausura del hogar privado, el primero en la familia, su cabeza, era el último casi de la dinastía en las apa-

riencias y en los honores monárquicos, que tanto seducen á los monarcas. Ni siquiera el título de Rey consorte le permitieron los ingleses, movidos de su culto á la unidad real, como lo llevaban los esposos de las dos reinas coetáneas suyas, el esposo de la reina Isabel II en España y el esposo de la reina María I en Portugal. Con una delicadeza extremada supo ante lo público disminuirlo como querían las supersticiones políticas de Inglaterra, para elevarlo ante la familia en el hogar á ídolo, como quería el exaltado amor de su regio pecho. Y cuenta que no hubo nunca diálogo político tan largo y quizá tan sabio como el usual entre aquellos dos esposos que se amaban mutuamente con ternura y departían á la continua, tomando sus sendos disentimientos como solemos tomar cada cual el disentimiento con la propia conciencia, pues como formaban un alma sola, tenían en todo el mismo espíritu. La dominó Alberto y avasalló por el amor y por la paternidad, como el patriarca bíblico á su mujer, pero en público fué su segundo vasallo, después del príncipe de Gales, cuanto permiten se avasalle á otra una persona en el régimen parlamentario y liberal. Muchas veces la condición inferior le dolía con intenso dolor al príncipe Alberto; pero lo fuerte de la tradición en Inglaterra y lo delicado del proceder en Victoria, hicieron de un matrimonio empeñado en su fe propia y en sus creencias antiguas, un matrimonio constitucional.

XI

Y se ha democratizado Inglaterra, sin perder su aparente carácter de Monarquía, y de Monarquía muy aristocrática. En libertad religiosa, no solamente se han emancipado los católicos, el derecho de legislar, á las sectas protestantes reservado, háse á los judíos, y aun á los ateos, extendido con amplitud verdadera; el antiguo criminal odio entre las iglesias cristia-

nas, se ha entibiado en tales términos, que ha podido tratarse la validación por el Papa de los beneficios eclesiásticos, confundidas casi por el dogma y por el rito la Iglesia nacional y la romana; se ha quitado al pueblo celta de Irlanda el odioso yugo de aquel clero sajón, que tanto sus creencias malhería; y se ha propuesto ya desarraigar del pueblo celta de Gales aquella soberbia é insufrible iglesia oficial anglicana; los gobiernos locales hanse mucho ampliado, y á pesar de las recientes amenazas dirigidas por la oligarquía Tory á la enseñanza primaria, no se retrocederá en las vías que han á sus progresos conducido; el predominio de los conservadores en el Gobierno y su triunfo en el comicio no ha quitado un ápice á las libertades económicas, y á pesar de la crisis mortal por que atraviesan el trabajo y el producto agrícolas, no se ha oído pronunciar la palabra reacción, borrada del diccionario inglés para siempre; la grande ampliación del sufragio y los sucesivos advenimientos á la vida pública del pueblo han dado al traste con todas las utopias, desvanecidas al rayo de la libertad, y con todos los partidos revolucionarios, allí donde fueron los cartistas con sus congéneres tan temibles; y el jornalero, la base firme de aquella sociedad trabajadora é industrial, aunque pugne, como debemos pugnar todos, por su mejoramiento social, aguárdalo, no de las bondades y riquezas del Estado, reducido á sus límites necesarios, del ejercicio de sus incontrastables derechos.

XII

Digámoslo con verdad: Inglaterra no hubiese llegado á las alturas desde cuya cima señorea el Océano, si no toma el régimen mercantil y parlamentario frente al régimen absolutista y guerrero que le opuso Europa. Nosotros, los españoles, fuimos en las tres largas centurias precedentes á la

nuestra, los que personificamos el régimen opuesto al régimen británico. Extranjero, por completo extranjero, el absolutismo á los españoles y á España, consumió nuestras fuerzas sirviendo á la casa de Hapsburgo y á la Iglesia de Roma en los siglos décimosexto y décimcséptimo, como consumió nuestras fuerzas en el siglo siguiente sirviendo á la casa de Borbón y al pacto de familia, para que Francia predominara en Europa. Mientras los puritanos escoceses juntaban Escocia con Inglaterra, sólo unidas nominalmente bajo los Estuardos, pagá-bannos los jesuítas aquellos cruentos sacrificios que por ellos y por sus hechuras hicimos en la guerra de los Treinta Años, separándonos Portugal y haciendo que su triste dinastía se opusiera en tierra y mar á todos los progresos peninsulares, y se aliara contra nosotros con todos los enemigos de la Península. ¡Cuál diferencia entre Portugal y España, separándose las infelices, en tanto que se juntaban Escocia é Inglaterra para un poderío común! Pero ¡España y Portugal se apartaban, porque á ello las movía su régimen dinástico en política y medioeval en religión, mientras Escocia é Inglaterra sacudían los jesuítas Estuardos, tan extranjeros al pueblo inglés como los Austrias y los Borbones al pueblo español, y establecieron un régimen mercantil que les ha dado el cetro de la mar y los ha constituído en la primer potencia industrial del planeta. Comparadla con las naciones absolutistas y conquistadoras: con Rusia y con Turquía.

XIII

Una pobre cenicienta hubo en festejos tan espléndidos, la pobre Irlanda. Su dolor ha crecido con razón, tanto más cuanto que fiaba llegar, merced al Verbo luminoso de Inglaterra en estos tiempos, merced á Gladstone, hasta el Gobierno de sí misma en el seno de la grande potencia celto-sajona, cuyo pa-

rentesco y afinidad con la propia sangre irlandesa, no puede desconocerse. Mas le ha sido imposible recabar el gobierno de sí misma. Primero los patricios británicos, después las clases populares temieron que un Parlamento en Irlanda trajera un Parlamento en Escocia, otro Parlamento en Gales; y todos estos Parlamentos desmontasen el Imperio británico y se perdiera su Cámara nacional en un fraccionamiento feudalesísimo. Gladstone fué derrotado por la Cámara de los lores primero, después por los comicios de Inglaterra, Escocia y Gales. Mas, aunque haya el partido conservador presentado ante las Cámaras reformas sociales extensivas á Irlanda y una identificación del Gobierno local de esta isla con el Gobierno local de Inglaterra, también dice á la hermosa Erin que renuncie para siempre al proyecto de Cámara propia, como á su régimen autonómico. Ni una luz en las calles de Dublín se ha encendido, ni una hoguera se ha levantado, como las innumerables puestas sobre las cumbres de los montes altos y de los humildes collados en toda Escocia é Inglaterra; el *Te-Deum* de júbilo se ha reemplazado con la rogativa empleada por el clero en tiempo de calamidades; y un alimento más se ha entregado á las ya seculares discordias. Aquellos que con profundidad estudian el régimen inglés, atribuyen las desgracias de Irlanda, irremediables casi, á su falta de idoneidad para entrar en el Estado mercantil é industrial compuesto por Inglaterra y Escocia. Pero ¿de quién la culpa? ¿De Irlanda que no ha querido entrar, ó de Inglaterra que no ha querido abrirle la puerta? Los amigos de Irlanda todos aseveran que no quiso Inglaterra franquear su régimen mercantil á los irlandeses. Sobre la legislación industrial y de comercio dada por los ingleses á Irlanda en los días mismos de su asociación estrecha con Escocia, dice Lesky: «Se prohíbe la exportación del ganado irlandés á Inglaterra; se arroja del comercio colonial á Irlanda; se dificulta la salida de lana bruta para el continente y de lana cardada para todas partes: resultado de la ruina en que han caído las fábricas, trayendo por única conse-

cuencia la miseria y el hambre. En cambio, los ingleses dicen que Irlanda rinde culto á la suciedad y á la pobreza, recordando las palabras del gran filósofo idealista, Berkeley, quien asevera de sus compatriotas lo siguiente: «Cosa tristísima tener que vivir entre ociosos y mendigos.» De todas suertes, Irlanda extiende muy de antiguo esta sombra nefasta en los regocijos de Inglaterra. Por eso creo yo que ha debido Inglaterra su poder á no recelar del progreso, mientras ha debido Irlanda su servidumbre, no sólo al odio persistente de Inglaterra, y de los ingleses, á la perseverancia propia en viejos y desacreditados errores. El ejemplo de la grandeza británica no me disuadirá jamás de una creencia, tradicional en mí, de que la forma de Gobierno mejor es una República que asegure á cada ciudadano y á cada pueblo el Gobierno de sí mismo en la plenitud de todos los derechos.

XIV

Magníficos en verdad los festejos con que Inglaterra se regocija por los largos lustros que ha cumplido Victoria en el trono. La población de Londres ya suma cinco millones; y el glorioso aniversario le aportó tres más, no habiéndose visto nunca en las planicies del planeta nuestro reunida tal copia de gentes. Aunque los tablados, puestos en el orden y en el curso de la procesión, cubiertos con percalinas multicolores, no brillen por su poesía y por su hermosura, ostentan tales dimensiones y soportan número tan crecido de curiosos espectadores, que ya constituye todo esto una excepción apreciable y digna de la visita hecha por muchos á Londres, donde puede alcanzarse la satisfacción de verse unas á otras las gentes como en parte alguna, pues aquello es un mar de vida humana, en que han ido, como ríos, á desaguar filas y filas de míseros mortales. Enarenado el pavimento, extendidas vistosas fuerzas

militares en las aceras, erigidos los tablados en graderías ascendentes desde los arroyos á los tejados, festonadísimas las ventanas y balcones por ramilletes con matices de iris y olores de pebeteros, gallardeando los mástiles uno á otro ceñidos con guirnaldas y todos ornados con blasones, ondeantes al aire las banderolas y los gallardetes, ornadas las esquinas con simulacros, resonantes las músicas militares en los espacios, jamás habrása visto cosa parecida, ni cuando los monarcas asiáticos reunían sus huestes y sus sátrapas en aquellos palacios-ciudades que se llaman Babilonia y Nínive, ni cuando los Césares de Roma, señores de todos los hombres y compañeros de todos los dioses, corrían desde las vías sacras á las vías flaminias, pasando bajo los arcos triunfales, deteniéndose sobre su logia del Circo, y después de pisar el Foro y ver entre sus intercolumnios el Senado entero y las embajadas del Universo, subiendo al Capitolio para ofrecer á Júpiter, que representaba el cielo, todos los homenajes del mundo representado por las legiones romanas y los romanos Emperadores.

XV

Y lo que más excedía en grandeza y originalidad, acaso á todo lo visto, á todo lo soñado, era el número de gentes congregadas en Londres y desconocidos cuando no habían descubierto España y Portugal todo el planeta, redondeándolo con sus pródidas manos y ciñéndole un zodiaco de glorias para que fuera templo digno del humano espíritu, y se apropiara el templo al Dios, como al cuerpo se apropia el alma. Junto con los malteses, tan conocidos en la Edad Media, y con los chipriotas, sabedores de tantas cosas otros días, y con los egipcios, de aires sacerdotales, y con los árabes, curtidos por el sol de la Libia y envueltos en sus blancos alquiceles de lana y lino, estaban en aquella procesión colonial, con la que so-

lamente hubiéramos podido competir nosotros cuando poseíamos las Indias occidentales con las orientales, durante la Monarquía de Felipe II, ya representados ó ya presentes, el negro marmóreo de la Nubia y el deforme hotentote negro de la Nigricia; el fuerte montañés del Afhagnistan, que avicina las cumbres del Himalaya y guarda contra los mongoles el manantial primero de donde fluyen los ríos sacros indios, y las gentes amarillas, tan frías y tan lustrosas como sus multicolores porcelanas; los arios del Ganges, que creen ser padres de los dioses, amén de los hombres, y los parias que se creen rebujo de la humanidad; el igorroto apresado como un salvaje viejo en los bosques impenetrables de los archipiélagos oceánicos, y el cipayo que ha corrido desde los feudos birmánicos á las ruinas del templo en que á Júpiter Anmon Alejandro consultaba y le rendía parias; desde los salvajes del Cabo de las Tormentas y los zulúes del otro desierto austral, hasta los cultos ciudadanos que beben las aguas del Orinoco; las islas Australias y las islas Hoyerres; los habitantes de aquellos escollos vecinos á la desembocadura del Amazonas en el Mediodía y del Missipí en el Norte americano, hasta los habitantes que oyen los fragores del despeñado Niágara, pues la corona británica es como una serpiente de mar que se ha enroscado al árbol de la vida.

XVI

Entre razas tan opuestas y contrarias, extendidas desde los inflamados arenales del Africa meridional hasta los hielos eternos del Polo Norte, ha constituido Inglaterra una federación rematada por espléndida corona, que bien podían estudiar los esclavones con los alemanes de Austria, condenados á una guerra perpetua entre sí mismos, á pesar de sus afinidades históricas, é incapacitados por sus mutuas discordias, no ya de

constituir materiales para procurar la construcción del Estado fuerte y uno, indispensable á la igualdad del derecho, incapacitados de fundar ni siquiera una pasable y duradera confederación. Porque un estadista de origen polonés, como el Conde Badeni ha propuesto la igualdad de lenguas para los usos oficiales entre las diversas razas, los germanos han movido escándalo tan fragoroso, que han llegado dentro de las Cámaras á denostar sus compañeros y han promovido encrespamientos análogos á una revolución. En vano quisieron los estadistas aquellos decretar el sufragio universal á ver si los factores plebeyos aportaban al seno de tales fraccionados pueblos la idea de igualdad, opuesta de suyo al fraccionamiento en castas, y ahogaban los separatistas casi feudales en los senos de una idea tan cosmopolita como la que sirve de base al socialismo, quien echándose de humanitario, comienza por aspiraciones de universal y por humano. Mas también los comuneros, aspirantes á borrar las fronteras en todo lo relativo al derecho, se han roto por varios lados hasta distinguir dentro de su seno propio nacionalidades correspondientes á la inferior idea de tribu, idea oriental y primitiva, contradictoria con esta superior personalidad social surgida de nuestros continuos progresos. Cinco grupos nada menos dividirán á estas huestes universales, cuyo ideal consistía en uniformar el humano espíritu y el globo terráqueo de modo que hubiese un solo derecho en todos, y con arreglo á esta igualdad de derecho, se constituyera la tierra entera en una propiedad colectiva para todos. Tribu germánica, italiana, polaca, checa, yugo-eslavonas reconocidas en el socialismo cisleitano, dejando aparte los magyares, dicen y enseñan, al constituirse por separado cada una, una utópica idea la del trabajo universal, como la del Imperio universal, pues la vida se compondrá siempre de bien y mal, y se constituirá á su vez el mundo siempre con variedad y con unidad.

XVII

En cambio, Guillermo II lleva tan lejos la idea de unidad alemana, que concluirá por estallar Alemania. Demanda de un material marítimo incompatible con las fuerzas del contribuyente germano; regreso al feudalismo agrícola é industrial, representados por una personalidad tan reaccionaria como el fabricante Sturm, parecido á los potentados promovedores en la revolución religiosa del movimiento labriego; amenazas á la cátedra y al catedrático independientes, con prohibiciones de que muestre los progresos efectivos de la evolución económica necesaria en el advenimiento de la democracia universal; veto á las alteraciones votadas por las autoridades legislativas en la ordenanza militar para concordarla con el Código civil y evitarse Germania un verdadero cuartel; restricciones al derecho de asociación, hasta entregarlo á merced y arbitrio de una policía sin entendimiento y sin entrañas; crisis ministeriales conducentes á que un reaccionario, tan reaccionario como Putkamer, se apodere de la gobernación interior, y un renegado, tan renegado como Miquel, de las relaciones exteriores; desgracia del ministro Marschall, porque no ha querido caer en el señuelo de las intrigas cortesanas, ni perdonar á los esbirros secretos de la corte; fomento al espíritu neo-luterano, más temible para la libertad que todo nuestro asfixiante y necio dogmatismo neo-católico; vuelta de los jesuitas y propósito de aplicar á los liberales algo así como la revocación del Edicto de Nantes; lucha con todos los elementos progresivos y propensiones á caer de espaldas en una regresión espantable hacia las reacciones de todo género: he ahí lo que nos ofrece un poder, en cuya transformación libraban mil esperanzas los ilusos liberales alemanes, como si al humano poder alcanzase hasta cambiar en el Cesarismo su compleción intrín-

seca, y hacer de los Césares constituídos para déspotas, por la índole política y social de su encargo y ministerio, verdaderos demócratas en plena democracia.

XVIII

Y aún peor, mucho peor que la política interior, es la política exterior. Guillermo, semejante á muchos romanos Césares por sus múltiples aptitudes y vocaciones, deseméjase de todos ellos en lo que tenían de idéntico: en el amor y culto á Grecia. No creerán los venideros haya en el siglo décimonono existido un César que se huelga con ver cómo los musulmanes exterminan á los cristianos en el territorio helénico, y reponen bajo los cielos de Tesalia la media luna de Ostman, borrada por innumerables holocaustos. Hasta el día de hoy los Emperadores alemanes llevaban la espada de Carlo-Magno al cinto, el globo áureo, coronado por la cruz, en su mano, y la corona casi pontificia en su cabeza, para indicar su ministerio de apoyo y de auxilio á la cristiandad. ¿Quién había de creer entrara el Sultán en Grecia, sobre su caballo apocalíptico, llevándole á este caballo, como un paje, las bridas el joven César de Alemania, el monarca primero y mayor entre todos los monarcas cristianos? Lutero no habrá podido comprender desde la otra vida cómo la victoria del imperio luterano de los Brandeburgos sobre el imperio católico de los Hapsburgos, únicamente haya podido servir para el triunfo de Turquía en Oriente, cuando él propuso, al acercarse los turcos en su tiempo hasta las campiñas de Viena, que cesaran todos los odios entre los Príncipes cristianos, y se unieran en un haz los por él mismo levantados, y á causa de su doctrina perseguidos, para que, bajo las enseñas españolas y católicas del Emperador Carlos V, expulsasen del Danubio á Turquía,

caída ya sobre los húngaros, y pronta en sus triunfales correrías á marcar con la media luna el Imperio germano, el nato defensor de toda la cristiandad.

XIX

En vano le ha pedido una madre llorosa preservara su hija de tan horrible desgracia, como la pérdida de un trono en Atenas, que por su posición en Alemania le había él granjeado, trono expuesto á romperse ahora en mil pedazos, lanzado al aire por los artilleros alemanes adscritos á servicio de Constantinopla: Guillermo no ha sabido hacer otra cosa en este verdadero trance que azuzar á los musulmanes contra los cristianos y servir como de ayudante al verdugo de Grecia. Entre prosperar su familia imperial ó prosperar el harén turco, ha preferido prosperar el harén. Y mientras sirve así los intereses de Turquía, desirve los intereses de Inglaterra. No obstante tratarse del festejo universal tributado á su abuela por los innumerables súbditos y vasallos que Victoria en el mundo tiene, Guillermo no se ha presentado entre los príncipes idos á Londres, donde al cabo se celebraba increíble apoteosis de su propia sangre y de su propia familia. Sólo el príncipe, el hermano menor, Enrique de Brandeburgo, ha ido, por ser, como buen sajón, el marino de la dinastía. Todo lo contrario, según coloquios divulgados por las indiscreciones periodísticas, Guillermo II se cree, á pesar de sus propensiones hacia el Korán, un romano Emperador con el ministerio y la finalidad internacionales de oponerse á la nueva Cartago, quien, so pretexto de navegación y de comercio, va poco á poco posesionándose del Oceano, que podrá cerrarnos cuando se le antoje; y así que suelta la paleta de pintor, el rifle de soldado, la verga de marino, la composición de músico, el verso de poeta, el breviario de predicador, coge un mapa y se pone á trazar un bloqueo

continental contra Inglaterra, como aquel soñado allá en otros días por Napoleón el Grande. Dios lo tenga de su mano.

XX

Turquía quiere la reconquista del mundo cristiano por el Korán. Como si estuviéramos en el siglo séptimo al corromperse la prematura civilización de los godos por la culta y hermosa Bética, ó como si estuviéramos en el siglo décimo quinto al consumirse la civilización bizantina en su larga decadencia por la culta y hermosa Grecia, pasa el tiempo de los arreglos y pactos conducentes á la paz, transformando la batalla de Farsalia en la batalla del Guadalete ó trabucando la toma de Larisa en la toma de Constantinopla. La rectificación de la frontera Tesalia, por ella pedida hoy, equivaldría en el fondo mañana por completo á un avance del fatalismo islamita sobre la cristiana libertad. Devolver Laval y desfiladero de Tempe, tomando la carrera tortuosa del célebre Peneo, sería tanto como dejar Grecia en lo futuro á merced y arbitrio de Turquía. Y esto no lo consentirán jamás las tribus manumitidas del vasallaje otomano en la Península de los Balkanes y en las orillas del Danubio. Mi culto á Grecia es inextinguible, suceda lo que suceda. El pueblo que abriera otros días á todos estos pueblos orientales el camino de la libertad, el pueblo que los ha iniciado en la vida del derecho, ha sido ese pueblo griego, cuya fecunda inteligencia no se agota jamás y cuyo porvenir tiene celajes tan bellos como su pasado. Maravillosos en verdad siempre los griegos. Dominaciones varias los han oprimido, desde la dominación romana hasta la dominación oriental; aquel bizantinismo, capaz de corromper los pueblos más fuertes y viciarlos para siempre, ha penetrado en la médula de sus huesos; bandas aventureras

varias se han creído en las luchas de la Edad Media llamadas á su dominación y se han ornado varios reyes con el vano título de Duques de Atenas; el turco ha venido por fin y ha esterilizado con su despotismo desde el suelo hasta el espíritu; se ha cebado la miseria en sus familias, la sequía en sus campos; la despoblación ha llamado el desierto á sitios antes consagrados por las inspiraciones del genio y por los resplandores del arte; la tierra entera, desnuda de su primitiva vegetación, apenas produce con qué mantener á sus hijos, obligados todos los años á largas emigraciones, doblemente tristes para quienes han nacido bajo la sonrisa de aquel cielo, entre las reverberaciones de aquella luz, á la sombra de aquellos montes de mármol, besados por las ondas de aquel mar de eternas armonías; todo se ha conjurado para perder á Grecia, desde los elementos implacables hasta la implacable política; y sin embargo, la inteligencia brota en su seno con tanta espontaneidad, la idea se apodera de su inteligencia con tanta viveza, la hermosura reviste á la idea de formas tan escultóricas y tan correctas, que hoy mismo, en su precaria independencia, en su mal gobierno, en su pésima administración; sin haber respondido en la ciencia de gobernarse á las esperanzas nuestras; rota, y con el dolor de su vencimiento, asombra y maravilla por la suma de cualidades contradictorias como las aptitudes artísticas y científicas unidas á las aptitudes guerreras y mercantiles en tan alto grado, que parece vivir todavía en Grecia el alma deslumbradora de sus antiguos genios. Bien es verdad que no puede verse uno de aquellos sitios, no puede mentarse una de aquellas porciones del planeta sin que el alma se conmueva y se crea llamada con su ejemplo y su recuerdo á producir algo extraordinario que frise con la inmortalidad. Por sus cimas denominadas con vocablos que todavía seducen y halagan nuestros oídos, arden como un fuego eterno las ideas; por sus mares, que esculpen la tierra con cortes tan graciosos y la esmaltan con franjas tan celestes, todavía viven los dioses. No hay alma, por vulgar, que no aspire á subir al Parnaso, á

escuchar los ruseñores de Colonna, á ceñirse los laureles del Pindo, á beber en las fuentes de Hipocrene y de Castalia, á descansar á la sombra de los árboles de Delfos, á repetir el coro de las islas griegas, á visitar la cuna del espíritu europeo, á recorrer los sitios donde ha nacido Homero, donde ha hablado Demóstenes, donde ha pensado Platón, donde ha esculpido Fidias, donde han peleado Milciades y Temístocles, donde ha muerto Leónidas.

XXI

Todos tenemos una parte del alma de Grecia en nuestra alma y todos imaginamos haber encendido la luz de nuestra vida en su divina luz. La resurrección nacional de Grecia se debe al prestigio de sus recuerdos y al resplandor de su historia. Todos los hombres eminentes de Europa se empeñaron á una en que Grecia había de ser, y Grecia fué, aunque arrancando su libertad á la Santa Alianza. Verdaderamente merecía ser por su esfuerzo y por su heroísmo. Jamás pueblo alguno ha combatido con pujanza tan grande como ese pueblo móvil, artista, inspirado, á quien los fuertes, incapaces de comprenderlo ni de imitarlo, llamarían el lado femenino de la historia humana. Su epopeya heroica tuvo tres momentos sublimes: la guerra en las montañas, la guerra en las ciudades, la guerra en los mares. La antigüedad no ha ofrecido jamás heroísmo semejante al heroísmo de los kleftas. En cada uno de aquellos montañeses del Epiro renacían los trescientos espartanos que sucumbieron por los desfiladeros de las Termópilas. El heroico Photos supo comunicar su heroísmo á las mujeres, que combatían á manera de las fabulosas amazonas; y se mataban antes que llegar á poder de los turcos. El monje Samuel, con su Crucifijo en la mano, hacía saltar la última fortaleza en que se anidaba su esperanza, para morir sobre las

humeantes ruinas. Dos mil combatientes pelearon tres años seguidos con el feroz Ali-Bajá y detuvieron á sus plantas ejércitos numerosísimos, contra los cuales sólo tenían muchas veces las piedras de sus montañas. Sucumbieron, porque aquella guerra á la luz del raciocinio frío parecía una demencia; pero enseñaron á los suyos que no había muerto toda entera la Grecia, y que aún quedaba quien supiese morir en aras de su libertad y de su independencia, sentidas, adoradas, exaltadas por unos cuantos náufragos que escaparon en las montañas á la total ruina de su patria. No es mucho que su ejemplo despertase á Grecia y sus imitadores descendieran á la llanura y á las costas, superándolos en heroísmo, como los superó Botzaris, aquel epirota nacido para convertir en realidad la poesía del heroísmo, defensor de Arta y de Missolonghi; el mártir sublime que, no pudiendo ganar la última de sus batallas sino por el sacrificio de la vida, fué vivo á los monasterios y se arrodilló al pie de los monjes á pedirles que rogaran por su alma, y enseguida corrió á la pelea para concluir con un ejército, acabando con su jefe: acción sublime, para la cual se necesitaba aceptar con la resignación de un mártir el sacrificio de la vida, que él aceptó y consumó, recibiendo la muerte y alabando al cielo por permitirle gloria tan grande y envidiable como el morir por Grecia. Estas heroicidades de los montañeses y de los ciudadanos fueron coronadas con heroicidades increíbles también de los marinos, dignos descendientes de aquellos que habían sembrado con bellísimas colonias todas las costas del Mediterráneo, y que habían traído al seno inmóvil de la vida antigua todo el movimiento y toda la actividad del comercio. El marino griego es uno de los más originales tipos que tiene la nación: inteligente como los atenienses, sobrio como los espartanos, valerosísimo como los epirotas, de genio mercantil como los corintios, reúne á todas estas cualidades un espíritu de asociación y de disciplina difíciles de obtener y de conservar en el seno de una raza cuyo individualismo hála llevado muchas veces á la anarquía y

cuya anarquía á la conquista extranjera. Todas estas cualidades desplegaron los griegos en la guerra por la independencia, y todas estas cualidades le valieron victorias ilustradas por las hazañas de Mioulis, como las guerras de los montes fueron ilustradas por las hazañas de Photos, y las guerras de las ciudades por las hazañas de Botzaris. Grecia, tras veinticinco siglos de decadencia, mostraba en pleno siglo décimonono al mundo que no había perdido el secreto de su grandeza, su histórico heroísmo. Así no puede morir y Europa no puede consentir que muera, pues la muerte de Grecia sería la muerte también de toda nuestra civilización europea. No se detendría el turco en Atenas, como no se detuvo ni en Salónica, ni en Hungría, cuando su primera victoria sobre Constantinopla. Detestemos á los que abandonan Grecia por vencida. Hoy la queremos mucho más cuantos protestamos contra las fatalidades del triunfo bárbaro é injusto.

XXII

Quitemos los ojos del europeo Este para fijarlos en el Oeste. Portugal dedica todo el espacio de un año, que media entre Julio de mil ochocientos noventa y siete hasta Julio de mil ochocientos noventa y ocho, un año entero á conmemorar el descubrimiento por Gama de las Indias Orientales. Mas debemos decir que antes de Gama, por encima de Gama, recuerdan los portugueses á Camoëns, y antes que el descubrimiento de las Indias, sobre tal maravilloso descubrimiento, evocan el poema que lo cantó. Y hacen bien. No existe poeta ninguno en el viejo y en el nuevo mundo con la capacidad que Camoëns para cantar el poema de los descubrimientos y de las navegaciones. El objeto y la materia de sus *Luisiadas* aseméjase mucho á la materia y objeto del *Diario de Colón*. Precé-

denos y acompañanos Portugal en la obra de agrandar los Océanos y centuplicar las tierras. Mientras España exploraba los mares tenebrosos por sitios donde halló la surrección del nuevo mundo americano, explorábalo Portugal por sitios donde halló la resurrección del viejo mundo asiático. Y en la fecundidad que tenía entonces el reino lusitano, á un mismo tiempo, engendraba los pilotos descubridores y el poeta cantor de los descubrimientos. Cuando éste pide á las musas del Tajo, tan melodiosas como las musas del Mondego, que cantan en el manantial de las lágrimas los tristes amores de Doña Inés de Castro, dejen de susurrar desde Toledo á Lisboa los antiguos idilios pastoriles y los populares romances caballescicos, y tomen aliento para la intentada epopeya oceánica, en verdad recoge la inspiración más real de aquellos tiempos con la materia épica más cierta, encerrando una y otra en octavas inmortales, animadas todas por estro incomparable y esclarecidas en luminoso ideal. Era un poema vivo aquella resurrección de las Indias, reconquistadas para Europa entera por Alejandro Magno de Occidente. Camoëns decía en los primeros cánticos de su poema por excelencia, que Vasco eclipsaría de seguro á Eneas, y seguramente lo eclipsó para siempre. Nada tan maravilloso cual ver, en los días mismos de levantarse resucitadas las estatuas clásicas, y de florecer las guirnaldas helenas en los ornamentos de las logias rafaelinas; cuando el exámetro de Virgilio resucitaba en los poemas de Zannazaro y los períodos de Cicerón en los labios de Bembo, por la Roma de León X entrando ceñido á cadenas de oro portuguesas los elefantes y los leopardos, que llenaran en lejanos días el circo de los Césares y mostraran la universal sumisión del mundo antiguo á la Ciudad Eterna. ¡Las perlas del Manaar, los rubíes de Pegú, el clavo de las Coloculas, el oro de Sumatra, la canela de Simaliala, el alcanfor de Ormutz, el añil de Cambay, bastaban para enloquecer al mundo cristiano y darle vértigos de verdadera embriaguez, al mismo tiempo que levantaban la poesía, necesitada siempre de supe-

rar y vencer la realidad, hasta una exultación y una exuberancia extraordinarias.

XXIII

Camoëns tiene la estatura colosal indispensable para soportar como un titán fabuloso aquel poema ciclópeo, que cantaba la renovación del planeta, y para medirse con Vasco de Gama, tan titánico, quien, á pesar de moderno y cercanísimo á la edad nuestra, parece mitológico dios, más que los héroes de Homero, por su maravillosísimo viaje á las Indias. Pero los caracteres del Renacimiento pesaban como una cadena sobre Camoëns. Verdadero hijo de su edad, veíalo todo, cual se veía entonces el Universo, por las múltiples tradiciones del genio clásico y por la irremisible superstición del espíritu antiguo. Así emplea, como la máquina sobrenatural de su poema, el Olimpo. Y el Olimpo servía para que supieran aprovecharlo las artes plásticas: para restaurar y rehacer la forma externa; pero muerto en la conciencia humana su ideal, disuelto el espíritu suyo en los dogmas cristianos, por la Iglesia católica sustituido en la dirección de nuestra cultura, no podía inspirar un poema, el cual sólo merece la calificación de arqueológico y erudito, cuando intervienen las antiguas divinidades en él, mientras merece la calificación de popular y épico, sin duda, cuando canta la historia y la nación lusitana, así en los tiempos antiguos como en el Renacimiento. Más poética me parece la misa oída por Colón en el monasterio de los franciscanos, sobre las breñas del promontorio de la Rábida; el Avemaría rezada en el paso por las desembocaduras del Guadalquivir y por las costas de Gades, la tarde misma de haber el misterioso descubridor, desde la boca del Odiel, zarpado hacia el mar tenebroso; las letanías dirigidas á la Virgen Madre sobre la carabela cuando brillaban tras el

ocaso los primeros vespertinos astros ó rielaba en la superficie oceánica, rizada por los vientos alisios, la luna llena; los ecos de la *Salve* y del *Maris stella*, como por un órgano inmenso acompañado de los rumores del oleaje y del velamen; los dos *Te Deum* entonados al descubrir tierra y al bajar á ella; la sencillez con que da Colón gracias á Dios en su diario por la felicidad completa del viaje, que las apariciones de Mercurio á Gama en sueños, para precaverlo contra los peligros circunstantes en Mombaza, que la bajada fabulosísima de Baco al mar de Melinde, que las apariciones de Venus por las isletas indias, que los agasajos de Tetis, que la presencia de dioses muertos hacía mil años en la humana conciencia é incapaces de trastocar en cumbres de poesía las heladas cenizas de los extintos dogmas.

XXIV

En cambio es Camoëns épico de primer orden, épico al nivel de los mayores poetas, digno de colocarse junto á Homero, superior en muchas ocasiones á Virgilio, más natural que Tasso y Milton, cuando á la manera que su predecesor Dante Alighieri evoca el mundo sobrenatural de la Edad Media en tercetos sublimes, evoca él en octavas reales incomparables el mundo natural, rejuvenecido por la pascua del Renacimiento, y nos ofrece con toda la historia lusitana, encerrada en himnos de un vuelo increíble, las descripciones de los pueblos descubiertos por los nautas compatriotas suyos, y con ellos la poesía del mar, ya en el aparejo y apercibimiento de las expediciones temerarias, acompañadas con los plañidos y lloros de cuantos por la playa se quedan maldiciendo las humanas ambiciones; ya en la exquisita limpia de limazones y ostrios adheridos al casco de las naves durante las estadas por los deseados puertos de arribo; ya en las aguas encendidas á los la-

tigazos de la centella eléctrica; ya en la tromba que, á guisa de sanguijuela chupando la sangre, levanta en ciclónicas espirales de horror las aguas tormentosas y luego las diluye por doquier en diluvios espesos; por fin todos los espectáculos del Océano, surcado por temerarias navegaciones, donde la voluntad y las fuerzas del hombre superan y dominan todas las resistencias y todas las fatalidades juntas del poderoso universo. Sí, Camoëns, entre los poetas del Renacimiento, perdura y prevalece como épico, llegando á la gloria no gustada por el delirante poema de Ariosto, por el artificioso poema de Tasso, por el británico poema de Milton, por el ridiculizador poema de Pulci; porque Camoëns canta la Naturaleza rejuvenecida por los descubridores portugueses de su creadora edad; ¿dónde hubiera llegado si el estrecho patriotismo portugués, un patriotismo de terruño, no le posee como le poseyó, é inspirándose, cual debía, en toda la gloria peninsular, nos ofrece y presenta la invención increíble de América por el milagroso genio español? Reconociendo yo, cual reconozco, el mérito de tan excelso poeta, digo que no hallo en sus octavas, siendo tantas y tan hermosas y tan inspiradas, ninguna en que su héroe Vasco de Gama, cuyos relatos pasarán de siglo en siglo, exprese algo tan hondamente humano, á pesar de su perfección literaria, como las frases del diario de Colón ante Cuba, parecidas en su concisión sublime á los primeros versículos del Génesis. Mas, con estos reparos y todo, no puede negarse que se hallan entre las glorias mayores del Universo, la poesía de Camoëns, la empresa de Gama, los descubrimientos de Portugal, y que, al celebrarlos este pueblo, celebra genios y obras dignos de toda la humanidad.

EMILIO CASTELAR.

San Sebastián, 26 de Julio de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

L'omicidio negli Stati Uniti d'America, per Augusto Bosco. Roma, Tipografia nazionale, 1897.—Un folleto de 72 páginas en 4.º

El Sr. Bosco ha dado en este trabajo una nueva muestra de la grandísima competencia que tiene bien acreditada y que todos le reconocen en cuestiones de criminología y de estadística criminal.

Apoyándose en datos del mejor origen, teniendo presentes multitud de escritos que se relacionan con la materia de que trata, interpretando aquellos datos con todas las precauciones y discreción necesarias para que las inducciones no resulten hechas con precipitación y su valor sea, por tanto, problemático y discutible, y empleando el único procedimiento de estudio apto para que los resultados de la indagación sean, en lo que cabe, seguros, esto es, el procedimiento realista, ha escrito el autor una notable y muy completa monografía acerca de *El homicidio en los Estados Unidos de América*, considerando el problema desde diferentes puntos de vista: exponiendo primero cuáles son los hechos que, según las leyes norteamericanas, se conceptúan como homicidios y las clases de éstos que las mismas admiten; después, el número de homicidios que anualmente se cometen, las causas, tanto sociales como étnicas, á que los homicidios obedecen, el influjo que

en los mismos puede ejercer el factor geográfico, ó sea la distribución geográfica de los homicidios, el influjo de las condiciones biológicas y sociales (anomalías y enfermedades, sexo, edad, estado civil, profesión, desocupación, instrucción, etc.) de los sujetos homicidas, y finalmente la manera como se reprimen los delitos de que se trata, así cuando se hace uso de los medios y procedimientos legales, como cuando se prescinde de éstos y las masas populares se toman la justicia por su mano (ley de Lynch).

Acompañan al trabajo dos apéndices, en los que el Sr. Bosco nos muestra cuáles son las *especies de homicidio en las leyes de los varios Estados de la Unión* y las *penas que el homicidio tiene señaladas en las leyes de los varios Estados de la Unión*.

P. DORADO.

Prolegómenos de Derecho penal, por Emilio Brusa, con un apéndice sobre *El Derecho penal español* (Historia y fuentes). — Madrid, Hijos de Reus, editores, 1897.—Un volumen de 548 páginas: 7 pesetas.

Pertenece este libro á la «Biblioteca jurídica de autores españoles y extranjeros» que ha comenzado á publicar, bajo la dirección del sabio Catedrático de Madrid Sr. Azcárate, la casa editorial «Hijos de Reus.»

El trabajo del ilustre profesor de Turín, uno de los que, muerto Francisco Carrara, puede contarse entre los representantes más legítimos y más competentes en Italia de la dirección penal llamada «clásica», no contiene sino cuatro capítulos, en los cuales se limita el autor á tratar aquellos problemas que él, por lo visto, estima que son propios de una introducción al estudio del Derecho penal, á saber: el concepto de

esta disciplina y sus relaciones con otras, así como las relaciones de la función penal con otras funciones análogas; la discusión del fundamento del Derecho de penar y del fin de la pena; la exposición sucinta de la Historia del Derecho penal; las cuestiones referentes á la naturaleza de la ley penal, á la interpretación de la misma, á la eficacia de la ley penal con relación al tiempo, al lugar y á las personas, y á las disciplinas auxiliares del Derecho penal.

Hay bastantes tratadistas que siguen la misma conducta que Brusa, esto es, que discuten todas las materias indicadas, en la Introducción ó Prolegómenos del Derecho penal; yo creo, sin poder ahora entrar á justificar mi manera de concebir el asunto, que sólo tienen derecho á figurar en aquel puesto los problemas dilucidados en el capítulo primero de la obra de Brusa, y que los tratados en los otros tres capítulos (excepto lo que toca á las ciencias auxiliares, que esto sí es pertinente en la Introducción) corresponde al cuerpo mismo de la disciplina penal.

La cuestión, aunque otra cosa parezca, puede tener gran importancia, según se la mire.

Sobre las diferentes materias dichas, escribe el distinguido profesor con la erudición y competencia que son en él habituales, pero también, á menudo, con no poca obscuridad. Yo por lo menos le encuentro muy confuso á veces y tengo que hacer un intenso esfuerzo mental para seguirle en sus lucubraciones, que son de las que pasan por el ánimo del lector como sobre brasas, sin dejar en él apenas huella, y mucho menos el convencimiento.

Lo que sí merece bien la pena de leerse, por la multitud de ordenadas noticias que en pocas páginas contiene, es el apéndice que va al fin del libro, acerca de la *Historia y Fuentes del Derecho penal español*; apéndice que, aun cuando no lleva el nombre de su autor, bien se ve que éste es persona trabajadora y conocedora de lo que trae entre manos. Me han dicho que ha sido escrito por D. Constancio Bernaldo de Quirós, un

joven que *oficialmente* no es nada, pero que *realmente* es de mucho y verdadero provecho, uno de esos jóvenes de que tan necesitados estamos aquí en España y que tan caros se venden, por lo escasos.

P. DORADO.

Essais sur la conception materialiste de l'histoire, por Ant. Labriola, profesor en la Universidad de Roma, con un prólogo de G. Sorel.—1 vol., 348 págs., 3'50 francos. París, 1897. V. Giard y E. Brière, editores.

El libro del profesor italiano Sr. Labriola, se ha publicado en Francia en la interesante *Biblioteca socialista internacional*, donde también han visto la luz obras de Deville, y de Marx, y más recientemente la importantísima *Histoire du Trade Unionisme* de los señores Sidney y Beatriz Webb, de que daré cuenta en otro número. El trabajo del Sr. Labriola está basado en las enseñanzas de su cátedra de Roma, y puede considerarse como una exposición muy clara y concisa del socialismo, en una de sus tendencias más principales. De un lado, en el primer ensayo de los dos de que el libro consta, titulado *En memoire du Manifeste du parti communiste*, estudia los antecedentes del socialismo *científico* y comenta con gran competencia el célebre manifiesto, iniciador poderoso del movimiento formidable del proletariado como fuerza política internacional. Por otra parte, en el segundo ensayo, sobre el *Materialismo histórico*, desarrolla su doctrina filosófica capital desenvuelta también por Marx, y por Engels, y según la cual las actuales pretensiones del proletariado implican un proceso orgánico y responden á la marcha misma de la vida económica en la historia. Este último ensayo merece ser leído y meditado, no sólo por los partidarios del socialismo sino

por sus adversarios. Sabido es, que esto del *materialismo histórico*, ó de la concepción de la historia, como un proceso regular, evolutivo, movido principalmente por los estímulos económicos, es para el socialismo marxiano de importancia capital; por ella se justifica la oportunidad y se defiende el triunfo definitivo del movimiento socialista y proletario. Ahora bien: lo mismo los que propenden al socialismo por simpatía, por amor á la justicia ó sed de regeneración social, que aquellos que por cualquier motivo se oponen al triunfo de sus ideales, necesitan penetrar, hasta donde les sea dable, en esa concepción fundamental del marxismo, y nada más recomendable en verdad que el trabajo del profesor Labriola, para lograr enterarse, con leve esfuerzo, del alcance que la interpretación económica de la vida de la humanidad tiene en la filosofía de Marx.

Según el prologuista, Sr. Sorel, «la obra del Sr. Labriola tiene su puesto señalado en las bibliotecas al lado de los libros clásicos de Marx y de Engels: constituye, dice, una aclaración y un desenvolvimiento metódicos de una teoría que los maestros del pensamiento socialista nuevo, jamás han tratado de una manera didáctica. Es, pues, un libro indispensable para quien quiera comprender las *Ideas proletarias*.»

No me detendré á criticar el fondo de las ideas del profesor Labriola, pues esto exigiría *tomar posiciones*, no ya frente al contenido doctrinal del libro, sino frente al socialismo en general y más especialmente frente al *marxista*. Mi juicio, favorable en definitiva á la obra, se refiere sólo á su valor como exposición clara, simpática, atractiva, de una teoría social, sin duda discutible, pero, de todos modos, de altísima importancia filosófica y práctica.

Los *Ensayos* del profesor italiano terminan con la traducción completa del *Manifiesto del partido comunista*.

A. POSADA.

OBRAS NUEVAS

- Aragón Fernández (A.)—El Monasterio de Silos; estudio histórico. En 8.º, 168 págs.: 1 peseta.
- Asensi (J. de).—Auras de otoño. Cuentos para niños y niñas. En 8.º, 159 págs.: 1,25 pesetas.
- Idem.—Brisas de primavera. Cuentos para niños y niñas. En 8.º, 156 págs.: 1,25 pesetas.
- Azucena (La) del Tíber: Drama religioso en tres actos y en verso, por una religiosa de la Orden de Sancti Spiritus. En 8.º, 52 páginas: 2 pesetas.
- Baró (T.)—Cuentos del hogar. En 8.º, VIII-160 págs.: 1,25 pesetas.
- Bertrán Rubio (E.)—Los modernos derroteros de la higiene. Un problema de higiene resuelto. La habitación del obrero. En 8.º, 184 páginas: 2 pesetas.
- Biblioteca bascongada. *Tomos VII y VIII*. Fueros, privilegios, franquezas y libertades del M. N. y M. L. Señorío de Vizcaya. En 4.º, A. J. J. xv-415 págs.: 2 pesetas.
- Idem. *Tomo IX*. Euskariana, *parte segunda*. Fantasía y realidad, por Arturo Campión. (Euskal-erriaren alde.) En 4.º, 271 págs.: 2 ps.
- Idem. *Tomo X*. Los Isunzas de Victoria, por Julián de Apráiz. En 4.º, XII-220 págs.: 2 pesetas.
- Bonilla y San Martín (A.)—Concepto y teoría del Derecho; estudio de metafísica jurídica. En 8.º, 216 páginas: 2 pesetas.
- Borrell y Soler (A. M.)—Reseña leída en la sesión pública inaugural de la Academia de Jurisprudencia y Legislación de Barcelona, celebrada el día 23 de Abril de 1897. En 4.º, 16 págs.
- Bosque y Ros (R.)—Ensayos taurinos. (Coplas y semblanzas del arte y sus cultivadores). En 12.º, 23 págs.: 0,25 peseta.
- Brusa (E.)—Prolegómenos de Derecho penal. En 8.º, 551 págs.: 7 ps.
- Canalejo y Soler (J.)—La fotografía sin maestro. En 8.º, 163 páginas: 2 pesetas.
- Casadevall (F. J.)—Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. En 8.º, 475 págs.: 4 pesetas.
- Casares Gil (J.)—Elementos de análisis químico-cualitativo-mineral. En 4.º, 151 págs.: 4 pesetas.
- Ceballos Quintana (E.)—Capullos de rosa. Cuentos para niños y niñas. En 8.º, VIII-159 págs.: 1,25 pesetas.
- Idem.—Jazmines y violetas. Cuentos para niños y niñas. En 8.º, 4 hojas, 125 págs.: 1,25 pesetas.
- Cebrián (V.)—Concepto general de la hepatología. En 8.º, 16 páginas: 1 peseta.
- Idem.—Exploración clínica del hígado. En 8.º, 16 págs.: 1 peseta.
- Ciarán (A.)—Panegírico de Santo Tomás de Aquino. En 8.º, 32 pg.
- Código de comercio aumentado con la novísima ley de hipoteca naval. En 12.º, 478 págs.. En tela: 3 pesetas.
- Colección de documentos inéditos para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo (1518-1818), colectados y publicados por J. T. Medina. *Tomos XI y XII*. (*Valdivia y sus compañeros. IV y V*.) Santiago de Chile. En 4.º mayor, 557 y 448 págs. Cada tomo 15 pesetas.
- Díez de Tejada (V.)—Cuentos piadosos. En 8.º, XII-156 páginas: 2 pesetas.
- Echegaray (J.)—Lecciones sobre resoluciones de ecuaciones y teoría de Galois. En 4.º, págs. 1 á 272.
- Escalafón general de los catedráticos de las Universidades del reino en 1.º de Enero de 1897. En 8.º, 82 págs.
- Escalafón general de los jefes y oficiales del Cuerpo administrativo del Ejército en 1.º de Enero de 1897. En 12.º, apaisado, 59 páginas.
- España (G. R.)—Novísimo manual de jurisprudencia. Memorandum

- de Derecho administrativo. En 8.º, 256 págs. En piel: 3 pesetas.
- Idem.—El matrimonio según el derecho vigente. *Tomo I*. En 8.º, 238 págs.: 2 pesetas.
- España ilustrada: vistas, monumentos, escultura y pintura. Hauser y Menet. S. a. (1897.) En 4.º, apaisado. Láminas en fototipia y una hoja con explicación de las mismas, á dos columnas. *Cuadernos 8 á 11*. Cada cuaderno de 5 láminas: 1 peseta.
- Galindo Pardo (L.)—Explicación doctrinal y práctica del libro III del Código civil. En 4.º, XIII-882 págs: 12 pesetas.
- García Icazbalceta (J.)—Obras. Tomo IV. (Biografías II.) Méjico. Imprenta de V. Agueros, editor. 1897. En 8.º, 445 págs: 6 pesetas.
- García Ladevese (E.)—El ídolo; novela contemporánea. En 4.º, 332 páginas: 9 pesetas.
- Gómez Arca.—El vocabulario castellano: estudio metódico y progresivo de las palabras del lenguaje usual. En 8.º, 144 páginas: 1,50 pesetas.
- Gómez Carrillo (A.)—Historia de la América Central. *Tomo IV*. En 4.º, XVI-359 páginas.
- Gómez Zarzuela (V.)—Guía oficial de Sevilla y su provincia para 1897. *Año XXXIII*. En 4.º, 411. CCLII págs.: 5 pesetas.
- Granada (D.)—Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de La Plata. Montevideo. Impr. Artística de Dornaleche y Reyes. 1896. En 8.º mayor, XXI-669 págs. Tela-26 pesetas.
- Isern (D.)—Problemas y teoremas económicos, sociales y jurídicos. *Tomo I*. En 8.º, VIII-334 págs.: 4 pesetas.
- Izquierdo (H.) y Camino (J.)—El instalador de teléfonos. En 4.º, 167 páginas.: 3 pesetas.
- Just y Lloret (A.)—Manual de derecho para los aspirantes al cargo de procurador en Audiencia territorial ó juzgados de 1.ª instancia. En 4.º, IV-360 págs.: 10 pesetas.
- Lisbona Fabrat (E.)—Los Bancos de emisión de Europa. Sus leyes, organización, capital, operaciones, circulación fiduciaria y existencias metálicas. En 4.º mayor, XXXII-655 págs.: 20 pesetas.
- Lucrecio Caro (T.)—De la naturaleza de las cosas; poema en seis cantos, traducido por D. José Marchena. En 8.º, xxx-349 páginas: 3 pesetas.
Biblioteca clásica. *Tomo 200*.
- Maistre (J. de).—La joven siberiana ó el amor filial. En 12.º, 120 págs.: 0,50 céntimos.
- Márquez Rodríguez (M.)—Las parálisis alternas. (Estudio de diagnóstico topográfico de las lesiones en los centros nerviosos.) En 8.º, 79 págs.: 2 pesetas.
- Martínez Reguera (L.)—Bibliografía hidrológico-médica española. *Segunda parte*. (Manuscritos y biografías.) En 4.º mayor, 2 tomos XL-637 y 886 págs.
- Mas i Jornet (C.)—Satires morals, per Claudi Mas i Jornet. En 8.º, 102 págs.: 2 pesetas.
- Menor (E.)—La carrera de Aduanas ó guía para ingresar en este Cuerpo del Estado. En 8.º menor, 160 págs.: 2 pesetas.
- Merino (B.)—Contribución á la flora de Galicia. La vegetación espontánea y la temperatura en la cuenca del Miño. En 4.º, XXV II-320 págs.: 4 pesetas.
- Mitología (La) en el arte clásico. (Dioses y Diosas. Héroes y semidioses. El mundo físico y el mundo moral, etc., etc.) con 30 grabados. En 8.º, 79 págs.: 1 peseta.
- Morera y Galicia (M.)—Poesías. En 8.º, 191 págs.: 2 pesetas.
- Moyano y Moyano (P.)—Compendio de zootecnia especial. En 8.º mayor, xv -212 págs.: 6 pesetas.
- Muñoz de Madariaga (J. J.)—Lecciones de Mineralogía. En 4.º, 754 págs.: 23 pesetas.
- Nieto Serrano (M.)—Historia crítica de los sistemas filosóficos. En 4.º, VI-495 págs.: 3,50 pesetas.
- Pérez Nieva (A.)—Diminutas (novelitas). En 12.º, 122 págs.: 50 céntimos.

Permanyer y Ayats (J. J.)—Discurso. En 4.º 39 págs.

Tema: Agravios que sufre la sociedad en general de los vicios de nuestro sistema tributario.

Pont (J. B.)—El aguinaldo. En 8.º, 20 págs.: 50 céntimos.

Pulido Fernández (A.)—La pena capital en España. En 8.º, 215 páginas: 2 pesetas.

Ramón de Luanco (J.)—La alquimia en España. Escritos inéditos, noticias y apuntamientos que pueden servir para la historia de los adeptos españoles. *Tomo II*. En 8.º, 289 págs.: 2 pesetas.

Redel (E.)—Obras literarias, de Enrique Redel. *Tomo I*. (Amapolas.—Al aire libre.—Algo de letras.—Predicar en desierto.—Donde menos se piensa.—Turbas y espectáculos.—Cartas de un lego.—Almanzor.—En zig-zag).—En 4.º, xvi-497 págs.: 5 pesetas.

Regis Planchet (F.)—Tratado del matrimonio. *Tomo I*. En 4.º, 175 págs.: 2,50 pesetas.

Reina (M.)—Rayo de sol; poema y otras composiciones. En 8.º, 66 páginas: 1 peseta.

Saavedra (E. R. de).—Cuadros de la fantasía y de la vida real. *Tomo I*. En 8.º, 191 págs.: 2 pesetas.

Saboni (L.)—Plaza partida. Rafaela la generosa. Katipunán literario. En 12.º, 64 págs.: 1 peseta.

Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias, en la recepción pública del Excmo. Sr. Don Práxedes Mateo Sagasta, el día 20 de Junio de 1897. En 4.º, 66 páginas.—Contestación por el Excmo. Sr. D. Cipriano Segundo Montesino.

Tema: El concepto de las Academias de Ciencias, distinto según los tiempos y países; su origen, desenvolvimiento, organización y fin á que deben aspirar en el estudio y aplicación de los conocimientos que son objeto de su instituto.

Salazar (F.)—Algo de todo. En 12.º, 191 págs.: 50 céntimos.

San Martín y Aguirre (J. F.)—Fili-granas íntimas; poesías. En 8.º, 202 págs.: 2,50 pesetas.

Siles (J. de).—Los mil y un cuentos. *Vol. V*. En 8.º, 30 págs.: 25 céntimos.

Soler (S. S.)—Curso abreviado de geometría. 15 págs.: 1,50 pesetas.

Soto y Calvo (F.)—Cuentos de mi padre. Buenos-Aires. Impr. de Pablo E. Coni é hijos. 1897. En 8.º, 359 páginas.

Tablas de valores para la estadística comercial de los años de 1895 y 1896, publicadas por el Consejo de Aduanas y Aranceles. En 8.º mayor, 56 páginas.

Trigo (F.)—La campaña filipina (impresiones de un soldado). I. El general Blanco y la insurrección. En 8.º, 92 págs.: 1,50 pesetas.

Utrilla y Calvo (F.)—Lucha de ideas, les. Morriones, sotanas y boínas-novela original. En 8.º, 599 páginas: 3 pesetas.

Valdés Riesco (A.)—Quiebras. Comentarios al libro IV del Código de Comercio. *Tomo I*. Santiago de Chile. Establecimiento polig. Roma, 1897. En 4.º, xvi-357 páginas: 12,50 pesetas.

Vasconcellos (J. de).—Damião de Goes. (No cuarto centenario da India Portuguesa). Novos estudos. En 4.º, xxiii-153 págs.: 12 pesetas.

Tirada de 100 ejemplares numerados, papel de hilo.

Velasco (C.) y Montero Daza (J.)—Manual completo de desamortización é investigación, venta de fincas de bienes nacionales, excepciones civiles y eclesiásticas, propios, montes, parte práctica y administradores de bienes del Estado. En 4.º, viii-491 págs.: 16 pesetas.

Vidar (L.)—Dos nuevos historiadores de la Vida de Cervantes. Carta dirigida al Sr. D. Leopoldo Rius y Llosellas, ilustre cervantista. En 8.º, 14 páginas.

Villaseñor y Villaseñor (A.)—Obras. I Estudios históricos. Méjico. Imprenta de V. Agüeros, editor, 1897. En 8.º, xvi-509 págs.: 6 pesetas.

Biblioteca de autores mejicanos. *Tomo 7*.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Teresa</i> (novela), por Neera.....	5
<i>Cleopatra</i> , por el Marqués de Valmar.....	71
<i>Propaganda regional en España</i> , por Pablo de Alzola.....	89
<i>Curiosidades acerca de la invención de la pólvora</i> , por Joaquín Olmedilla y Puig.....	113
<i>La prensa internacional.—Una vuelta por Inglaterra</i> , por H. Taine	130
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	148
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	169
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y A. Posada.....	192
<i>Obras nuevas</i>	197

LIBROS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA ADMINISTRACIÓN DE

LA ESPAÑA MODERNA

Cuesta de Santo Domingo, 16, pral.—MADRID.

Aguanno (José D.)—*La Génesis y la evolución del Derecho Civil*, según los resultados de las ciencias antropológicas é histórico sociales, con una introducción de G. P. Chironi. Traducción de P. Dorado. Un gran vol. 4.º m., 15 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades.

Idem.—*La reforma integral de la Legislación Civil*; traducción de P. Dorado. Un vol en 4.º m., 4 pesetas

Alcofurado (Mariana).—*Cartas amorosas de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamillj*. Un vol. impreso en cartulina, edición de bibliófilo, tirada de 200 ejemplares, á 3 ptas.

Son las más bellas cartas de amor que existen impresas.

Anónimo.—*¡Academicas?* Curiosísimo librito anónimo, una peseta.

Anónimo.—*Currita Albornoz al Padre Coloma*. Un vol. una peseta.

Araujo y Sánchez (Ceferino).—*Goya*, estudio biográfico crítico, con el catálogo de sus obras. Un vol. en 4.º m., edición de bibliófilo, tirada de 300 ejemplares, á 3 pesetas.

Arenal (Concepción).—*El Visitador del preso*, 3 pesetas. *El Derecho de Gracia ante la justicia y El reo, el pueblo y el verdugo*, 3 pesetas. *El Delito colectivo*, 1,50 pesetas.

Arnold (Mateo).—*La Crítica en la actualidad*, 3 pesetas.

Asensio (J. M.)—*Fernán Caballero*, una peseta. *Martín Alonso Pinzón* (estudio histórico), 3 pesetas.

Asser (T. M. C.)—*Derecho internacional privado*; obra completada por Alfonso Rivier; traducida, prolongada y anotada por J. F. Prida, profesor de esta asignatura en la Universidad de Valladolid. Un volumen en 4.º m., 6 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades.

Balzac (Honorato).—*Eugenia Grandet. Papá Goriot. Ursula Mirouet. César Birotteau. La quiebra de César Birotteau*. Cinco volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

Barbey d'Aurevilly (J.)—*El Cabello. El Dandismo y Jorge Brummel. Venganza de una mujer. Las Diabólicas. Una historia sin nombre. La Hechizada*. Seis volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

Baudelaire (Carlos).—*Los paraísos artificiales*, un vol., 3 pesetas.

Becerro de Bengoa (Ricardo).—*Trueba*, biografía, una peseta.

Bergeret (Gastón).—*Eugenio Mouton (Merinos)*, una peseta.

Bourget (Paul).—*Hipólito Taine*, biografía, 50 céntimos.

Buylla (Adolfo A.)—*Economía*. Un vol. en 4.º m., de 676 págs., 12 pesetas.

Esta obra comprende ocho partes que constituyen la Economía política, cada una de ellas á cargo de un profesor especialista, en la siguiente forma: I. Concepto de la Economía y carácter de su ciencia, por Adolfo A. Buylla.—II. Los conceptos fundamentales de la Eco-

nomía Social, por J. G. Neumann.—III. La producción económico-social, por F. Kleinwaechter.—IV. La formación del precio, por F. G. Neumann.—V. La Moneda, por E. Nasse.—VI. El Crédito y los Bancos, por Ad. Wagner.—VII. La distribución económico-social, por F. Mithoff.—VIII. El consumo económico social, por G. Lexis.

Sirve de texto en varias Universidades.

Campe (Enrique).—*Historia de América*, con notas y aclaraciones de Fernández Duro: dos volúmenes, 6 pesetas.

Campoamor (Ramón de).—*Ternezas y Flores, Ayes del alma, Fábulas*. En un solo volumen, 3 pesetas. *Doloras y Humoradas*. Todas en un solo vol., 3 pesetas. *Cánovas*, estudio biográfico, una peseta.

Carnevale (Manuel).—*La cuestión de la pena de muerte*. Un volumen, 3 pesetas.

Idem.—*Filosofía jurídica*. Un vol. en 4.º mayor, 5 pesetas.

Contiene: Ciencia criminal y ciencia penal. El Derecho. La pena en el Derecho. Noción de la pena. Función de la pena. El principio ideal en la pena. Auxiliares de la pena. Decadencia de la pena.

Caro (E.).—*El pesimismo en el siglo XIX. El suicidio y la civilización. Costumbres literarias. Littré y el positivismo. El Derecho y la fuerza, ó Kant y Bismark*. Cinco vols., á 3 pesetas cada uno.

Coppé (Francisco).—*Un idilio*, 3 pesetas. Delicadísima novela.

Cherbuliez (Víctor).—*Mis Rovel. La Tema de Juan Tozudo. Amores frágiles. Paula Meré. Meta Holdenis*. Cinco vols., á 3 pesetas cada uno.

Daudet (Alfonso).—*Jack*, dos tomos. *La Evangelista. El sitio de París. Novelas del lunes. Cartas de mi molino. Tartarín en los Alpes. Cuentos y fantasías*. Ocho volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

Dorado (Pedro).—*Concepción Arenal*, una peseta. *Problemas jurídicos contemporáneos*. Un vol. en 4.º m., 3 pesetas.

Dostoyuski (Fedor).—*La Casa de los*

muertos, 3 pesetas. *La Novela del presidio*, 3 pesetas.

En estas dos obras relata de mano maestra, el ilustre novelista ruso, todos los trágicos incidentes de sus prisiones en Siberia.

Engels (Federico).—*Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Un vol. en 4.º m., de 336 páginas, 6 pesetas.

Es la obra más notable que ha producido el socialismo, después de *El Capital* de Marx.

Fernán Flor—*Zorrilla*, una peseta. *Tamayo*, una peseta.

Fernández Guerra (Aureliano).—*Don Juan Eugenio Hartzembusch*, una peseta.

Ferrán (Augusto).—*Obras completas*, 3 pesetas.

Comprende: Prólogo, por Gustavo Becquer, y Cantares del pueblo, La Soledad, la Pereza, Una inspiración alemana, El Puñal, Epitafio de una joven y traducciones é imitaciones de Enrique Heine.

Es un precioso libro que debe conocer todo el que haya leído las obras de su émulo Becquer, á quien supera muchas veces.

Ferri (E.).—*Estudios de Antropología*, 3 pesetas. *Nuevos estudios de Antropología*, 3 pesetas.

Idem (en colaboración con Lombroso, Garofalo y Fioretti).—*La Escuela criminológica positiva*. Un vol. en 4.º mayor, 7 pesetas.

Flaubert (Gustavo).—*Un corazón sencillo*, 3 pesetas.

Foillée (Alfredo).—*Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

Idem.—*La Ciencia social contemporánea*, traducción, prólogo y notas de Adolfo Posada. Un vol. en 4.º m., 8 pesetas.

Idem.—*Historia de la Filosofía*, dos vols. en 4.º m., 12 pesetas.

Framarino dei Malatesta (Nicolás).—*Lógica de las pruebas en materia criminal*. Dos grandes vols., 15 pesetas.

Esta obra, digno complemento del *Tratado de las pruebas en materia civil*, de Ricci, ha tenido un

éxito enorme en Italia y viene á llenar completamente entre nosotros la necesidad sentida por los profesores de Derecho, abogados, jueces y magistrados, de un buen tratado rigurosamente científico y eminentemente *práctico* acerca de las pruebas en materia criminal. Ninguno de los problemas relativos á la indicada *prueba* queda por estudiar en este precioso libro. Empieza por una preparación lógica; luego estudia las cuestiones generales de *la prueba*, su naturaleza, sus reglas, su clasificación, el peso de la prueba; siguen las diferentes pruebas particulares, directas é indirectas (especialmente las indirectas), reales y personales, dedicando todo el tomo segundo á hacer un examen, el más completo que existe, sobre la prueba testifical, la documental y la material.

Garofalo (R.) — *La Criminología*, estudio sobre el delito y sobre la teoría de la represión, con un apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli, traducción por P. Dorado. Un gran vol., 10 pesetas.

Idem. — *Indemnización á las víctimas del delito*. Traducción y estudio crítico, por P. Dorado. Un volumen en 4.º m., 4 pesetas.

Idem. — *La superstición socialista*. Un vol. en 4.º m., 5 pesetas.

Idem (en colaboración con Lombroso, Ferri y Fioretti). — *La escuela criminológica positiva*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

Gautier (Teófilo). — *Bajo las bombas prusianas. — Nerval y Baudelaire. — Madama de Girardin y Balzac*, tres tomos, á 3 pesetas cada uno. — *Enrique Heine*, biografía, una peseta.

Gay (Sofía). — *Salones célebres*, 3 pesetas.

Gladstone (W. E.) — *Los grandes nombres*. Un vol. en 4.º m., 5 ptas.

Ocúpase el insigne político inglés en esta obra de los hombres ilustres que han contribuído al progreso de la humanidad.

Idem. — *Lord Macaulay* (biografía), una peseta.

Goncourt (Los hermanos). — *Querida. — Renata Mauperin. — Germinia Lacerteux. — La Elisa. — La Faustin. — La Señora Gervaisais*. Seis tomos, á 3 pesetas cada uno.

Idem. — *Historia de María Antonieta, reina de Francia*. Un vol. en 4.º m., de 384 páginas, 7 pesetas.

Idem. — *Historia de la Pompadour*. Un vol. en 4.º m., 6 pesetas.

González (Carlos). — *Derecho usual. Resumen de los principios generales del Derecho y del Derecho positivo español*. Un vol. en 4.º mayor, encuadernado en tela, 5 pesetas.

Esta obra es de utilidad grandísima para quien quiera conocer el Derecho sin estudiar la carrera, para quien desee recordar los conocimientos adquiridos, y principalmente para repaso de las asignaturas con objeto de tomar el grado. A este fin la emplean con grandísimo éxito los estudiantes.

Goschen (C. J.). — *Teoría sobre los cambios extranjeros, con una introducción del marqués de Villaviciosa de Asturias*. Un vol. en 4.º m., de 320 páginas, 7 pesetas.

Grave (Juan). — *La sociedad futura*. Traducción del Dr. Marco. Un volumen en 4.º m., 8 pesetas.

En esta importantísima obra se estudia lo que será la sociedad anarquista.

Gross (Hans). — *Manual del Juez*, para uso de los jueces de instrucción y municipales, Gobernadores de provincia, Alcaldes, Escribanos, Oficiales y Subalternos de la Guardia civil, Agentes de policía, etc. Obra traducida del alemán é ilustrada con multitud de grabados. Un vol. en 4.º m., 12 pesetas.

Los grandes progresos realizados últimamente en el descubrimiento y captura de criminales en todas las naciones, se deben á la publicación de esta obra.

Trata, entre otras muchas materias: Del conocimiento de los hombres. Del interrogatorio. De los testigos. De la inspección ocular. De los peritos. De los médicos. De los casos que entran en el dominio de la medicina legal. De las hue-

- llas. De las manchas. De la fotografía. De la antropometría. Prácticas de los rufianes. Robos y secuestros. La superstición. La criptografía. La prensa periódica. Las lesiones. Las armas. Las estafas. Autores, cómplices y encubridores. De los incendiarios. Delitos cometidos empleando procedimientos científicos. Daños y perjuicios, etc.
- Cumplowicz (Luis).**—*Derecho político filosófico*, traducción del alemán, prólogo y notas, por P. Dorado. Un vol. en 4.º m., 10 pesetas. De texto en varias Universidades.
- Idem.**—*La lucha de razas*. Un volumen en 4.º mayor, 8 pesetas.
- Guyau (M.)**—*La educación y la herencia*, estudio sociológico traducido, prolongado y anotado por A. Posada. Un vol. en 4.º m., 8 pesetas.
- Heine (Enrique).**—*Memorias*, 3 pesetas.
- Pocos libros más encantadores que este, en el cual el gran poeta nos cuenta sus aventuras.
- Howard Collins (F.)**—*Resumen de la filosofía de Herbert Spencer*, con un prólogo de Herbert Spencer. Dos vols. en 4.º m., 15 pesetas.
- El ilustre filósofo inglés ha declarado que este Resumen está muy bien hecho, y que es indispensable para quien quiera conocer á fondo su filosofía.
- Hunter (Guillermo A.)**—*Sumario de Derecho Romano*. Un vol. en 4.º mayor, 4 pesetas.
- No hay estudiante inglés que no curse por este libro, al que llaman *the little Hunter* (el pequeño Hunter), dándole el nombre de su ilustre autor, que actualmente ocupa la cátedra de Sumner Maine.
- No existe libro que resuma mejor, ni con más claridad, ni en menos páginas, 220, el Derecho romano; por esto se valen de él para aprender muy bien en pocos días la asignatura los estudiantes ingleses, y ha sido aceptado con igual éxito por los españoles.
- Kells Ingram (Juan)**—*Historia de la Economía política*, traducida del inglés por M. de Unamuno. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.
- Kidd (B.)**—*La evolución social*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.
- Krapotkin (Príncipe Pedro)**—*La conquista del pan*, 3 pesetas.
- Lange (A.)**—*Luis Vives*, traducción del alemán, revisada por M. Menéndez y Pelayo. Un vol. en 4.º mayor, 2,50 pesetas.
- El mayor elogio que puede hacerse de esta obra es recordar que su autor escribió la célebre *Historia del materialismo*.
- Laveleye (E.)**—*Economía política*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.
- Esta obra del ilustre profesor de Economía en la Universidad de Lieja, es completísima, alcanzando hasta el socialismo y la anarquía en sus últimas manifestaciones.
- De texto en varias Universidades.
- Lombroso (César)**—*El hipnotismo. Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología. Últimos progresos de la Antropología*. Tres volúmenes, á tres pesetas cada uno.
- Idem** (en colaboración con Ferri, Garofalo y Fioretti).—*La escuela criminológica positiva*. Un volumen en 4.º mayor, 7 pesetas.
- Lubbock (Sir John)**—*La vida dichosa*, 3 pesetas.
- Martens (F. de)**—*Tratado de Derecho Internacional*. Prolongado y anotado por F. Prida, profesor de esta asignatura en la Universidad de Valladolid. Tres volúmenes en 4.º m., 22 pesetas.
- Esta obra del ilustre profesor de San Petersburgo, es el mejor tratado de Derecho internacional, público y privado, que actualmente existe.
- De texto en muchas Universidades.
- Maupassant y Alexis**.—*Emilio Zola*, biografía, una peseta.
- Macaulay (Lord)**—*Estudios jurídicos*, dos vols., 6 pesetas.
- Manduca (F.)**—*El procedimiento penal y su desarrollo científico*. Traducción, prólogo y notas por A. Pintós. Un vol. en 4.º mayor, 5 pesetas.
- Menéndez y Pelayo (Marcelino)**—*Núñez de Arce*, una peseta.—*Martínez de la Rosa*, dos biografías, cada una, una peseta.

Merimée (Próspero).—*Colomba*, 3 pesetas.—*Mis perlas*, 3 pesetas.

Meyer (F.).—*Derecho administrativo. La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria, seguida de la organización administrativa en España*, por Adolfo Posada. Un vol. traducido del alemán, 5 pesetas.

II tomo.—*La Administración social. Exposición crítica de las teorías y legislaciones administrativas modernas más importantes*, por A. Posada. Un vol., 5 pesetas.

Miraglia (Luis).—*Filosofía del Derecho*: dos volúmenes en 4.º mayor, 15 pesetas.

Hermosa obra que compendia todos los adelantos en la materia.

Molins (Marqués de).—*Bretón de los Herreros*, una peseta.

Neumann (Barón Leopoldo de).—*Derecho Internacional público moderno*; obra traducida del alemán, prolongada y anotada por A. Sela, profesor de esta asignatura en la Universidad de Oviedo. Un vol. en 4.º m., 6 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades y en la Escuela superior de Guerra.

Pardo Bazán (Emilia).—*El Padre Coloma*, 2 pesetas. *Alarcón*, 1 peseta. *Campoamor*, 1 peseta.

Passarge (L.).—*Ibsen*, 1 peseta.

Picón (J. O.).—*Ayala*, 1 peseta.

Posada (Adolfo).—*Derecho Administrativo. La Administración política y la Administración social. Exposición crítica de las teorías y legislaciones administrativas modernas más importantes*. Un vol., 5 pesetas.

La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria, obra escrita en alemán por F. Meyer, con introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada. Un vol., 5 pesetas.

Renán (Ernesto).—*Mi infancia y mi juventud*, 3 pesetas. *Memorias íntimas* (dos tomos), 6 pesetas. *Estudios de Historia religiosa*. Un vol. en

4.º m., 6 pesetas. *La vida de los Santos*. Un vol. en 4.º m., 6 pesetas.

Ricci (Francisco).—*Tratado de las pruebas (en derecho civil)*. Traducción aumentada con notas y apéndices relativos á la legislación y á la Jurisprudencia española, por Buylla y Posada. Dos vols. en 4.º m., 20 pesetas.

Comprende: De la prueba en general. De la prueba por escrito. Del documento público. Del documento privado. De la prueba testifical. De la confesión. Del juramento decisorio. Del juramento de oficio. De la cosa juzgada.

Sainte-Euве. (C. A.).—*Tres mujeres* (Madama de Staël, Madama de Sevigne y Juliana de Krudner. Apéndice: El salón de la Baronesa de Staël.) Un vol., 3 pesetas. *Retratos de mujeres* (Madamas de Souza, de Pontivy, Durás, Roland y Guizot.) Un vol., 3 pesetas.

Sardou (Victoriano).—*La perla negra* (novela) 3 pesetas.

Savigny (F. de).—*De la vocación de nuestro siglo para la Legislación y para la Ciencia del Derecho*. Un vol. en 4.º m., traducido del alemán, 3 pesetas.

Schopenhauer (Arturo).—*Estudios escogidos*, 3 pesetas.

Idem.—*Fundamento de la moral*. Un vol. en 4.º m., 5 pesetas.

Idem.—*El mundo como voluntad y como representación*. Tomos 1.º y 2.º en un vol. en 4.º m., 12 pesetas.

Sighele (Scipión).—*El delito de dos*: ensayo de psicología morbosa. Un vol. en 4.º mayor, 4 pesetas.

Comprende: La sugestión en el delito. Sugestión de un delincuente sobre otro. La pareja sana. La pareja suicida. La pareja demente. Los Goncourt. Eloisa y Abelardo. Carlyle y su esposa. Ideas de Schopenhauer, Espinas y Roger. Los esposos asesinos. Los amantes asesinos. La pareja infanticida. El infanticidio. El aborto. La cortesana y el *souteneur*. La pareja tribadita y la pareja cinédica, etc.

Idem.—*La muchedumbre delincuente*, ensayo de Psicología colectiva. Un vol. en 4.º m., 4 pesetas.

- Idem.**—*Teoría positiva de la compli-
cidad.* Un volumen en 4.º m., 5 pe-
setas.
- Spencer (Herbet).**—*La Justicia.* Un
vol. en 4.º m., 7 pesetas. *Las Insti-
tuciones eclesiásticas.* Un vol. en 4.º
m., 6 pesetas. *La moral de los di-
versos pueblos y la moral personal.*
Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. *La Be-
neficencia.* Un vol. en 4.º m., 6 pe-
setas. *El organismo social.* Un vo-
lumen en 4.º m., 7 pesetas. *Institu-
ciones sociales.* Un vol. en 4.º m., 7
pesetas. *Instituciones políticas.* Dos
vols. en 4.º m., 12 pesetas. *El Pro-
greso, su ley y su causa.* Un vol. en
4.º m., 7 pesetas. *De las leyes en ge-
neral.* Un vol. en 4.º m., 8 pesetas.
Exceso de legislación. Un vol. en 4.º
m., 7 pesetas. (Contiene: Exceso de
Legislación. Para qué es bueno el
sistema representativo. La reforma
parlamentaria. Intrusión del Esta-
do en la circulación monetaria y
fiduciaria. Administración especia-
lizada. Stuart Mill contra Hamil-
ton. De la libertad á la esclavitud).
Ética de las prisiones. Un vol. en
4.º m., 10 pesetas. (Contiene: Ética
de las prisiones. La Ética de Kant.
Ética política absoluta. Moral del
Comercio. Moral y policía de los
ferrocarriles. La sabiduría colecti-
va. Fétichismo político. Ensayo de
Estética. Filosofía del Estilo. Uso
y belleza. Las fuentes de los tipos
arquitectónicos. La gracia. La be-
lleza personal. Origen y función de
la música. Fisiología de la risa. Las
maneras y la moda. Los ameri-
canos.)
- Sthal (Federico Julio).**—*Historia de
la Filosofía del Derecho,* con prólo-
go de E. Gil y Robles, profesor en
la Universidad de Salamanca. Un
vol. en 4.º m., 12 pesetas.
Esta es la mejor obra del sabio
profesor de la Universidad de Ber-
lín, Federico Julio Sthal.
- Stendhal.**—*El amor,* 3 pesetas.—*Cu-
riosidades amatorias,* 3 pesetas.
- Stuart Mill (John).**—*Mis memorias,*
3 pesetas. Precioso volumen en el
cual el gran filósofo nos cuenta su
vida con absoluta sinceridad.
- Sumner-Maine (Sir H.)** *El antiguo
derecho y la costumbre primitiva.*
Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.
- Idem.**—*La Guerra según el Derecho
internacional.* Un vol. en 4.º m., 4
pesetas.
- Idem.**—*Historia del Derecho.* Un vo-
lumen en 4.º m., 8 pesetas.
- Idem.**—*Las Instituciones primitivas.*
Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.
(Contiene: El antiguo Derecho.
El parentesco considerado como
fundamento de las sociedades. La
tribu y la tierra. El jefe y la aris-
tocracia. El jefe y la tierra. Anti-
guas divisiones de la familia. Cómo
se propagan las ideas primitivas.
Formas del procedimiento en de-
recho romano, teutónico, brehon é
indio. Historia del régimen de los
bienes de la mujer casada. La So-
beranía. Los Imperios).
- Supino (David).**—*Derecho Mercan-
til,* traducido y anotado extensa-
mente por Lorenzo Benito, cate-
drático de esta asignatura en la
Universidad de Valencia. Un vo-
lumen en 4.º m., 12 pesetas.
Sirve de texto en varias Univer-
sidades y Escuelas de Comercio.
- Taine (Hipólito).**—*Filosofía del Ar-
te. La pintura en los Países Bajos.*
*El Arte en Grecia. El ideal en el
Arte. Viaje á Italia: Nápoles, Roma*
(2 tomos), *Florencia, Venecia, Mi-
lán.* Diez volúmenes, á 3 pesetas
cada uno.
- Idem.**—*Historia de la literatura in-
glesa contemporánea.* (Dickens,
Thackeray, Macaulay, Carlyle,
Stuart Mill, Tenyson). Un vol. en
4.º m., 7 pesetas.
- Idem.**—*Historia de la literatura in-
glesa.* Los orígenes, Un vol., en 4.º
m., 7 pesetas.
- Tarde (G.)**—*Estudios penales y so-
ciales.* Un vol., 3 pesetas.
Comprende: El sufragio univer-
sal. El amor morboso. El atavismo
moral. La arqueología criminal.
Despoblación y civilización).
- Idem.**—*La criminalidad comparada.*
Un vol., 3 pesetas.
(Comprende: El tipo criminal.
La estadística criminal. Problemas
de la penalidad. Problemas de la
criminalidad).

Idem.—*El duelo y el delito político.* Un vol., 3 pesetas.

(Comprende: El duelo. El duelo en lo pasado. El duelo en lo presente. El duelo, sus causas y remedios. Los duelos en Italia. Los duelos en Francia. El delito político).

Idem.—*Las transformaciones del Derecho.* Traducción, prólogo y 120 notas, por A. Posada. Un volumen en 4.º m., 6 pesetas.

(Contiene: Derecho criminal. Procedimiento. Régimen de las personas. Régimen de los bienes. Obligaciones. El derecho natural. El Derecho y la Sociología.)

Torold Rogers (James E.)—*Sentido económico de la Historia.* Un vol. en 4.º m., 10 pesetas.

Esta es una de las más importantes obras de nuestra colección. Explica la Historia á través de la economía política.

Tcheng-Ki-Tong.—*La China contemporánea,* 3 pesetas.

Tolstoy (Conde León).—*La sonata á Kreucer. Marido y mujer. Dos generaciones. El ahorcado. El príncipe Nekhli En el Cáucaso. La muerte. El sitio de Sebastopol. Los cosacos. Iván el Imbécil. El canto del cisne. El camino de la vida. Placeres viciosos. El dinero y el trabajo. El trabajo. Mi confesión. Los hambrientos. ¿Qué hacer? Lo que debe hacerse. Mi infancia. Fisiología de la guerra. La escuela de Yasnaia Poliana. Mi juventud.* 23 vols., á 3 pesetas cada uno.

Turgueneff (Iván).—*Humo. Nido de hidalgos. El judío. El rey Lear de la Estepa. Un desesperado. Primer amor. Aguas primaverales. Demetrio Rudin. El reloj. Padres é hijos. La guillotina.* Once vols., á 3 pesetas cada uno.

Uriel Hancock (Anson).—*Historia de Chile,* traducida del inglés. Un vol. en 4.º m., 8 pesetas.

Esta interesantísima historia alcanza hasta el año 1893.

Valera (Juan).—*Ventura de la Vega,* 1 peseta. *Currita Alborno al Padre Coloma,* 1 peseta.

Varios autores.—*Cuentos escogidos.* «El gallo del campanario», por

Eugenio Moutón (Merinos.) «La Criadita», por Cátulo Mendes. «Sganarelle», por Teodoro de Banville. «La obra maestra del crimen», por Juan Richepin. «Los Generales y el Mugik», por Chchedrine. «La partida de Chaquete», por Próspero Merimée. «El Ayuno», por Emilio Zola. «Christel», por Sainte Beuve. «El pan bendito», por Francisco Coppé. «Una Condesa», por Alfonso Daudet.

Varios autores.—*El Derecho y la Sociología contemporáneos,* por Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forjas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña, etcétera.

Esta hermosa obra, de 800 páginas en 4.º mayor, contiene todos los progresos y el estado actual del Derecho y la Sociología; precio, 12 pesetas.

Varios autores.—*La Escuela criminológica positiva,* por Lombroso, Ferri, Garófalo y Fioretti. Un volumen en 4.º m., 7 pesetas.

Renombrada obra, en la cual exponen sus teorías los cuatro jefes de la escuela positivista de Derecho penal.

Varios autores.—*Estudios de higiene en general,* traducidos del alemán por F. Murillo. Un vol. de 300 páginas, 3 pesetas. Comprende: «Desarrollo histórico de la Higiene pública», por A. Hirsch, profesor en Berlín. «Patología comparada de las razas», por J. B. Stokirs, profesor en Amsterdam. «Las infecciones en la guerra», por R. Koch, profesor en Berlín. «Cómo degeneran las naciones: Causas y remedios», por A. Wurzburg, jefe de estadística en Berlín.

Varios autores.—*Novelas y caprichos.* Comprende: «Sopas de ajo», por el doctor Thebussem. «El collar de Perlas», por Manuel del Palacio. «Virtudes premiadas», por Jacinto Octavio Picón. «El Poder de la Ilusión», pequeño poema, por

Campoamor. «El mechón blanco», por Emilia Pardo Bazán. «Tisis poética», leyenda, por José Zorrilla. «Chucho», aguafuerte, por A. Palacio Valdés. «La Risa del Payaso», anécdota, por Emilio Ferrari. «El novenario de ánimas», por Narciso Oller. «Placidez», por Eugenio Sellés. «La Condesa de Palenzuela», por Antonio de Valbuena.

Este precioso libro, ilustrado con más de 200 grabados y multitud de *Historias mudas*, vale 3 pesetas.

Varios autores.—*La nueva Ciencia jurídica, Antropología, Sociología*, por Aguanño, Altamira, Arenal, Dorado, Ferri, Fioretti, Lombroso, Oliva, Posada, Salillas, Escartín, Silió, Torres-Campos, Vida, etc.

Esta obra consta de dos volúmenes en 4.º m., con grabados, y da á conocer las aplicaciones de la Antropología y la Sociología á la Ciencia jurídica. Precio, 15 pesetas.

Varios autores.—*Ramillete de cuentos*. Comprende: «Malachka y Akulina», por el Conde León Tolstoy. «Muerte voluntaria», por Francisco Copée. «Caballería rusticana», por G. Verga. «El verdugo», por Balzac. «El libro japonés», por Eugenio Mouton. «Un animal sarnoso», por Pedro Loti. «El babieca de la señá Antoñica», por Juan Richepín. «Mateo Falcone», por Próspero Merimée. «Fragmento de una carta de mujer», por A. Daudet. «El baño de la Malibrán», por A. de Pontmartin. «La canción del peral», por Paul Féval. «Cálculo exacto», por Dostoyevsky. «Cómo se engaña á las mujeres», por Teodoro Banville. «Un jugador», por Paul Bourget. Un vol. 3 pesetas.

Varios autores.—*Tesoro de cuentos*. «El cura de Cucuñán», por A. Daudet. «Las dos margaritas», por Cástulo Méndez. «La miniatura», por Teodoro Banville. «El miedo», por G. de Maupassant. «Cuento histórico», por Teófilo Gautier. «Los la-

drones y el asno», por Emilio Zola. «El asesino desnudo», por Juan Richepín. «Un veterano de la veterana», por Francisco Copée. «La Marquesa de Aurebonne», por A. de Pontmartin.

Vivante (César).—*Derecho Mercantil*, traducción, prólogo y notas, por F. Blanco Constans, profesor de esta asignatura en la Universidad de Granada. Un vol. en 4.º mayor, 10 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades y Escuelas de Comercio.

Wagner (Ricardo)—*Recuerdos de mi vida*, un tomo, 3 pesetas. En este hermoso libro refiere el ilustre músico sus memorias íntimas.

Wolf (Fernando).—*Historia de las literaturas castellana y portuguesa*, traducción del alemán, con notas y adiciones de M. Menéndez y Pelayo. Dos vols. en 4.º m., 15 pesetas.

Ybsen (Enrique). *Casa de muñeca*, con biografía del autor y estudio preliminar, por L. Passarge, 3 pesetas. *La Dama del mar* y *Un enemigo del pueblo*, dos dramas en un solo vol., 3 pesetas. *Los Aparecidos, Edda Gabler*, dos dramas en un solo vol., 3 pesetas.

Yhering (Rodolfo von).—*Cuestiones jurídicas*, traducción del alemán por Adolfo Posada. Un vol. en 4.º mayor, 5 pesetas.

Zola (Emilio).—*Biografías de Jorge Sand, Víctor Hugo, Balzac, Alfonso Daudet, Sardou, Dumas (hijo), Gustavo Flaubert, Chateaubriand, Los Goncourt, Alfredo de Musset, Stendhal, Sainte-Beuve, Teófilo Gautier*, 13 tomos, á peseta cada uno. *Las veladas de Médan*, 3 pesetas. *Estudios literarios*, 3 pesetas. *La Novela experimental*, tres pesetas. *Mis odios*, 3 pesetas. *Nuevos estudios literarios*, 3 pesetas. *Estudios críticos*, 3 pesetas. *El naturalismo en el teatro*, 2 tomos, 6 pesetas. *Los novelistas naturalistas*, 2 tomos, 6 pesetas. *El doctor Pascual*, 2 tomos, 6 pesetas. *Los hombros de la Marquesa*, 3 pesetas.